

— PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA —

FORUM.COM



Herederos de esperanza



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 226 - 24 de ENERO de 2026

ÍNDICE

Este número	3
Herederos de esperanza	
Retiro	4
Profundizamos en la Buena Noticia del Señor Jesús	
Formación	10
Cristo y las culturas	
Comunicación	30
El tráfico invisible	
Carisma	35
La familia carismática de Don Bosco	
Pastoral	47
Jóvenes y belleza	
Jubileo	61
“Al finalizar el Año Jubilar”	
La Solana	64
Misión entre los mayores	
Por tu Palabra	67
Las Bienaventuranzas	
El anaquel	73
Dibujar mapas de esperanza	
Una estrella en mi ventana	83
El llanto oculto de mis ojos	

FORUM.COM – PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Herederos de esperanza

 l pasado 6 de enero se cerrada la última de las Puertas Santas del Año Jubilar en Roma. Con este final de este tiempo de gracias en nuestra revista **FORUM.COM** concluimos también nuestra sección especial dedicado al Jubileo. “La Puerta Santa de esta Basílica, que ha sido hoy la última en cerrarse, ha visto pasar innumerables hombres y mujeres, peregrinos de esperanza, en camino hacia la Ciudad de las puertas siempre abiertas, la nueva Jerusalén”, señalaba el papa León XIV en la eucaristía.

“Nos cuestiona con particular seriedad, al finalizar el Año jubilar, la búsqueda espiritual de nuestros contemporáneos, mucho más rica de lo que quizá podamos comprender. Millones de ellos han atravesado el umbral de la Iglesia. ¿Qué es lo que han encontrado? ¿Qué corazones, qué atención, qué reciprocidad?”, se preguntaba el pontífice destacando que las personas son “Homo viator, decían los antiguos. Somos vidas en camino. El Evangelio lleva a la Iglesia a no temer este dinamismo, sino a valorarlo y a orientarlo hacia el Dios que lo suscita”. Sigue por lo tanto la esperanza.

Ahora llega la fiesta de san Juan Bosco, un hombre con una vida que ha abierto caminos y ha sembrado en muchos corazones un auténtico sentido de esperanza y confianza en la Providencia. Como dice el título que abre el número de este 24 de enero, somos, como hijos de un soñador, “herederos de esperanza”. Parece este un buen estímulo para prepararnos a esta fiesta de san Juan Bosco.

¡Feliz fiesta de san Juan Bosco! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

RETIRO

«Profundizamos en la Buena Noticia del Señor Jesús, (re)descubriendo su historia de amor radical al Padre en el Espíritu y a “todos, todos, todos”»

Fco. Javier Moreno López, SDB

1. Oración inicial

D.: Ven, Espíritu Santo, santificador omnipotente.

T.: Ven a nosotros, quédate entre nosotros, vive en nosotros.

Tú, que colmaste de tus dones y de tu presencia a la Virgen María, la llena de gracia;

Tú, que transformaste el corazón de los apóstoles;

Tú, que suscitaste en Don Bosco y en cada uno de nosotros una vocación educativo-pastoral...

ven y santifícanos,

ven e ilumina nuestra mente, ven y fortifica nuestra voluntad,

ven y purifica nuestra conciencia, ven y corrige nuestro juicio,

ven e inflama nuestro corazón

ven y preservamos de todo mal. Amén

2. Reflexión¹

2.1. Motivación

La propuesta de retiro para el mes de enero parte del primer objetivo de la campaña pastoral de este curso para el segundo trimestre:

¹ Vídeo de introducción en https://youtu.be/Y_NmDXWT0-k (4 min. 45 seg.)

«Profundizamos en la Buena Noticia del Señor Jesús, (re)descubriendo su historia de amor radical al Padre en el Espíritu y a “todos, todos, todos”».

Este tiempo de reflexión y oración tiene un horizonte: el Amor; el amor de Dios que se hizo carne y que nos invita a vivir y a amar con autenticidad. Estas páginas están estructuradas en tres partes, tienen como inspiración el citado objetivo y buscan interpelar nuestra vida espiritual de consagrados salesianos.

Cada uno de los bloques concluye con alguna pista para la reflexión y con la invitación a un silencio contemplativo. Tras invocar personalmente la luz del Espíritu, entra en lo que aquí se te propone...

2.2. (Re)descubrir lo que ya sabemos: Jesús es el Amor transformante del Padre hecho historia

Quienes estamos haciendo este retiro podríamos estar horas y horas hablando sobre Jesús, la vida cristiana, la Iglesia, etc. De hecho, son incontables los momentos de nuestra vida que hemos pasado predicando, dando catequesis o simplemente transmitiendo con nuestro actuar la Buena noticia de Jesús. Aun así, siendo honestos, reconocemos que tenemos mucho camino por delante... Quizá no en un plano intelectual, sí experiencial. Esta es la paradoja de quienes “profesionalmente” nos dedicamos a “las cosas de Dios”. La tarea de descubrir de nuevo lo que ya sabemos, y hacerlo en un plano espiritual, interior, profundo y vital es un reto que nos acompaña toda la vida.

La Buena noticia no es un concepto más o menos sabido que se repite, se estudia, se investiga, se predica, etc. La Buena noticia es un amor siempre nuevo que nos busca y al que estamos llamados a entregarnos. Es una presencia viva, un amor que no se cansa de salir a nuestro encuentro, una persona que nos busca para transformar, desde dentro, nuestro ser.

Jesús no vino a hablarnos “sobre” Dios, sino a mostrarnos el modo en el que Dios ama. Esa manera divina de amar es la que busca impregnar el mundo y cada una de nuestras personas. Porque Jesús es el rostro humano del amor divino, dicho amor, en su caso, se convierte en una filiación capaz de dar sentido a toda su vida: «Todo me ha sido entregado por mi Padre» (Mt 11,27). Quienes hemos recibido el bautismo, profesado los consejos evangélicos y, según el caso, recibido el sacramento del orden, tenemos como horizonte el vivir como hijos en el Hijo (hijos por adopción). Ello nos invita a relativizar todo, a excepción del amor recibido del Padre. El retiro de este mes puede ser una nueva oportunidad para resituar nuestra prioridad: vivir como verdaderos y agradecidos hijos.

Cristo el Señor no solo es un mensajero, sino la misma Buena noticia encarnada. En el corazón de Jesús hay una certeza que da sentido a todo: “El Padre me ama”. Cuando Jesús sana, perdona, se detiene a mirar o llora ante la tumba de un amigo, lo que se transparenta no es solo compasión humana, sino la ternura misma de Dios que se hace visible. Lo grandioso no es que podamos amar a Dios, sino que él nos ame primero: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo» (1 Jn 4,10). Estas afirmaciones, por sabidas, quizá no nos sacuden

vitalmente, pero en ellas radica la fuerza y potencialidad del mensaje evangélico, de la Buena noticia y de sus múltiples consecuencias y aplicaciones. En el mundo judío, primero, en el griego-romano después, fueron enormemente desconcertantes y revolucionarias. Quizá, con el tiempo, todo se ha ido reduciendo a estructuras intelectuales, perdiendo la fuerza que posee un amor tan sorprendente como el divino. No dejemos que eso nos ocurra, re-descubramos continuamente el amor que está en el origen de todo y que, en cada momento, sigue sustentando todo... Sustentándonos a todos.

Te invito a pensar:

- ¿Qué parte de la vida de Jesús me revela más el amor del Padre?
- ¿Dónde veo que mi ser hijo necesita ser redescubierto?
- ¿Cómo percibo el amor “radical” de Jesús en mis decisiones, mis prioridades, mis relaciones fraternas, mi apostolado...?

Dedica unos breves minutos a contemplar en silencio. Imagina que Jesús te mira y te dice: “Déjate amar a mi modo”.

2.3. «A todos, todos, todos»: la universalidad del amor

La expresión «a todos, todos, todos» nos remite al papa Francisco y a su empeño por mostrar que el modo de amar de Dios no conoce ningún tipo de fronteras. Pronunció estas palabras en la Ceremonia de acogida de la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, el 3 de agosto de 2023. Leamos un párrafo de su discurso:

«Somos comunidad de hermanos y hermanas de Jesús, hijos e hijas del mismo Padre. Amigos, quisiera ser claro con ustedes, que son alérgicos a la falsedad y a las palabras vacías: en la Iglesia hay espacio para todos, para todos. En la Iglesia ninguno sobra, ningún está a más, hay espacio para todos. Así como somos. Todos. Y eso, Jesús lo dice claramente cuando manda los apóstoles a llamar al banquete de ese Señor que lo había preparado. Dice: vayan y tragan a todos: jóvenes y viejos, sanos y enfermos, justos y pecadores. Todos. Todos. Todos. En la Iglesia hay lugar para todos. [...]. El Señor no señala con el dedo, sino que abre sus brazos [...]. Nos abraza a todos. Nos muestra Jesús en la cruz, que tanto abrió sus brazos para ser crucificado y morir por nosotros».

Comprobamos que el «todos» no es una categoría sociológica, sino una expresión teológica de la gratuidad absoluta. Jesús rompe los límites: toca leprosos, conversa con mujeres, come con pecadores, llora con amigos. El amor de Jesús no conoce fronteras. Su obrar revela que nadie queda fuera del abrazo del Padre. Jesús ve a cada persona como el Padre la ve: única, amada, llamada por su nombre. El «a todos, todos, todos»

remite a una manera de mirar propia del creyente, que a su vez se siente mirado y aceptado incondicionalmente por Dios.

Es aquí donde nuestro seguimiento se pone a prueba: ¿A quién dejo fuera de mi corazón? ¿A quién miro sin ternura? ¿A quién aún no me atrevo a llamar “hermano”?

Jesús no vino a decirnos que todos somos iguales, sino a hacernos entender que todos somos amados. Esta es otra interpelación potente que se alza ante cada uno de nosotros. Es la diferencia que cambia el mundo, porque el amor selectivo que por desgracia nos envuelve contrasta con el amor radicalmente inclusivo del Evangelio. Éste, si bien alcanza a los que puedan estar más alejados de nosotros (por tipo de vida, planteamientos, historia personal, etc.), también, y muy especialmente, hace referencia a los cercanos.

Forma parte de la vida que, en nuestra familia, en nuestra comunidad o inspección, en nuestra presencia salesiana, debamos compartir tiempo, espacio, trabajo... y también fe, con personas que nos resultan complicadas, lejanas, incómodas. Muchas veces es por una “incompatibilidad de caracteres”, argumentamos; otras “está justificado” porque objetivamente el pecado, el error o la incoherencia son notorios. Es aquí donde resuena de modo especial el «a todos, todos, todos». Es aquí donde las palabras de Jesús suponen una fuerte interpelación: «si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?» (Lc 6,32). Es aquí donde la universalidad del amor se convierte en exigencia de fe, empeño espiritual, reclamo vocacional y camino de santidad.

Te invito a pensar:

- ¿Quiénes me han mirado con la ternura de Jesús cuando mis actos, decisiones o pecados invitaban a otro tipo de mirada?
- ¿En quienes pienso, cercanos a mí, cuando leo «a todos, todos, todos»? ¿Cómo va mi camino cristiano personal de inclusión de estos hermanos?

Dedica unos breves minutos a contemplar en silencio. Ponte ante un crucifijo y centra tu atención en los brazos abiertos de Cristo. Allí están «todos, todos, todos».

2.4. Don Bosco: un corazón modelado por el mismo Amor

Don Bosco, lo sabemos bien, fue un hombre que se dejó conquistar por ese Amor radical de Jesús. Su vida, su alegría, su pasión por los jóvenes no fueron fruto de su carácter o de inclinaciones personales sino del Espíritu que lo habitaba.

La Buena noticia del Señor Jesús adquirió en Don Bosco una forma concreta: la caridad pastoral, el amor educativo que acompaña, confía y cree en el bien que hay en cada joven. Don Bosco entendió que evangelizar no es solo hablar de Dios, sino hacer visible su ternura en gestos sencillos: una sonrisa, una corrección con cariño, una presencia constante. Su pedagogía es profundamente evangélica: parte del amor recibido y lo

multiplica. Sirva como ejemplo el diálogo mantenido entre Don Bosco y el maestro Francesco Bodrato:

«Cuando se haya llegado, con la ayuda del Señor, a hacer penetrar en sus almas los misterios principales de nuestra santa Religión, que todo amor nos recuerda el inmenso amor que Dios ha tenido al hombre; cuando se llegue a hacer vibrar en su corazón la fibra del agradecimiento que se le debe como respuesta a los beneficios que nos ha hecho abundantemente; cuando, finalmente, con los resortes de la razón se hayan persuadido de que el verdadero agradecimiento al Señor debe manifestarse en el cumplimiento de su voluntad, en el respeto a sus preceptos, especialmente los que inculcan la observancia de nuestros deberes recíprocos, crea que gran parte del trabajo educativo está ya hecho».

Mostrar el amor de Dios, ser capaces de favorecer que el educando lo perciba y que, como consecuencia, nazcan en él actitudes de reconocimiento, agradecimiento y una vida consecuente con todo ello, es el núcleo de toda acción formativa de Don Bosco. La *Carta de Roma*, desde la perspectiva del educador, se sitúa en la misma clave. En una publicación menos conocida, titulada *Fe, esperanza y caridad*, Don Bosco indica:

«Por nuestro amor descendió del cielo a la tierra entre trabajos y sufrimientos; sufrió por nosotros la muerte más cruel. Por un exceso de amor se quedó como alimento nuestro en la Eucaristía. Y en fin, nos tiene preparado un hermoso puesto en el cielo por toda la eternidad. ¿Y habrá alguno que, considerando todas estas muestras de amor de Dios para con nosotros, no sienta arder su corazón de amor a Dios?».

El afán de nuestro fundador por evidenciar el eje sobre el que pivota todo lo demás (vida personal, apostolado, fraternidad, etc.) supone para nosotros un fuerte reto. No solo nos hace desear una vida religiosa más profundamente enraizada en el amor divino recibido, sino que nos interroga sobre cómo ofrecer la “perla preciosa” de nuestra existencia a nuestros hermanos, a los laicos que trabajan con nosotros, a los niños, adolescentes y jóvenes a los que somos enviados... Regalarles algo diferente, aun siendo valioso, constituye una pérdida por empobrecimiento y una desviación del camino dado a Don Bosco desde lo alto.

Si el deseo profundo del padre de los jóvenes consistía en que cada muchacho pudiera experimentar que Dios lo ama personalmente era porque él mismo vivió la dinámica trinitaria del amor. Podría afirmarse que:

- del Padre, aprendió la confianza;
- del Hijo, la entrega concreta y gratuita;
- del Espíritu, la alegría apostólica.

Te invito a pensar

- ¿Qué suscita en mí el profundo enraizamiento de Don Bosco en el amor de Dios?

- Pensando en mi labor apostólica, ¿cómo ayudar mejor a los destinatarios que Dios pone ante mí para que experimenten el saberse profundamente amados y, como consecuencia, su vida se construya sobre dicha clave?

Dedica unos breves minutos a contemplar en silencio. Pide al Padre, por intercesión de san Juan Bosco, que su Amor sea descubierto, acogido y plenifique el corazón de... [nombres y rostros concretos].

2.5. Conclusión

Que “profundizar” no sea analizar, sino dejarse transformar. El mundo no necesita discursos nuevos, sino corazones transformados en el crisol del encuentro con Él. Profundizar en la Buena noticia no significa saber más, sino amar más y mejor. ¡Cuánta necesidad hay de testigos que irradian la alegría del amor recibido!

Jesús sigue repitiendo hoy: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Jn 15,9). Permanecer en su amor es vivir de Él, con Él, para Él. Es dejar que su Espíritu nos eduque por dentro, que nos haga pacientes, generosos, alegres, misericordiosos. Esa es la razón de ser de nuestra vocación salesiana, ser «signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes» (Const. 2), como lo fue Don Bosco.

Y para eso, hay que volver siempre al corazón de Jesús, a su historia de amor con el Padre, al fuego del Espíritu que todo lo renueva.

3. Oración conclusiva

T.: Señor, único Dios y Trinidad perfecta, fuente y meta de todo nuestro ser, infunde la caridad y la luz de tu Espíritu en nuestras comunidades, y hazlas espejo transparente de tu misterio de amor y comunión.

Haz que, amándonos con espíritu de familia, construyamos una verdadera comunión de vida para manifestar a quienes entren en contacto con nosotros la presencia y la fuerza de tu Amor y orientarlos hacia ti, único bien verdadero. Por Jesucristo nuestro Señor.

(Inspirada en la oración sobre el artículo 49 de las *Constituciones*, de *El proyecto de vida de los salesianos de don Bosco*)

Cristo y las culturas Desafíos de la teología pop²

Carlos Maza³

Introducción

La cultura es ambigua, y nosotros, muy distintos. Por eso, es tan valioso contar con una herramienta como el Evangelio para interpretarla. Pero el encuentro es complejo: ni la cultura va a quedar igual después del encuentro con aquel ni el cristianismo permanece intacto al relacionarse con aquella. No solo se trata de reconocer cómo el Espíritu de Jesús está activo y presente en la cultura, ni de la función crítica que respecto de esta tiene siempre el Evangelio. El mismo misterio de Cristo hace del cristianismo una religión de diálogo, necesitada de la alteridad del otro, nunca completa del todo.

En el diálogo con un mundo culturalmente plural, el cristianismo muestra una enorme capacidad para asumir diferentes rostros, para estructurar su verdad de manera diversa. Al menos, esto es lo que me gustaría defender en este itinerario: que, en un mundo plural, la teología también puede serlo. Teniendo claro que el camino de Jesús sigue siendo el criterio y, con el misterio de la Pascua en el centro, podemos correr el riesgo de seguir interpretando a partir de las nuevas historias que nos ofrece la cultura. Las películas, las novelas, las canciones, los movimientos sociales... suponen una continua provocación para el discernimiento sobre lo que es fundamental y contingente en el cristianismo.

1. Una buena noticia: podemos interpretar

Ha llegado ese momento del día en que –por fin– podemos sentarnos tranquilamente a leer una novela o ver una película. Nos arrellanamos en el sofá: relax. De repente, algo en el texto o en la pantalla capta nuestra atención y toca más fuerte nuestro corazón. A

² Selección del texto publicado en “Cuadernos CJ”, núm. 236 (enero 2024).

³ Sacerdote jesuita. Licenciado en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad de la Italia Meridional (Nápoles). Trabaja en el Grupo Comunicación Loyola y en la pastoral universitaria de la Compañía de Jesús en Valladolid. Es miembro del área teológica de “Cristianisme i Justícia” y colaborador en el blog.

veces, incluso cogemos el lápiz y subrayamos unas líneas. O más feliz aún: apuntamos una idea.

Con esta imagen cotidiana me gustaría expresar un punto de partida para mí ineludible en la relación entre Cristo y la cultura. En realidad, no tiene por qué ser todavía de orden religioso. Pero sí es un interés que cita a la teología con la filosofía. Se trata de la cuestión de la verdad. Para reconocer al Espíritu de Jesucristo presente en la cultura, necesitamos que la verdad sea algo que siga aconteciendo. Que pueda suceder de nuevo, por ejemplo, en *La lista de Schlinder*, o en *E.T.* Si la verdad es solo algo que quedó fijado en el pasado, tanto en su contenido como en su forma, que se transmite como un bloque granítico de generación en generación, entonces tampoco el Reino de Dios puede «asomar la patita» hoy en una manifestación cultural. La verdad expresada en el Evangelio no excluye la verdad presente en una película o en un libro escrito muchos siglos después. Al contrario, la ilumina. Y, en muchos casos, hasta la inspira, consciente o inconscientemente. Pero admitir esto significa que, para seguir existiendo, la verdad ha de someterse al riesgo de la interpretación y de la historia. Ha de poder pasearse por el salón de casa y no tener miedo a aparecer en Netflix. Si la verdad –y el Reino de Dios– acepta el desafío, sería triste que la teología no fuese capaz de hacerlo por medio de la interpretación, abandonando un modo de proceder dogmático.

1.1. Un modo dogmático de hacer teología

El modo dogmático de hacer teología en relación con la cultura implica una forma muy concreta de relacionarse con los libros –o con la pantalla del cine o del televisor–. A grandes rasgos, procedería así: primero, se toma una *tesis* de fe cualquiera; si existe una gran motivación, incluso se le puede buscar una *explicación* volviendo sobre las decisiones oficiales del magisterio; finalmente, se presenta la *prueba*, citando la Escritura, a los Padres y a algunos teólogos; a modo de conclusión, se refuta todo lo opuesto. Este es el modo de hacer teología que predominó después del Concilio de Trento. Pues bien, haciendo teología de este modo va a ser muy difícil que encontremos algo cristiano en *Barbie*, por ejemplo. Y, sin embargo, en *Barbie* se habla de encarnación. No la de Jesucristo, obviamente, pero sí de algunos problemas y oportunidades que implica el «hacerse carne».

En el fondo, no estamos hablando solo de hacer teología, sino de un modo de vivir y de un rasgo muy presente en nuestro psiquismo: ¿cuántas veces recurrimos aún a la Escritura, a la Tradición o la teología simplemente como medio para defender una determinada creencia? Las religiones no tienen, por lo demás, la exclusiva de esto. Lo vemos por doquier: fuentes convertidas en tótems que sirven exclusivamente para justificar lo que ya ha establecido previamente la autoridad jerárquica. La realidad debe ajustarse a lo que dicta aquella, y a ella queda ligada la producción de la verdad. En la Iglesia, proceder así significa que Escritura, Tradición y Teología renuncian a toda función crítica e inspiradora, para desempeñar solo un papel instrumental.

Si la relación entre cristianismo y cultura se limita a buscar en esta lo ya fijado por la autoridad eclesial, entonces quizá sea inútil acercarse a la cultura. En una sociedad como la nuestra, no podemos pedir a un producto cultural que sea el reflejo exacto de una definición dogmática. Desde luego, no hallamos definiciones dogmáticas en *Million dollar baby* o en *El caballero oscuro*. Aquellas no pueden ser el punto de partida. Vamos a tener que trabajar con grados de grises para reconocer *algo* del camino de Jesucristo en la boxeadora interpretada por Hilary Swank o en Batman. Es así como la verdad puede acontecer de nuevo, expresándose y configurándose de modo diverso a como lo había hecho en un momento anterior, y no como mera reproducción de un enunciado dogmático ya fijado. La teología ha de tomarse en serio que hay cine y series, que hay infinidad de libros y movimientos sociales. En definitiva, que la historia se sigue escribiendo. La verdad puede acontecer otra vez, dando lugar a nuevos modos de expresión de la fe cristiana.

Dicho esto, nada impide que un producto cultural actual sea el reflejo exacto de un dogma eclesial. No confundamos abandonar un modo dogmático de hacer teología con renunciar a aquellos o a la tradición. Interpretamos también desde ellos. Pero, si en *Barbie* reconozco *algo* de la lógica de la Encarnación, puedo intentar explicarla de un modo diverso, o incluso entenderla mejor. La interpretación ofrece la posibilidad a la tradición y a la dogmática de seguir vivas. Y a la Iglesia de tener, en su relación con la sociedad y la cultura, una actitud que no sea solo defensiva.

1.2. Teología e interpretación

El riesgo de hacer teología dogmáticamente radica en que una determinada forma histórica del cristianismo venga absolutizada (como si dijéramos, por ejemplo, que la representación de la Encarnación finaliza con Fra Angelico). El Evangelio podría quedarse sin capacidad para interactuar con la cultura, como sufriendo un cortocircuito, por no encontrar en ella el mismo modo en que la verdad se habría expresado ya.

¿Cómo interpretar, pues? Desde luego, partiendo de cero no. La Iglesia, a partir del evento Jesucristo y bajo el impulso del Espíritu, ha producido un conjunto de textos en los que da testimonio de su experiencia fundamental y de su experiencia histórica. Yo conozco que Jesús era misericordioso porque creo lo que dice la Biblia y lo que me dice la Iglesia sobre él, además de por mi experiencia en el Espíritu. No puedo prescindir de todo esto para hacer teología, por ejemplo, a partir de *El gran inquisidor* de Dostoyevski. Correlacionar críticamente esa experiencia fundamental, testimoniada por la tradición, con el libro que tengo delante, es la operación principal de la interpretación. Si queremos descubrir cómo el Espíritu de Jesús está presente en la cultura tenemos que poder establecer esta correlación.

Lo que acabamos de decir implica que, en este modo de hacer teología, la inteligencia de la fe es histórica. Esta es la gran grieta que amenaza cualquier actitud dogmática: ya no se trata de especular metafísicamente, sino de relacionar vidas (la nuestra, la de Jesús, la de la Iglesia, la que cuenta una novela). La interpretación hunde sus raíces en un evento fundante –la vida de Jesús, bajo la luz del Espíritu– y en la tradición recibida. Es, por tanto, recuerdo; pero también profecía, porque da lugar a nuevos textos que dan

testimonio de cómo *algo* de ese evento fundante y esa tradición se actualiza y se hace presente hoy. La teología no se puede contentar con buscar y hallar en la cultura los dogmas inmutables de la fe católica –correría el riesgo de quedarse sin trabajo–, y de mostrar cómo concuerdan con la Escritura, los Padres y la Tradición. La teología ha de manifestar cómo la Escritura, los Padres o la Tradición se hacen actuales en *Gran Torino*.

A la hora de interpretar, cuanto más conozcamos la Escritura y la tradición, mejor. Estos siguen siendo los lugares privilegiados para hacer teología. Vamos y venimos de la primera a la segunda –y viceversa–, y en ese movimiento se va generando el terreno en que nos apoyamos y las gafas con las que miramos la realidad. Ahora bien, precisamente porque contamos con ese bagaje y con la asistencia del Espíritu, la teología no debería tener miedo a que la cultura nos ofrezca nuevos modos de expresar la verdad, o que esta pueda incluso quedar configurada de otra manera. En el encuentro con la cultura, puede emerger una nueva figura histórica de cristianismo, como sucedió cuando este entró en contacto con la cultura griega.

Lo que acabamos de decir presupone una operación de discernimiento fundamental. Y discernir quiere decir hacer distinciones: ¿cuáles son los elementos sustanciales del mensaje cristiano?, ¿cuáles son, por el contrario, los elementos contingentes que el cristianismo ha adoptado en un momento concreto de su historia? A la luz de este discernimiento, la verdad ya no puede ser un «depósito petrificado». En este sentido, me resulta sugerente la definición que propone de aquella Claude Geffré, en su obra *Croire et interpréter*. La verdad, según el dominico francés, es un «evento permanente sujeto al riesgo de la historia y de la libertad interpretativa de la Iglesia, bajo el impulso del Espíritu». Me gusta mucho, como digo, esta forma de entender la verdad. Parece algo que vaya a saltar en cualquier momento de las líneas de un libro o de una canción. Habrá que ver entonces cómo entra en relación con lo que consideramos sustancial o contingente en el cristianismo, y qué nos da que pensar. Recuerdo un párrafo de *Hamnet*, la excelente novela de Maggie O'Farrell, sobre el dolor terrible de una madre que ha perdido a su hijo. Son palabras que podríamos utilizar para hablar del duelo de María Magdalena tras la muerte de Jesús; sabiendo, por otro lado, que no son lo mismo. Interpretar es jugar a las semejanzas y las diferencias. La Iglesia tiene una larguísima tradición en este sentido, no es que haya esperado al siglo xx para ponerse a hacerlo.

1.3. Alcance histórico y teológico de la crisis del modelo dogmático

La relación entre los textos que dan testimonio de la experiencia cristiana original y nuestra existencia actual puede dar lugar a nuevos textos cristianos –textos que no podrán nunca compararse a los evangelios, pero capaces de colarse en las grietas de la historia, como mondadientes–. Pero entonces debemos asumir que la ideología unitaria asociada al dogmatismo se fragmenta. Es decir, no va a ser posible una teología universal para toda la Iglesia. De hecho, se ha producido ya una explosión en los modos de decir la verdad, dependiendo de las historias con las que el Evangelio entra en contacto. Las redes sociales son un ejemplo muy evidente de esta explosión. Hoy, cada cristiano puede

llegar a ser un autor cristiano. Por eso, el discernimiento es más necesario que nunca, porque, como decimos, no estamos hablando solo de formas de expresión. En cada

«autor cristiano», el cristianismo se puede estructurar de modo diverso. Es vital, por tanto, seguir percibiendo que lo fundamental del Evangelio sigue estando presente en todas esas expresiones. Buscamos una cierta normatividad, aunque sea mínima, a sabiendas de que esta tensión entre unicidad y diversidad es, probablemente, de las más complejas y fecundas que vive hoy el cristianismo.

Ahora bien, la crisis del dogmatismo en teología es consecuencia de otra todavía mayor: hace tiempo que la verdad no es entendida como un juicio en el que uno dice lo que algo *es*. Nos guste o no la idea, estemos de acuerdo o no con ella, hay que hacerse cargo de esta crisis para entender lo que estamos diciendo sobre la relación del cristianismo con la cultura. Es necesario hacer una breve parada en la filosofía para tomar nota de dos o tres cuestiones decisivas.

¿Dónde se revela la verdad? Heidegger puso en duda que fuera el juicio (esa frase en la que uno dice lo que algo *es*). Esto tiene consecuencias inmediatas aplicado a la teología. Partiendo de las ideas de otro filósofo alemán, Dilthey, se mostró cómo nuestra existencia es el lugar de una interpretación que permite comprender. La verdad se manifiesta en la existencia –ese proyecto nunca terminado–, no en un juicio. Por eso, Gadamer, discípulo de Heidegger, reivindica la tradición como lugar de la interpretación. Aquella es continua relación entre nuestro pasado y nuestro presente. El lugar de revelación de la verdad cristiana es, pues, esta relación posible entre lo que he recibido y la película que me están contando hoy.

Una nota más, respecto de esta crisis de la idea de verdad como un juicio adecuado. Heidegger también señalaba que esta forma de entender la verdad se apoyaba en la creencia ilusoria de que en el origen había existido un contacto inmediato entre sujeto y objeto. Traduzco a la teología: que las primeras comunidades no tuvieron que hacer su interpretación sobre quién era Jesús. Es decir, el contacto en el origen habría sido tan fuerte, tan intenso, que hizo innecesaria cualquier interpretación. La metafísica tradicional diría lo siguiente: ese momento coincidió con una plenitud del ser; el historicismo eleva ese hecho histórico a absoluto. Sea como sea, la verdad se habría captado plenamente en ese momento inicial.

¿Qué consecuencias tiene lo que acabamos de decir para la teología? Si la verdad se captó ya por entero en un momento de la historia, aquella únicamente tendría la función de reproducirlo. Pero, si ese momento de contacto inmediato que clausuraría la verdad es una ilusión, entonces podemos reconocer que aquella sigue aconteciendo, y diciéndose, quizá, de otro modo. Habrá que repetir cosas, sin duda: lo esencial –y tendremos que ver qué es lo esencial–; pero otras son contingentes y están sujetas a cambio. Existen, finalmente, las que están todavía por venir. Esto parece también más conforme a la idea de «verdad bíblica», que nunca se desligó de lo escatológico. «Muchas cosas me quedan aún por deciros», dice Jesús a sus discípulos en su discurso de despedida en el Evangelio de Juan.

Creer que hubo un origen en que se habría captado toda la verdad lleva casi aparejada la violencia del discurso. Este trata de aherrojar presente y pasado, tendiendo a lo

totalitario. Recuerdo el vídeo de un pastor evangélico golpeando con la Biblia una casa de *Barbie*, unas semanas después de que la película se estrenara. Creo que no hay frase que pueda describir mejor que esas imágenes lo que algún autor ha llamado *patología de la verdad*. Antoine Vergote decía que, si Dios tiene sentido, lo tiene como «superpotencia de dar sentido». Su Espíritu suscita nuevas expresiones y significados de la fe, en medio de nuestras circunstancias históricas. Dios no debería ser usado para quemar libros ni la Biblia para destrozar la casa de una muñeca.

1.4. La verdad de la teología como lenguaje interpretativo

La crítica al dogmatismo no supone renunciar a toda verdad. Al contrario, se trata de que el lenguaje de la revelación ya constituido siga vivo, haciéndose más inteligible y significativo para los hombres y las mujeres de hoy.

Las culturas, en cada momento histórico concreto, nos ofrecen nuevos modos de decir las cosas, trascendiendo las formas primeras o anteriores. Hablamos tanto de fondo como de forma. Pero esto fue así también en el origen: no es posible entender del todo los Evangelios sin conocer los códigos del relato oriental. Por eso, uno de los criterios que podemos usar en teología para verificar nuestro trabajo es confrontar los nuevos testimonios que producimos con el lenguaje inicial de la revelación. Este está siempre referido a los eventos fundantes, así como a los diversos lenguajes interpretativos de la tradición. Dicho de otro modo: una teología en diálogo con la cultura trata de descubrir en qué forma se relaciona esta con el evento Jesucristo y con lo que la tradición ha dicho de él. En esta relación, la verdad acontece de nuevo. Señalemos tres rasgos fundamentales de aquella, para terminar este primer capítulo.

1.4.1. La verdad de la teología es testimonio

¿Cuál es el objeto del conocimiento teológico? Para esta propuesta de teología interpretativa, no es tanto un conjunto de verdades conceptuales como el misterio de que Dios se ha automanifestado y tiene en Jesucristo un testigo insuperable. Los testigos de Jesús, a su vez, han ido traduciendo este evento en múltiples expresiones de fe –textos, pinturas, música...–. La teología trabaja con esto. A lo largo de los siglos, la verdad cristiana se va dando en ese expresarse incesante, que solo encontrará su plenitud al final de los tiempos. Es decir, nadie agota el misterio de Dios escribiendo sobre la relación entre el sacrificio de Walt Kowalski (Clint Eastwood) en *Gran Torino* y el de Jesucristo. No se pretende tanto. Pero cuando la teología habla de cosas más elevadas tampoco deja de convivir con una parte de misterio que solo se revelará al final.

Lo que acabamos de decir no implica que la teología no pueda dedicarse a especular y a hablar sobre el ser de las cosas, pero debemos ser conscientes de que, incluso cuando hablamos del ser, estamos siempre autoimplicados en lo que decimos. Cuánto más cuando nos referimos a la relación entre Cristo y nuestra cultura. Son relaciones que atraviesan nuestros cuerpos, habitados por el Espíritu de Dios. Por eso, al descubrirlo

presente en una manifestación cultural, lo celebramos y lo confesamos, porque produce consuelo.

Si la teología es este trabajo entre diferentes testimonios, entonces se tiene que reconocer obligada por una verdad que la precede, que ha escuchado y de la que no puede disponer. Hay una *pasividad primera* en la teología, por ser celebración de una verdad que nos ha llegado en Jesucristo; pero también es testigo de una verdad que no cesa de llegar al mundo y de generar nuevas formas históricas. Por eso tiene, además, un alcance práctico. Es la teoría de un *hacer*, de algo que Dios realiza en el mundo, lo cual le otorga también una función de juicio sobre las prácticas de aquel.

1.4.2. La verdad de la teología es radicalmente histórica

La perspectiva a través de la cual llegamos a una verdad de fe es siempre histórica. De la misma manera que los dogmas tienen su contexto, las relaciones que descubrimos entre Cristo y la cultura tienen su ambiente propio, nacen en medio de una serie de preocupaciones y preguntas existenciales. Si los dogmas están influidos por el sistema de representación que los vio nacer,

¿qué no sucederá en este tipo de teología, enfrentada a nuevas realidades e imaginarios? En el siglo v, por ejemplo, ningún cristiano hubiera podido plantear una reflexión teológica sobre viajar en avión. Hoy, podemos volver a hablar de sufrimiento injusto viendo al capitán Sully salvar la vida a los pasajeros del suyo.

En este sentido, no creo que el contenido de la fe pueda permanecer totalmente ajeno a un contexto cultural variable, como si hubiera significados que pudieran subsistir más allá de todas las contingencias culturales. Dicho de otro modo: *algo* en la fe cambia por el hecho de poder viajar en avión. Por eso, en esta tarea de interpretación, lo que existe es una «relación de relaciones»: el mundo habitado por aviones da lugar a una nueva relación entre el mensaje cristiano y todas las novedades de significado que puede traer subirse a uno. Los cristianos vivimos en esta continuidad discontinua entre tradición e historia, generadora de nuevas figuras de cristianismo.

1.4.3. La verdad de la teología es la expresión del consenso eclesial

Hablar de una «verdad plural» puede suscitar interrogantes. Parece casi una contradicción en los términos. Sin embargo, hemos de reconocer que, mientras haya mundo, será imposible clausurar la interpretación. Pero también es cierto que no hay una posibilidad infinita de interpretaciones, porque estamos dentro del marco interpretativo que ofrece la comunidad eclesial, y no toda afirmación procede del Espíritu Santo. Tenemos que ponernos de acuerdo y debemos hacerlo sin factores de violencia ni de poder que puedan perturbar la comunicación, como explicaba Habermas en su teoría del consenso.

La Iglesia es, pues, el sujeto adecuado para discernir la fe. Por eso no hablamos de una fe pluralista, sino plural, de una «*unidad multiforme de la fe* en el tiempo y en el espacio». El «olfato» que ayuda a los creyentes a reconocer una verdad de fe –*sensus fidelium*– nos asiste también para rastrear la acción del Espíritu en la cultura. Es una sensibilidad cuya raíz está en la experiencia fundamental de la primera comunidad cristiana y en las experiencias históricas que la Iglesia ha hecho después. Que la verdad se halle fragmentada y dispersa no significa despreocuparse de encontrar una cierta unidad. «Quien no recoge conmigo, desparrama», dice el Señor en el Evangelio. Para no acabar desparramando en nuestra relación con la cultura, se nos ha dado el Espíritu de la verdad (Jn 14,26). Los enunciados de fe nos ayudan, pero también la identidad de nuestra experiencia creyente expresada en la liturgia de la Iglesia y en el servicio del Evangelio.

Es cierto que esta referencia a la Iglesia como lugar de interpretación puede ser muy genérica, pero quedémonos con lo fundamental: si queremos hacer una teología pop, tendremos que hallar una correlación entre la experiencia fundamental del Nuevo Testamento y la experiencia colectiva de la Iglesia, atravesada por la sensibilidad de esa cultura pop. Y lo mismo para cualquier otra sensibilidad.

2. Universalidad de Cristo y universalidad de la Iglesia

Mucho de lo que hemos aprendido sobre la relación de Cristo y el cristianismo con la cultura procede del diálogo interreligioso. Aunque en Occidente la secularización haga que a veces lo olvidemos, encontrar una tradición religiosa significa siempre encontrar una cultura. ¿Cómo podríamos separar la identidad india del hinduismo, por ejemplo, o la japonesa del zen y del sintoísmo? Tampoco la cultura europea se podría entender sin referencia al cristianismo, por mucho que aquella se haya emancipado de este. ¿Qué nos enseña, respecto a la relación con la cultura, el diálogo interreligioso?

A partir del Vaticano II, la Iglesia ha reconocido que las otras tradiciones religiosas podrían desempeñar un rol de mediación para la salvación, en cuanto portadoras de la presencia misteriosa de Cristo. El punto es precisamente este: por un lado, como cristianos, creemos que Jesucristo es un mediador único; por otro, tampoco puede quedar comprometida la universalidad de la salvación. Si decimos que «fuera de la Iglesia no hay salvación», como hace el exclusivismo, no hay mucho de que hablar con la cultura, pero tampoco podemos convertir en implícito cristiano todo lo que hay de bueno y de santo en otras tradiciones religiosas y en las culturas, al modo de un cierto inclusivismo. Es como si nos dedicáramos a fichar para la Iglesia a todos los héroes que se sacrifican por los demás en cómics y películas.

Así pues, el desafío radica en mantener como criterio el misterio de Cristo y, a la vez, hacerse cargo de la situación de pluralismo religioso y cultural en la que vivimos. ¿Es necesario dejar de afirmar que Jesús es Hijo de Dios para que el cristianismo respete la diversidad cultural? Lo que vamos a intentar mostrar en este capítulo es que no. Sucede todo lo contrario: profundizar en lo propio de su identidad convierte al cristianismo en una religión de diálogo. Pero, para esto, es necesario distinguir la universalidad de Cristo

de la universalidad del cristianismo como religión histórica. El cristianismo, como fenómeno histórico, no puede aspirar a ser una religión absoluta que acabe absorbiendo todo lo que hay de bueno en otras religiones y culturas. Es imposible, por tanto, evitar una cierta forma de pluralismo. Podemos seguir hablando de plenitud final de todo en Cristo –es lo que creemos–, pero partiendo siempre de nuestra experiencia actual de pluralismo religioso y cultural.

¿Cuál es el valor salvífico de las otras tradiciones religiosas? ¿Podríamos hablar, por analogía, de la cultura como cauce de salvación? Esto es lo primero que intentaremos responder en este capítulo. Después, profundizaremos en el misterio de Cristo –universal nacido en una cultura concreta– para caracterizar el cristianismo como religión de diálogo. Desde ahí, intentaremos describir cuál puede ser la misión de la Iglesia en nuestro contexto de pluralismo.

2.1. El valor salvífico de las religiones no cristianas... ¿y de la cultura?

El número 2 de la declaración *Nostra aetate* del Concilio Vaticano II comenzaba así: «La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero». Se refería, claro está, a las religiones no cristianas. Por su parte, *Lumen Gentium* (n.º 17) extendía el discurso a las culturas, hablando de «todo lo bueno que se encuentra sembrado en el corazón y en la mente de los hombres y en los ritos y culturas de estos pueblos».

Si no se entendiera que religiones y culturas son expresiones de la voluntad universal de salvación por parte de Dios, sería difícil que el Concilio hubiese utilizado estos términos. Por lo demás, no se habría tenido que esperar al siglo xx para ver surgir esta conciencia en la Iglesia. Son los Padres los que hablaron de «semillas del Verbo», a partir de su experiencia de diálogo con la filosofía griega. Inicialmente, esta era, pues, una doctrina vinculada a la cultura. Solo mucho más tarde se aplicará al diálogo interreligioso. Y lo que manifiesta es sencillamente esto: que el Verbo encarnado en Jesús de Nazaret y el Espíritu de Cristo resucitado están presentes universalmente. La salvación de Cristo está activa, de acuerdo con el designio misterioso de Dios, en las grandes religiones del mundo. Así, los hombres y mujeres pertenecientes a aquellas no se salvarían *a pesar de* esa pertenencia, sino *en* ella y *a través de* ella. Para describir esta *forma* de la salvación, se habla de «mediación derivada»: las tradiciones religiosas, en su misteriosa vinculación a Cristo, pueden ser cauce de salvación.

Entiendo que la palabra *mediación* es una palabra fuerte. Como decíamos antes, para los cristianos Jesucristo tiene una vinculación con Dios única, pero acabamos de ver cómo los Padres encontraban presente su misterio en la filosofía griega, y el Concilio Vaticano II no duda en aplicar su doctrina al diálogo interreligioso. Por otro lado, hemos dicho que no hay tradición religiosa sin cultura. El mismo Evangelio se presenta siempre inculturado. ¿Podríamos hablar, entonces, de salvación a través de la cultura? Quizá al tratar de responder a la pregunta nos venga a la memoria aquello que nos ha ayudado a ser lo que somos, lo que nos ha devuelto al camino cuando nos habíamos perdido, o qué

libros y películas nos proporcionan alegría y paz. Cada uno de nosotros sabe cómo la cultura le acerca y le vincula al misterio de Cristo.

Aunque resulte polémico, lo que decimos acerca de las semillas del Verbo implica que, desde nuestro punto de vista, hay una parte del exclusivismo que sigue siendo cierta. A saber: que, en la salvación de los no cristianos, persiste una vinculación con la Iglesia como cuerpo de Cristo. Vinculación misteriosa, eso sí, por caminos que solo Dios conoce. Como dijimos, no se trata de decir que Spiderman y Batman son cristianos; pero ¿acaso no hay rasgos de Batman y Spiderman que nos resultan muy familiares? Por eso señalábamos al inicio de este capítulo la necesidad de distinguir bien entre la universalidad de la salvación en Cristo y la universalidad de la Iglesia y del cristianismo. Con todo, no podemos separar lo que el Espíritu del Resucitado realiza en la Iglesia de su acción en el corazón de las personas, de las otras religiones, de la cultura. Por eso lo reconocemos activo incluso en los superhéroes nacidos de nuestra imaginación.

Esta mediación, fruto de la acción del Espíritu de Jesús resucitado más allá de las fronteras visibles de la Iglesia, hace que podamos encontrar en la cultura valores que favorecen el encuentro con Cristo –valores *crísticos*, podríamos decir–. Hablar de estos nos permite discernir la cultura, pues no todo en ella favorece aquel encuentro. No podemos decir nunca que una cultura, por sí sola, salva. Aquella, como cualquier tradición religiosa, es siempre un fenómeno ambiguo, atravesado a veces por injusticias flagrantes. De hecho, también el cristianismo como fenómeno histórico y la actuación de la Iglesia están sujetos al juicio del Evangelio. Por eso, hablamos de valores relacionados con Cristo y no de valores implícitamente cristianos.

A pesar de todo, no es difícil encontrar en la cultura dichos valores. Incluso podemos probar a establecer algunas categorías. En primer lugar, los hay en el ámbito del conocimiento. Por ejemplo, filosofías que son verdaderas preparaciones evangélicas. ¿A quién no se le ha iluminado su camino cristiano leyendo a Lévinas o a Josep Maria Esquirol? Por no hablar de lo que supuso el descubrimiento de Aristóteles en el Medievo. Incluso el poco cristiano Nietzsche ha ayudado a purificar algunas actitudes en el seguimiento del Señor. Si entrásemos en el mundo del arte, la lista de ejemplos no tendría fin. También encontramos valores en el mundo del culto: ciertos ritos, iniciaciones y prácticas de ascetismo, en los que las culturas son ricas. Pero quizá el terreno más evidente es el de la ética: en todas las religiones y culturas se hallan presentes valores de olvido de sí, de justicia, de compasión, de hospitalidad, de fraternidad, que pueden ser como anticipación de los valores del Reino de Dios. ¡De cuántas películas salimos con ganas renovadas de hacer justicia! Algunas las seguiremos utilizando siempre para hablar de vocación. En realidad, cualquier expresión cultural que invite a descentrarse en algo más grande que uno mismo tiene una misteriosa vinculación con la Pascua. En la relación del Evangelio con la cultura, somos invitados a estar atentos a lo que nos recuerde a aquella. Por eso es tan importante la premisa del primer capítulo: es necesario que la verdad acontezca de nuevo y que una interpretación guiada por el Espíritu nos permita descubrir mediaciones y valores que remitan a Cristo en nuestro contexto cultural.

2.2. Cristo: universal desde una cultura

En nuestros días, que el cristianismo siga teniendo una pretensión universal puede generar rechazo. La misma idea de universalidad es polémica: ¿cómo defenderla sin resultar totalitario?, ¿desde dónde construir algo universal? Muchas de las críticas a la globalización capitalista se apoyan en esto, en que a menudo da lugar a una homogeneidad que arrasa, como una apisonadora, con la diversidad y la riqueza propias de las culturas. ¿Cómo conciliar ese deseo de universalidad respetando lo particular? Para entender mejor su universalidad, la Iglesia y el cristianismo histórico tienen que profundizar en la universalidad de Jesucristo. No es necesario dejar de afirmar que este es un mediador único, como hacen algunas propuestas pluralistas, para dialogar con religiones y culturas. Al contrario, excavar en su misterio hace del cristianismo una religión esencialmente de diálogo.

Existen formas de pluralismo –la representada por Pannikar, por ejemplo– que aceptan que todas las religiones giren en torno a Cristo. Sin embargo, lo hacen a condición de que este sea el que estaba junto al Padre creándolo todo, el «Cristo cósmico preexistente». Es decir, desvinculándolo de Jesús de Nazaret. Así se acabarían los obstáculos para el diálogo y se purificaría el cristianismo de toda tentación imperialista. Jesús ya no sería el Verbo de Dios encarnado; problema solucionado. Pero, entonces, ¿qué tipo de relación tendría Dios con la cultura? ¿Esta nos conduciría del mismo modo hacia Aquel? ¿Tengo que pasar por alto que el Hijo de Dios fue judío en su vida terrena? Para afrontar estas preguntas, el teólogo medieval Nicolás de Cusa nos ayudó a entender que Cristo es universal, pero un universal nacido en lo concreto.

La paradoja de la encarnación es que el amor absoluto de Dios se ha manifestado en la humanidad contingente de un hombre particular. De alguna manera, el amor divino ha necesitado de lo no divino para expresarse. De este modo, ningún particular se puede convertir en absoluto. Como dice san Pablo (Col 2, 9), en Jesús reside «la plenitud de la divinidad». Sin embargo, esta plenitud no se identifica con el elemento histórico y contingente del de Nazaret. Por decirlo muy gráficamente: lo divino en Jesús no era estar circuncidado o hablar arameo. Pero el Verbo de Dios solo puede hacerse universal en la medida en que está unido a esa humanidad del maestro judío del siglo I. De lo contrario, tendríamos un universal abstracto, sin pie en la tierra. Con Pannikar, podemos admitir que en el Verbo que estaba junto a Dios creando el mundo hay un *plus* respecto al Jesús de los caminos de Galilea. También en el Resucitado hay un *plus*; pero nunca podemos separar al uno del otro: Jesucristo es una sola persona.

Lo que acabamos de decir puede resultar demasiado abstracto y teórico, pero tiene repercusiones concretas y decisivas para el tema que nos ocupa. Primera: el Dios encarnado ha tenido una cultura, lo que le concede a esta una dignidad eminente. Segunda: si Dios se ha manifestado a través de lo diferente a él, entonces no es en absoluto necesario que algo sea idéntico a Jesucristo para inspirar una reflexión teológica. La reflexión teológica sobre la cultura debe ser capaz de acoger esa diferencia para hallar lo que en aquella acerca a Dios. Quizá desde ahí podamos ir construyendo algo universal. Pero deviene necesario profundizar en ese universal concreto que es Cristo. Lo haremos a través de tres elementos: la paradoja de la encarnación, la *kénosis* y un cumplimiento no totalitario.

2.2.1. La paradoja de la encarnación

Como acabamos de decir, aunque en Jesús habite la plenitud de la divinidad, esto no significa que podamos identificar su elemento histórico y contingente con su elemento divino. No es necesario hablar en arameo, estar circuncidado y ser carpintero para manifestar a Dios. Por lo tanto, la paradoja misma de la encarnación –que el Absoluto incondicionado de Dios se haya manifestado en formas relativas– nos permite entender lo siguiente: que Jesús sea un mediador único no excluye otras manifestaciones de Dios en la historia. La doctrina de las semillas del Verbo de los Padres va en esa dirección. El cristianismo, por tanto, halla en sí mismo un principio de autolimitación: creer en un Dios encarnado nos impide ser imperialistas. Dios se ha abajado hasta lo relativo y se ha sometido a nuestro conocimiento siempre imperfecto.

Lo hemos dicho antes: ningún particular puede convertirse en absoluto, pero la lógica misma de la encarnación nos lleva a creer también que las formas relativas e imperfectas presentes en la cultura nos pueden conducir hacia Dios. Una teología en diálogo con aquella tiene que asumir estos claroscuros, la penumbra.

2.2.2. La kénosis de Cristo

La paradoja de la encarnación alcanza todo su sentido en la cruz. Si la encarnación impone una autolimitación al cristianismo, la cruz tendría que hacer de este una religión de la alteridad.

¿Qué valor universal tiene la cruz de Cristo? En la cruz, lo universal queda vinculado al sacrificio de algo particular: Jesús muere judío para renacer –al tercer día– como una figura universal nacida de lo concreto. De ese modo, ningún grupo étnico o religioso particular se puede apropiarse de Jesús, y el cristianismo tampoco podrá ser nunca una totalidad cerrada. Al contrario: a la luz de la cruz de Cristo, aquel será siempre una religión de relación, de diálogo. Más aún: es como si el cristianismo histórico diera testimonio de una cierta carencia; como si, para poder saber quién es, necesitase siempre de otro. Esto es así desde el momento en que el Señor muere en la cruz. Por eso es tan importante la relación con la cultura: podríamos encontrar algo decisivo para nuestro camino en una canción de Lady Gaga. Hasta ese punto está abierto el cristianismo a ser iluminado y a iluminar lo que encuentra en su contexto cultural. La verdad, como dijimos en el primer capítulo, sigue aconteciendo. Nuestra identidad está siempre en construcción, pertenece al orden del porvenir y necesita de la acogida del otro en su diferencia.

Pero el cristianismo no ha venido a apropiarse ni a absorber las normas éticas, los valores culturales y las demás prácticas significativas de las personas. Lo que hace es darles un «sentido inédito», radicalmente nuevo. Si el cristianismo, en su devenir histórico, no da testimonio de una cierta carencia, ¿cómo podrá respetar la alteridad de las culturas o de las otras religiones? Así muestra su vocación universal. La identidad cristiana no es una perfección ya adquirida, por eso la Iglesia sale a los caminos a plantear preguntas, mostrando un cierto carácter incompleto. Salida evangelizadora, sí; pero también buscando constantemente su identidad. En un momento dado, lo que necesito en mi vida

cristiana podría ser una canción popular de mi tierra. La *kénosis* de Cristo invita a la Iglesia y al cristianismo histórico a llevar esta *existencia pascual*, en tránsito.

2.2.3. Un cumplimiento no totalitario

Hablando de diálogo interreligioso hemos visto que el desafío era mantener el misterio de Cristo como norma, pero sin dejar de tener en cuenta la situación actual de pluralismo. En ese sentido, el diálogo con el judaísmo nos ofrece una noción que ayuda a purificar el cristianismo de cualquier tentación totalitaria, y que también nos puede servir para pensar la relación con la cultura. Es la idea de un *irreductible* presente en Israel: en el mundo hay algo de Dios que no ha reconocido a Jesucristo y que no se deja absorber por la Iglesia ni integrar en el cristianismo histórico. Un misterio y una tensión que no se resolverán hasta el final de los tiempos. Esto vendría a ahondar en lo que hemos dicho antes sobre el cristianismo como religión que respeta la alteridad del otro. Lo decía Von Balthasar: hay un misterio de «no catolicidad» en la Iglesia como fenómeno histórico. El mundo nunca será totalmente Iglesia.

Esto que acabamos de decir es la posición mayoritaria de los teólogos católicos, en línea con el Vaticano II: Israel ha sufrido la reprobación divina, pero continúa siendo depositario de la elección y de las promesas de Dios. Esta es también la tesis de san Pablo en el célebre pasaje del capítulo 9 de la Carta a los Romanos. ¿Podemos pensar la relación del cristianismo con la cultura a partir del ejemplo que supone la relación con el judaísmo? Es decir, entrar en diálogo con la cultura desde la radical autonomía de esta sin renunciar a hablar de Jesucristo como un mediador único. Decía Juan Pablo II, comentando *Gaudium et spes*, que «*por la propia naturaleza de la creación*, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar, con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte».

Hablamos, pues, de un pluralismo fructuoso, que no tiene por qué conducir al relativismo. De la misma manera que Israel fue una «preparación evangélica» en relación con su cumplimiento en Cristo, los diferentes relatos culturales (películas, series, canciones...) pueden ayudarnos a entender mejor un aspecto concreto del Evangelio, aun admitiendo dentro de ellos imperfecciones y lógicas perversas –seguimos en medio de toda la ambigüedad humana–. Pero para eso es necesario diferenciar, una vez más, entre la universalidad de Cristo y la de la Iglesia: si algo del Reino de Dios queda iluminado por una canción de Queen, no corro a decir que Queen es un grupo cristiano, integrándolo en mi religión sin respeto de su alteridad. Quien es universal como para alcanzarlo todo y llevarlo a la plenitud es Cristo. Él hace al cristianismo capaz de entrar en diálogo con una canción de Queen –hasta el punto de que esta pueda iluminar algo de nuestra identidad–, sin necesidad de que Freddie Mercury fuera a misa los domingos.

La noción de irreducible nunca queda desvinculada del Espíritu de Dios. De nuevo fue Balthasar quien sostuvo que la Palabra revelada en Jesús no excluía otras «palabras» formalmente diversas. Es lo que él llamaba «revelación diferenciada de Dios». Según esto, podríamos decir que las culturas están «actualmente implicadas» en la Palabra de Dios y en el misterio de su voluntad salvífica. Habrá que discernir, sin duda, pero nuestra

historia, la de las culturas y las religiones, es ya en sí misma «relato de Dios», sacramento de su presencia en el mundo. La verdad cristiana –en sí misma relación– ilumina, sin absorber ni sustituir, la parte de verdad de que es portadora la cultura.

2.4. ¿Qué misión para la Iglesia universal?

Con todo lo expuesto en este segundo capítulo, nos podría aflorar la siguiente duda: ¿todavía es necesario el anuncio del Evangelio? Si una película de John Ford puede, en cierta manera, salvar, reconectándonos con el bien; si en la cultura podemos encontrar valores que remiten a Cristo; si el mismo cristianismo histórico se sabe carente, en este mundo, de un cumplimiento definitivo, de una forma cerrada..., ¿qué sentido tiene todavía la misión?

La Iglesia congregada en el Concilio Vaticano II ha tomado conciencia de que, ya antes de ser bautizada por el cristianismo, la humanidad es un proyecto colectivo con su legitimidad. Podríamos decir que este ha sido, básicamente, el camino de la modernidad occidental. Vivimos en una parte del mundo que ha entendido llegar a su edad adulta precisamente a través de esa reivindicación de la propia autonomía frente a la religión. Aunque los cristianos no lo reconocieramos, o no entendamos del mismo modo esta autonomía, esto continuaría siendo así. El mundo, hoy, es más que el cuadro de la construcción del Reino de Dios.

La buena noticia es que, en medio de esta pluralidad religiosa y cultural, y de una sociedad que no se entiende a sí misma en relación con el Reino, la Iglesia no tiene por qué renunciar a su identidad. Y esto porque se da cuenta de que es gracias a ella que puede vincularse al otro a pesar de la diferencia. Es más, tiene necesidad de la verdad del otro para profundizar en su particularidad. Así, podemos entender mejor qué es un olfato transfigurado gracias al poema *Los cuidados*, de Luis García Montero, poeta no cristiano. La Iglesia da testimonio de la verdad cuando aprende de las diferencias y reconoce, gracias a la acción del Espíritu de Jesús, las múltiples vías de acceso a Dios.

En este mundo plural, entonces, ¿de qué manera puede hacerse universal la Iglesia? ¿Cómo caracterizar su misión? De acuerdo con lo que venimos diciendo, la misión no puede entenderse simplemente como un instrumento para sumar miembros a la comunidad. La misión no es un instrumento, sino la misma esencia de la Iglesia. Es lo que la convierte en signo del Reino de Dios. Esto es lo que está detrás de la definición que *Lumen gentium* (n.º 17) da de la Iglesia: «sacramento universal de salvación». Aquella se hace universal dando testimonio de un Reino de Dios que está cerca. También en diálogo con la cultura. Ese diálogo puede ser diálogo de salvación, ocasión de conversión para los interlocutores. En él me puedo dar cuenta de que no practico la verdad que quiero testimoniar, o celebrar con otro una verdad más alta, más allá de cualquier divergencia doctrinal, o recordar o aprender algo que el cristianismo actual está olvidando o desconoce.

Pero la misión respecto de la cultura no puede reducirse al diálogo. El anuncio del Evangelio sigue emergiendo del corazón mismo de la Iglesia. No porque se busque la conversión del otro a toda costa, sino como manifestación del amor de Dios. La Iglesia

no llegaría a expresar del todo su amor por la humanidad si no anunciara a Jesucristo, y la teología perdería su criterio de interpretación de la realidad. Todos continuamos sujetos a su atracción, y al trabajo secreto de la gracia. Se trata de descubrir cómo la cultura puede contribuir, aun sin saberlo y en el grado que sea, a la recapitulación de todas las cosas en Cristo.

3. El encuentro del cristianismo con las culturas

Hablar de la presencia de algo irreductible en religiones y culturas o, simplemente, de respeto de la alteridad del otro –incluso de necesitarla para construir la propia identidad–, implica una posibilidad paradójica: inculturar el Evangelio significa tener una doble pertenencia.

La experiencia y la reflexión sobre la doble pertenencia surge en el ámbito del diálogo interreligioso. Imaginemos que un misionero europeo llega a la India y comienza a vivir en un ambiente hinduista. Esto acaba tocando lo más profundo de su existencia: ¿cómo vivir esa relación sin inculturarse en la identidad del país? Ya se dijo anteriormente: encontrar una religión es encontrar una cultura. Pero podríamos situar esta pregunta dentro de nuestros esquemas occidentales: ¿Es posible, por ejemplo, ser cristiano y moderno?

Creo que es necesario aclarar que *doble pertenencia* no es lo mismo que *multipertenencia*. En Occidente, muchos hombres y mujeres viven un sincretismo muy espontáneo, acumulando creencias de diferentes tradiciones religiosas y culturas sin apenas conflicto, aunadas en torno a una idea fundamental: selecciono lo que me conviene en el mercado de las creencias para mi bienestar personal. A veces se trata de la sacralización del yo, es cierto; pero también puede ser síntoma de la búsqueda de un Dios mayor, fruto de la insuficiencia de las instituciones religiosas y de los paradigmas culturales a la hora de ofrecer una vida más plena. Por tanto, la idea que está detrás de esta parte de nuestro itinerario, es que son posibles formas inéditas –y buenas– de sincretismo. Cruces de caminos que podemos celebrar. Obviamente, lo que defendemos es habitar esas encrucijadas sin abandonar el cristianismo ni dejar de confesar a Jesucristo como Salvador, así como la función crítica que siempre tiene el Evangelio; pero también desde la fe en que debería ser posible la inculturación de aquel en cualquier momento de la historia.

3.1. ¿Una esencia cristiana?

Hablamos, pues, de la posibilidad de usar bien el sincretismo en el ámbito de la inculturación del cristianismo. De costuras posibles entre aquel y, por ejemplo, la cultura pop. Pero ¿qué es lo que se incultura?

Es difícil hablar de una esencia cristiana en abstracto. Nuestra fe está inseparablemente ligada a esquemas de pensamiento y vocabulario semíticos y griegos. El Evangelio se presenta inculturado desde su origen, y esa enorme síntesis no se puede desechar. Sin embargo, también sabemos que el futuro del cristianismo ya no se juega solo en Occidente. Es más: en nuestras sociedades, ese futuro se juega en un ambiente que podríamos llamar *poscristiano*. ¿Es capaz el cristianismo de un encuentro fecundo con culturas no europeas? ¿Y con una cultura europea que se vive a menudo emancipada de la religión? Para responder estas preguntas es necesario volver a pensar cuáles son los elementos sustanciales y contingentes de nuestra fe. La inculturación no significa trasplantar una esencia cristiana en abstracto a una cultura no cristiana –una fórmula, por lo demás, que ha tenido poco éxito en una parte importante del mundo–. La inculturación pide discernimiento, sin que eso signifique abandonar los dogmas y su desarrollo a lo largo de los siglos.

Otra cuestión que no podemos olvidar es que el encuentro del cristianismo con una cultura pagana –occidental o no– es también el encuentro con una tradición religiosa, más o menos explícita. En Occidente, hablar de cultura secularizada no significa que esta carezca de ideas propias de salvación, o que no persistan muchos restos de religiosidad y cultura cristianas. ¿No tiene el capitalismo su oferta de salvación? ¿Acaso no acudimos a veces al arte con una actitud religiosa, casi pidiéndole que nos salve? La cultura no es ajena a lo religioso, y las relaciones entre los dos pueden ser muy fecundas. El Evangelio apunta a la plenitud de lo que en la cultura ya es auténticamente humano, mientras que los ejemplos de humanidad auténtica pueden iluminar ciertos aspectos del Evangelio, contribuyendo a evangelizar un cristianismo que, como fenómeno histórico, está siempre necesitado de conversión.

Si no hay una esencia cristiana en abstracto, y la cultura no puede separarse del todo del fenómeno religioso, entonces sigue siendo posible una doble pertenencia religioso-cultural: el cristianismo en cada cultura. Un cristianismo plural. Pero ¿cómo?, ¿desde dónde?

3.2. El doble movimiento de la inculturación

Cuando el Evangelio aterriza en una cultura, se produce un movimiento complejo de ruptura y continuidad. No hay inculturación sin transmutación cultural. Sin embargo, el cristianismo, como religión esencialmente dialogal, queda abierto a posibles novedades en su pensamiento y en su imaginario. La inculturación cambia el rostro histórico del cristianismo. Cuando entra en contacto con una nueva sensibilidad, deviene necesaria una reinterpretación de su mensaje y de su práctica. Esto sucedió en el encuentro con el mundo griego, y pasa también hoy.

Como ya se ha apuntado, en esta necesaria reinterpretación no partimos de cero. Küng decía que el cristianismo debe ser capaz de asumir los valores positivos presentes en la cultura y servirse de ellos para explicar mejor la fe cristiana. Esto es lo que nos permiten los libros, las películas, el arte en general, como manifestaciones significativas de la cultura. Gracias a la interacción con ellos, el cristianismo puede hacerse verdaderamente católico, universal. Pero no se trata de una simple adaptación de lenguaje. La experiencia

cristiana fundamental, que testimonia el Nuevo Testamento, se reactualiza en un nuevo contexto cultural, hecho que da lugar a la nueva figura del cristianismo. Fieles a la experiencia esencial que nos transmitieron los apóstoles, podríamos encontrar una nueva configuración de las proposiciones de fe, de los símbolos, de las instituciones o de algunas normas éticas. La Comisión Teológica Internacional lo expresaba de forma muy equilibrada en su texto *La única Iglesia de Cristo*: «Por un lado, el Evangelio revela a cada cultura y libera en ella el valor último de los valores de los que es portadora. Por otro, toda cultura expresa el Evangelio de manera original y manifiesta nuevos aspectos de él».

Por todo ello, podemos describir la doble pertenencia como una experiencia interior de continuidad, continuidad entre mi experiencia cristiana y la tradición cultural en la que vivo. Por ejemplo: la compasión y la esperanza que reconozco en *Las malas*, novela de la escritora transgénero Camila Sosa Villada, continúan en la compasión y la esperanza inspiradas por el Espíritu Santo. Esta experiencia interior no deja intacta mi vida de fe. Incluso puede cambiar el modo en que se estructura el cristianismo dentro de mí. Obviamente, voy a tener que contrastar mi experiencia con la fe de la Iglesia, pero este encuentro ya ha empezado a provocar un discernimiento sobre lo que puede estar inspirando el Espíritu.

En realidad, esta experiencia de continuidad entre cristianismo y, por ejemplo, literatura solo es posible si admitimos que los valores positivos presentes en aquella pueden haber sido suscitados por el Espíritu de Dios, y que la historia espiritual de la humanidad, aun no confesando a Jesucristo ni integrándose en la Iglesia, sigue bajo el movimiento del Verbo de Dios y de su Espíritu, que es el Espíritu del Resucitado. La verdad cristiana ayuda a reconocer la verdad presente en cada cultura, sin sustituirla ni fagocitarla.

3.3. La singularidad del cristianismo como religión

La experiencia interior que vive el cristiano en relación con la cultura está hecha de continuidad, sí; pero también de ruptura. El cristianismo no se identifica, sin más, con una novela, por bella y buena que pueda ser. Hay también momentos de separación, de distancia, de crítica. ¿Dónde situar ese elemento de ruptura? ¿Cuál es la diferencia cristiana? Sin negar valor a los ritos, a determinados valores y creencias, creo que todos estamos de acuerdo en que la novedad cristiana hay que buscarla en el evento que supone Jesucristo. Este coincide, en la fe de los discípulos, con la irrupción del Reino de Dios y la llegada de un espíritu nuevo. Tras su muerte y resurrección, este espíritu nuevo es el Espíritu de Cristo resucitado.

Michel de Certeau, para hablar del efecto del cristianismo sobre la cultura, hablaba de una ruptura que instaura algo nuevo. Esto podemos observarlo, de nuevo, en la relación entre aquel y el judaísmo. Jesucristo y su Espíritu suponen, obviamente, una discontinuidad; tan significativa que da lugar a una nueva religión. Pero la Iglesia no sustituye ni absorbe a Israel. Iglesia e Israel seguirán sus caminos hasta el final de los tiempos, y esto da mucho que pensar. Utilizando la analogía, podríamos decir que tampoco la cultura será nunca totalmente sustituida por la Iglesia.

¿Cuál es, entonces, la diferencia cristiana? Es difícil definirla *a priori*, porque Jesús no funda una nueva religión en el sentido clásico. Lo que hace es introducir en el mundo un Espíritu que genera hombres y mujeres nuevos, tanto en su vida individual como colectiva. En ese sentido, existe vida cristiana cuando percibimos en una práctica cultural «olor» a Evangelio. El cristianismo se define con relación a esta Buena Noticia de liberación, no solo respecto de la Ley judía, sino de todo código cultural o religioso que quiera ocupar el lugar de Dios y que contenga aún «elementos del mundo», como decía san Pablo. En definitiva, el Evangelio también es juicio respecto de todo aquello que, en una cultura o en una religión, deshumaniza. Por eso el cristianismo tiene vocación universal, porque quiere alcanzar a todo ser humano que aspire a esa liberación. Pero solo puede ejercer esa función crítica si él mismo se somete al juicio del Evangelio.

Si la relación entre cristianismo y cultura está hecha de rupturas y continuidades; si decimos que hay existencia cristiana allí donde el Espíritu da lugar a prácticas que hablan de Evangelio, entonces vamos a tener que estar atentos a los *gestos* que dan testimonio de aquel, y a los lugares fronterizos –a los umbrales y claroscuros– para hablar de esa doble pertenencia, hecha de identidad cultural y cristiana. Esta pertenece al orden del devenir, siempre en camino y en construcción. Si es así para aquellos que pertenecemos a la Iglesia, y son posibles una multitud de realizaciones parciales del ser cristiano adulto, habrá que reconocer que es posible también ese estar *en camino* fuera de la Iglesia y de la confesión explícita de Jesucristo. Allí donde se da el *gesto* del Evangelio, hay existencia cristiana (*ubi Christus, ibi Ecclesia*, dice el adagio atribuido a san Ignacio de Antioquía). Nosotros, cristianos siempre en proceso, no podemos cerrar la idea de camino a quien no pertenece a la Iglesia. Aunque Camila Sosa no pertenezca visiblemente a ella, ni confiese el Credo, ni comulgue en la eucaristía, ¿no puede haber una pertenencia invisible al Reino de Dios cuando reconocemos en sus páginas, gracias al Espíritu, algún rasgo de aquel? Es necesario, pues, seguir hablando de discernimiento. Este señala el fin de nuestro itinerario, aunque el camino de reconocimiento de Cristo en la cultura continúe.

4. El discernimiento fundamental

Si la identidad cristiana es una identidad siempre en construcción, difícilmente definible a priori; necesitamos pistas, orientaciones para el discernimiento. Todo lo que dijimos sobre la interpretación en el primer punto del cuaderno nos es útil aquí. No hay verdad sin interpretación, y esto supone relacionar críticamente la tradición que he recibido y mi experiencia de hoy. Pero tendremos que buscar una cierta normatividad, un criterio que nos ayude a discernir. ¿Hay, en este sentido, una experiencia cristiana fundamental?

Lo decíamos al inicio: no acudimos a la interpretación sin unas «gafas» propias. En realidad, estas gafas son una persona. El inicio, fuente y norma de la experiencia de los primeros cristianos es el «Jesús vivo de la historia». Frente a una realidad cultural cualquiera, siempre podríamos partir de algunas características esenciales de ese Jesús. Por ejemplo, el anuncio de un Dios que trae la salvación para todos, no solo a un pueblo; o su relación especialísima con el Padre; o una muerte y resurrección que muestran que

la salvación no la puede traer un sistema del mundo, pero que tampoco invitan a huir de este, sino a anticipar los efectos liberadores de esa vida resucitada.

A partir de estos elementos esenciales, con una lectura crítica de la Escritura y tomando en cuenta nuestra experiencia actual, podríamos, por ejemplo, reinterpretar los dogmas. También escribir un nuevo texto cristiano comentando *El Señor de los anillos*. Sin embargo, vamos a tomar otra dirección: no estableceremos unas características esenciales de la experiencia fundamental cristiana, sino que hablaremos del cristianismo como camino, como «conducta correcta». Creo que esto nos ayudará a centrar en la vida de Cristo la relación entre nuestra religión y cada cultura, y a verla dentro de un proceso. Caracterizar el cristianismo como «conducta correcta» no significa reducirlo a una conducta moral. Esto sería empobrecer significativamente el camino cristiano. Claude Geffré recordaba que también la palabra *tao* significa ‘camino’, y que este se refiere tanto al del cielo como al de los santos. Es camino que habla al mismo tiempo de mística, de sabiduría, de ascesis... Nosotros quizá lo llamaríamos *Reino de Dios*. Lo importante, de cara a nuestro discernimiento, es no entender la relación del cristianismo con la cultura simplemente en clave moral. Aquel propone a la cultura un camino nuevo: un movimiento de éxodo, de imitación de Cristo y de «conducta correcta», pero es conveniente aclarar qué entendemos con estas expresiones, porque de esta interacción dinámica con la cultura van a surgir diversos rostros del cristianismo. Al igual que la imagen del camino, tampoco la idea de éxodo es nueva, ni exclusiva del cristianismo. Como sabemos, la experiencia del éxodo es central en la vivencia de Israel. Moltmann llamaba al judaísmo «la religión de la promesa», vinculándola a este gran movimiento del pueblo. Lo específico del cristianismo es que esta promesa es inseparable del camino de Jesús. *Éxodo* ya no significa solo ‘partir en busca de una patria’; ahora es la búsqueda de alguien, del rostro mismo del Señor.

De alguna manera, el camino del cielo y el de los santos confluyen en él. Pero recordemos que no se trata solo de llegar a la tierra prometida. Una vez en ella, Israel debe seguir recorriendo «los caminos del Señor». En este sentido, Jesús representa de nuevo una ruptura: la imitación de Dios, antes confiada a la Ley, ahora se convierte en imitación de Cristo. Jesús es el nuevo Moisés, y llama a seguirlo en una peregrinación que nace del Padre y vuelve al Padre, y que tiene en el misterio pascual su momento central. Si andamos buscando una cierta normatividad que nos oriente en el encuentro con las culturas, solo la podemos encontrar aquí, en este camino de Jesús. La Iglesia invita a la cultura a sumarse a este movimiento, pero, al mismo tiempo, es invitada a descubrir cómo aquella puede estar ya recorriendo o facilitando ese camino.

¿Qué significa, entonces, imitar a Cristo? Ya hemos dicho que la norma del comportamiento moral pasa de tener su centro en la Ley a hallarlo en el comportamiento del Señor. Pero esto no quiere decir que tengamos que ser copias de Jesús de Nazaret (por eso no nos valía solo con hallar unas características esenciales en él). Imitar a Cristo significa que cada uno tiene que

«inventar» su camino, discerniendo la voluntad de Dios en situaciones siempre nuevas. No podemos tomar a Cristo simplemente como un modelo externo y aplicar un silogismo. Imitarlo es, en realidad, consecuencia de ser hijos de Dios en Él. Más que de una imitación moral, se trata de una comunión íntima que va realizando en nosotros lo que

amamos en él. Hacer memoria de Cristo, en este sentido, no es nostalgia del Señor anterior a la Pascua, o reproducción exacta de lo que sucedió a Jesús, sino creación nueva del Espíritu del Resucitado.

Lo que acabamos de decir es muy importante de cara a la relación entre el cristianismo y la cultura. Desde el principio hemos visto que esta relación está habitada por una tensión entre lo que es único y lo que es diverso, entre lo fundamental y lo contingente. Pues bien, en la imitación de Cristo hay lugar para la diferencia: Jesús es alguien distinto de nosotros, desde el mismo momento en que puede hablarnos. Respetar su alteridad implica también la creatividad en el camino cristiano. Si en nosotros mismos observamos semejanzas y diferencias con Jesús, ¿por qué no aceptar que en *Million dollar baby* o *Gran Torino* pueden convivir elementos cristianos y no cristianos, e intentar situar esos elementos dentro de un camino cuyo horizonte es Cristo? Se trata de percibir cómo toda la realidad se encuentra en ese camino de semejanza y diferencia respecto de él.

En cualquier caso, hablar de *creatividad* significa también mantener la tensión que supone tener un criterio, una cierta normatividad. El Espíritu de Cristo reproduce en nuestra vida el camino de Jesús hacia el Padre, y este tiene en el misterio pascual su momento central. ¿Hay algo que «huela» a Pascua en la cultura? Esta es nuestra pequeña norma, aquello que da unidad profunda dentro de un mundo plural.

5. El cristianismo como «práctica correcta»

Hablar de cristianismo como camino es presentarlo, sobre todo, como un obrar correcto, y no tanto como mensaje doctrinal o contenido dogmático. Al fin y al cabo, el cristianismo triunfó en el mundo religioso grecorromano porque se percibió que la verdad era el amor mostrado por Dios en Jesucristo. En cualquier caso, hay que entender bien lo que se quiere decir con «práctica correcta» para no reducir, como ya se ha dicho, el camino cristiano a una moral.

El evangelista Juan utiliza la expresión «obrar la verdad». Esto nos ilumina, porque con esta conducta Juan no se refiere a una acción ética consecuencia de la fe, sino al creer mismo. Obrar la verdad es, pues, caminar progresivamente hacia la fe. ¿Reconozco algo en la cultura que me ayude en ese camino? Si es así, significa que hay personas –y personajes– que, sin saberlo, son discípulos de Jesús, pues podemos reconocer en ellos los *gestos* del Evangelio, como si hubiera un instinto para la verdad anterior a la fe explícita. La práctica del Evangelio, eso que nos conduce a una mayor fe, esperanza y amor, no es monopolio exclusivo de quien pertenece a la Iglesia y confiesa explícitamente a Jesucristo. Así es, a menudo, en muchas manifestaciones de la cultura. Estas, aun de modo inconsciente, nos llevan a experimentar que la verdad ha vuelto a acontecer, en esa relación, semejante y diversa, con el misterio de Cristo.

El tráfico invisible Un millón de visitas por menos de 100€, así le va al periodismo⁴

Ángel L. Fernández Recuero

Hace unos días, uno de los usuarios más activos y singulares de Menéame se cuestionaba en un artículo el asunto de las métricas de tráfico en los medios digitales. El título del texto es el siguiente: «¿Por qué OK Diario tuvo casi 17 millones de visitantes únicos en agosto y Menéame sólo 391.000?». El texto planteaba una aparente paradoja y dejaba entrever la pregunta que muchos se hacen en voz baja: ¿cómo es posible que un medio supuestamente marginal tenga audiencias tan gigantescas mientras otros, con comunidades activas y lectoras fieles, se quedan tan atrás en los rankings?

Más allá del caso concreto, la inquietud que subyace es legítima. Porque no es un secreto que en el entorno digital las cifras de audiencia pueden ser moldeadas, hinchadas o directamente distorsionadas mediante todo tipo de estrategias de adquisición de tráfico. Técnicas que, sin ser necesariamente ilegales, sí plantean dudas éticas y metodológicas. En este artículo vamos a explicar cómo se construyen esos números tan espectaculares que algunos medios proclaman mensualmente, qué métodos se usan para inflar el tráfico, por qué estas prácticas afectan al ecosistema informativo y cómo podemos aprender a leer con escepticismo inteligente los datos de audiencia digital.

⁴ Artículo publicado en la edición española de la revista “Jot Down”, XXIV, noviembre 2025.

NANO	MINI	SMALL	MEDIUM	LARGE	ULTIMATE
6,000 hits per month	60,000 hits per month	150,000 hits per month	300,000 hits per month	600,000 hits per month	1,000,000 hits per month
2,000 unique visitors	20,000 unique visitors	50,000 unique visitors	100,000 unique visitors	200,000 unique visitors	333,333 unique visitors
Up to 30 seconds visit on every page	Up to 5 minutes visit on every page	Up to 5 minutes visit on every page	Up to 5 minutes visit on every page	Up to 5 minutes visit on every page	Up to 5 minutes visit on every page
Up to 3 pages per visit	Up to 3 pages per visit	Up to 3 pages per visit	Up to 3 pages per visit	Up to 3 pages per visit	Up to 11 pages per visit
Countries Geo Targeting	Countries Geo Targeting	Countries Geo Targeting	Countries Geo Targeting	Countries Geo Targeting	Countries Geo Targeting
Cities Geo Targeting	Cities Geo Targeting	Cities Geo Targeting	Cities Geo Targeting	Cities Geo Targeting	Cities Geo Targeting
States Geo Targeting	States Geo Targeting	States Geo Targeting	States Geo Targeting	States Geo Targeting	States Geo Targeting
Expand	Expand	Expand	Expand	Expand	Expand
\$0 per month	\$9.99 per month	\$19.99 per month	\$29.99 per month	\$59.99 per month	\$99.99 per month
Get free Nano	Purchase	Purchase	Purchase	Purchase	Purchase

Tabla de precios de una compañía española que vende tráfico difícil detectable por los medidores de audiencia

Las métricas

La primera cuestión clave es entender que no todos los datos de tráfico se miden igual. En España, el medidor oficial de audiencias digitales es GfK DAM, que sustituyó a Comscore en 2022 como referencia para anunciantes y medios. GfK trabaja con un panel de usuarios y dispositivos que pretende ser representativo de la población, y emplea métodos de deduplicación entre dispositivos y control de calidad. Sin embargo, lo que se publica de estos estudios es solo la parte visible del iceberg: el resto lo manejan las agencias y los departamentos de publicidad. Es importante aclarar que los datos mencionados en el artículo de Menéame no proceden de GfK DAM, sino de OJD Interactiva, cuya certificación puede consultarse públicamente en su sitio web. Esta entidad, que actúa como auditor independiente de medios digitales, proporciona datos recogidos directamente del servidor del medio a través de etiquetas de seguimiento, sin recurrir a muestras o paneles representativos.

Mientras GfK intenta estimar el comportamiento de la población digital total con una muestra, OJD recoge lo que realmente pasa en cada web auditada. Ambas herramientas, lejos de complementarse, muchas veces se usan como armas en la batalla por el relato: cada medio elige la cifra que más le conviene. Esto deja espacio para que cada medio destaque la cifra que más le conviene. ¿Usuarios únicos? ¿Sesiones? ¿Páginas vistas? ¿Tiempo de permanencia? ¿Lectores recurrentes? Cada variable ofrece un relato diferente. Y muchas veces se escoge la más espectacular. Pero hay algo más importante que las definiciones: las prácticas. ¿De dónde sale el tráfico que alimenta esos 17 millones de visitantes únicos? Aquí es donde entramos en el terreno de las estrategias para conseguir aumentar el número de usuarios y las páginas vistas en los medios digitales.

Estrategias de adquisición de tráfico

Una de las más habituales es el tráfico de pago mediante plataformas de recomendación de contenidos, como Taboola, Outbrain o similares. Estas plataformas insertan enlaces a noticias en zonas específicas de otras webs —normalmente al final de artículos, bajo rótulos como «Te recomendamos» o «Contenido patrocinado»—. A diferencia de la publicidad tradicional, este sistema no lo contrata el medio que muestra el anuncio, sino el medio que aparece enlazado. Es decir, el medio paga por cada clic recibido en esas recomendaciones, no para conseguir lectores leales, sino para inflar métricas de visitas. Lo importante no es que lean, ni que entiendan, ni que vuelvan: lo importante es que entren y sean contados.

Otra técnica consiste en redireccionamientos invisibles o forzados. Algunas apps, páginas web o incluso anuncios programáticos abren sin consentimiento páginas de medios en segundo plano o en iframes ocultos. El usuario no se entera, pero el navegador sí. Y cuenta como visita. Esta forma de «tráfico fantasma» puede llegar a representar porcentajes significativos de la audiencia de algunos medios, especialmente en picos sospechosamente altos que no se corresponden con el interés periodístico del contenido. A esta estrategia se suman las técnicas de paginación artificial, diseñadas para multiplicar páginas vistas por cada visita. El caso más evidente es el de los artículos divididos en múltiples páginas —uno por párrafo, una imagen por pantalla, o listas que obligan a hacer clic veinte veces para leer el contenido completo—. También hay variantes más sofisticadas: scroll infinito que recarga URLs sin intervención del usuario, bloques de contenido que simulan ser nuevos artículos pero en realidad cargan en la misma sesión, o estructuras que abren una segunda pestaña sin permiso del lector. El objetivo no es mejorar la experiencia de lectura, sino inflar los números: más páginas vistas, más impresiones publicitarias, más ingresos aparentes, más métricas para presumir. Todo sin que el lector lo haya pedido, y muchas veces sin que lo haya notado.

También existen prácticas más antiguas, como la compra de dominios caducados, que tenían buen posicionamiento en buscadores y que ahora redirigen a páginas del medio comprador. A veces ni siquiera redirigen: simplemente cargan automáticamente un artículo dentro del dominio original sin que el lector lo sepa. Todo cuenta desde la reutilización de contenidos antiguos con fecha actualizada hasta el uso de palabras clave engañosas, etiquetas incorrectas o inyecciones de tráfico desde webs que nada tienen que ver con la información.

La compra de tráfico

Hace un tiempo, en Jot Down detectamos en una ocasión un pico de tráfico completamente anómalo. Un artículo que no tenía especial relevancia ni actualidad —ni había sido compartido, enlazado ni citado en ninguna parte— empezó de pronto a recibir miles de visitas en pocas horas. No había lógica editorial ni viralidad que lo explicara. Al revisar el origen de ese tráfico, descubrimos que provenía de una red que comercializa visitas artificiales. Una empresa dedicada, literalmente, a vender tráfico web

empaquetado como si fueran lectores reales. Y lo hacen bien: simulan la navegación, ajustan la duración de la visita, incluso el porcentaje de rebote. Unos genios del marketing, sin duda, aunque más cercanos a los prestidigitadores que al periodismo.

Estamos hablando de las granjas de clics, más sofisticadas que antes, pero igualmente activas. Ya no se trata de cientos de móviles alineados en una nave industrial, sino de redes de bots camuflados como usuarios reales que simulan navegación, interacción y permanencia en páginas. Como se puede observar en la tabla que encabeza el artículo, por menos de 100€ podemos inflar nuestra web con más de 300.000 usuarios únicos y 1 millón de visitas. Además, tras testear la operativa puedo asegurar que funciona de maravilla. Puedes parametrizar desde la duración de las visitas a las tasas de rebote. También, a qué artículos quieres que llegue el tráfico y desde donde.

¿Y qué hace Google ante esto? Teóricamente, lo penaliza —con la consiguiente llorera de algún director afectado con la caída del tráfico dando excusas de las más variopintas—. La compra de tráfico artificial está explícitamente prohibida por las políticas de Google AdSense y por sus directrices de calidad para posicionamiento SEO. Pero en la práctica, la detección de este tipo de operaciones es compleja, y su persecución, errática. Los sistemas automatizados de Google tienden a detectar patrones groseros, pero son fácilmente burlables por sistemas más refinados. Mientras tanto, el tráfico comprado puede reportar ingresos publicitarios reales y mejoras en visibilidad durante un tiempo.

Google lucha contra el fraude publicitario en su red —por su propio interés económico, no tanto por amor a la verdad—, pero no tiene capacidad ni incentivos para vigilar cada fuente de tráfico que llega a cada web del mundo. Si un medio infla sus visitas para aparentar mayor popularidad, eso no le importa a Google si no está monetizando con su red, o si el SEO no se ve afectado de forma flagrante. Y si se monetiza a través de redes alternativas o acuerdos directos con anunciantes poco exigentes, el engaño puede durar indefinidamente.

Esta economía paralela de tráfico digital artificial ha creado una ilusión de éxito donde lo que cuenta no es el lector real, sino el contador de visitas. El medio no necesita convencerte, solo necesita simular que tú estuviste ahí. Da igual lo que leas. Da igual si leíste. Da igual si existes. Y en este contexto, cuando un medio declara «17 millones de visitantes únicos», la pregunta no debería ser solo «¿cómo lo ha logrado?», sino también «¿cuántos de esos millones tienen cara, nombre y pensamiento crítico?» Porque el tráfico puede comprarse. Pero la confianza, no.

La publicidad institucional

Los medios recurren a estas prácticas porque las cifras infladas de audiencia les abren puertas donde más importa: en el reparto de dinero público. La publicidad institucional no se reparte solo por criterios técnicos, sino también por afinidad política, intereses mutuos y pactos más o menos explícitos entre medios y administraciones. En teoría, estas campañas tienen como objetivo informar a la ciudadanía. En la práctica, muchas veces funcionan como una forma de mantener una red de medios alineados, dóciles o

simplemente útiles. Los contratos con medios afines son una de las formas más estables de financiación de algunos grupos editoriales. No se trata solo de grandes cabeceras nacionales: hay medios locales, digitales de nuevo cuño o incluso portales sin apenas redacción que reciben decenas o cientos de miles de euros al año en concepto de campañas institucionales. A cambio no se exige calidad ni independencia, sino cumplimiento: mantener ciertas narrativas, no incomodar demasiado, amplificar los mensajes del gobierno de turno o simplemente existir como cortina de humo frente a otras voces más críticas. El Salto analiza uno de los muchos casos en este artículo sobre como la Comunidad y el Ayuntamiento de Madrid han inyectado más de 2,2 millones de euros a *El Español* en cinco años.

Este intercambio no siempre deja rastro directo. A veces se disfraza de campañas sobre reciclaje, salud pública, formación profesional o violencia de género. El contenido es correcto, incluso necesario, pero el canal elegido no responde a su capacidad para informar eficazmente, sino a su disponibilidad para jugar el juego. Por eso la inflación artificial de tráfico tiene sentido: permite justificar esos contratos en papeles. El medio presenta sus cifras auditadas, su volumen de usuarios únicos, su crecimiento intermensual. Da igual si ese tráfico proviene de bots, de clics comprados, de técnicas de paginación abusiva o de lectores desinteresados. El número existe, y eso basta para que se apruebe el presupuesto. Y así, el dinero fluye. No siempre hacia los mejores medios. No hacia los más leídos. Sino hacia los más útiles para las causas políticas y en detrimento de medios que juegan limpio.

Midiendo fantasmas

En conjunto, estas estrategias dibujan una imagen engañosa: medios que parecen gigantes digitales, pero cuyas audiencias no se corresponden con lectores reales, activos y comprometidos. Se parecen más a esos seguidores falsos que algunos influencers compran para parecer más relevantes. ¿Es esto ilegal? No necesariamente. Pero sí plantea un problema profundo: si el éxito en el ecosistema digital se mide por volumen, y el volumen se puede comprar o fabricar, entonces los incentivos están completamente desalineados con la calidad, el rigor o la utilidad pública del periodismo. El lector se convierte en un número. El medio, en una fábrica de clics. Y el sistema, en una carrera por ver quién infla más sin que se note el aire caliente.

Lo que demuestra el artículo de Menéame no es que haya medios exitosos y otros fracasados, sino que la métrica más visible —el tráfico— ha dejado de ser fiable como indicativo de relevancia. Un medio puede tener 391.000 usuarios y una comunidad viva, influyente y fiel. Otro puede exhibir 17 millones y carecer de impacto real fuera de su burbuja algorítmica. Por eso, antes de dejarnos deslumbrar por los números, conviene hacernos preguntas más importantes: ¿quién lee? ¿cómo llega el lector? ¿cuánto tiempo se queda? ¿vuelve? ¿comparte? ¿se fía? Y sobre todo: ¿estamos midiendo audiencia o solo contando fantasmas?



La familia carismática de Don Bosco

Una profecía de comunión para los jóvenes y los pobres, en la Iglesia y en el mundo⁵

Secretariado para la Familia Salesiana

«La Familia Salesiana de Don Bosco es una comunidad carismática y espiritual formada por diferentes grupos unidos por lazos de parentesco espiritual y afinidad apostólica» (Carta de Identidad, 4) que responden a una llamada vocacional: una verdadera profecía de comunión para los jóvenes y los pobres. Familia carismática, comunión sinodal, misión compartida: estos son los tres grandes aspectos de nuestra profecía, cuyo origen se encuentra en el corazón de Don Bosco, padre y fundador de la Familia Salesiana.

1. Don Bosco, Fundador de la Familia Salesiana

«Con humilde y gozosa gratitud, todos los Grupos pertenecientes a la Familia Salesiana reconocemos que Don Bosco, por iniciativa de Dios y la mediación maternal de María, inició en la Iglesia una experiencia original de vida evangélica. El Espíritu moldeó en él un corazón habitado por un gran amor a Dios y a los jóvenes y los pobres... y lo convirtió así en Padre y Maestro de una multitud de jóvenes, así como en Fundador de una vasta Familia espiritual y apostólica».

⁵ Primera parte en español del manual “L’animazione & l’accompagnamento nella Famiglia Salesiana”, Roma 2024.

Don Bosco nos pensó y nos quiso como Familia.

Todos los miembros de la Familia Salesiana reconocen la pasión apostólica de Don Bosco, quien «para responder a las expectativas de la juventud y de las clases populares fundó el Oratorio, concebido como una gran familia juvenil» (1846), los Salesianos (1859), las Hijas de María Auxiliadora (1872), los Salesianos Cooperadores (1876), la Asociación de María Auxiliadora (1869), y acogió a los primeros exalumnos (1870). A todos los primeros grupos «dedicó tiempo, energías, compromiso formativo y organizativo... convencido de que la fuerza apostólica de toda la Familia dependía de la unidad de intenciones, de espíritu, de método y de estilo educativo».

A los grupos fundados por él se han sumado muchos otros, nacidos en diferentes contextos socioculturales, inspirados y orientados por su carisma y por la renovación promovida por el Concilio Ecuménico Vaticano II.

«*Espíritu de familia, familiaridad, formar un solo corazón y una sola alma*», eran expresiones que salían a menudo de sus labios, manifestando así su profundo deseo de una familia fuerte para una fecunda «misión educativa juvenil, popular y misionera».

Una Familia fiel al carisma recibido

Los distintos grupos de la Familia Salesiana se han comprometido desde hace tiempo en un serio proceso de renovación para un camino de comunión: los textos constitucionales, los proyectos de vida, los estatutos y los respectivos planes de formación son una señal de ello, pero lo es aún más la vitalidad de su testimonio en los distintos territorios.

También la Familia Salesiana en su conjunto ha recorrido un camino significativo en este sentido. Los sucesores de Don Bosco, especialmente después del Capítulo General 20, han animado, alentado, acompañado y reafirmado fielmente este espíritu. Un hito en el camino recorrido lo encontramos en *la Carta de Identidad carismática* y en la práctica de tantas iniciativas compartidas en los ámbitos de la comunión, la espiritualidad, la misión y la formación.

He aquí los retos para la fidelidad al carisma recibido: sentir y alimentar una viva conciencia de la dimensión comunional para proyectarse hacia toda la Familia Salesiana y ser signo de la comunión eclesial, ser conscientes de pertenecer a una única Familia espiritual y comprometerse a *caminar juntos* con un mismo *sentir y actuar* en la Iglesia y en el mundo. Caminar como familia es vivir el corazón del espíritu de Don Bosco y la expresión de ser Iglesia, Pueblo de Dios. Caminar juntos (synodos) es, de hecho, la forma de ser Iglesia, de ser familia.

La alegría de caminar juntos

Caminar juntos es una fuente de alegría: esta ha sido nuestra experiencia a lo largo de los años. Sin embargo, debemos reconocer que muchas veces el continuo llamamiento

que nos llega de la propia vida de Don Bosco, de las enseñanzas de los Pastores de la Iglesia, de los mismos intercambios dentro de la Familia Salesiana, tiene dificultades para transformarse en vida, debido a las situaciones personales, culturales, sociales y políticas en las que nos encontramos, sobre todo en lo que se refiere a:

- Vivir un claro sentido de identidad y pertenencia al conjunto de la Familia (y quizás también al propio Grupo).
- Unirse espiritualmente, conocer y apreciar la especificidad carismática de los diferentes Grupos, y asociarse operativamente (unidad de intenciones, de espíritu, de método, de estilo).
- Nutrir y expresar el sentido eclesial del carisma salesiano.
- Comprometerse en una verdadera animación y en un acompañamiento humano y espiritual unos con otros.
- Evaluar correctamente la identidad del laico cristiano en la Iglesia y en la sociedad por parte de los consagrados y de los propios laicos.
- Embarcarse en la misión, dar profundidad a la presencia y al compromiso en las nuevas ágoras juveniles y populares de nuestro mundo, trabajar en red con los organismos de pastoral juvenil y vocacional de los Grupos y de las diócesis.

Es el carisma el que nos impulsa a irradiar la alegría y a...

1. Abrirnos a otros Grupos conservando la autonomía de cada uno.
2. Atreverse con audacia y creatividad apostólica, saliendo de las zonas de confort para responder a los desafíos del momento presente.
3. Reconocer la identidad de los laicos, considerándolos auténticos sujetos en la misión.
4. Asumir nuestras responsabilidades como personas y como grupos.

Como Familia Salesiana, todos los Grupos y miembros estamos llamados a evaluar en qué situación nos encontramos, recorrer caminos de profunda renovación y relanzar ese espíritu de familia con el que el Don Bosco nos ha pensado y querido.

2. La profecía de ser una Familia carismática en la Iglesia.

Los profetas individuales, si son elegidos por el Señor, dan origen a comunidades proféticas. La dimensión profética de la Iglesia proviene de Cristo. Vale la pena tomar conciencia renovada de nuestro ser profecía como Familia Salesiana de Don Bosco y poner en práctica lo que ello expresa.

Don Bosco, padre de una Familia carismática

La imagen que surge del proceso fundacional de la Familia Salesiana es la de una Familia carismática, abierta, formada por numerosos hermanos y hermanas, cada uno con su propia personalidad, pero todos estrechamente unidos entre sí para cumplir en sinergia la misión del Fundador, animados por su espíritu. Se trata de una verdadera profecía en la Iglesia para los jóvenes y los pobres. Mucho más que una simple institución humana, un don de Dios:

- una Familia en comunión fraterna, con la mirada puesta en el cielo y las manos dispuestas a trabajar en el mundo ;
- una Familia que reúne diferentes vocaciones, consagradas y laicas, pero todas unidas e impulsadas por la misma pasión apostólica por la salvación de los jóvenes ;
- una Familia que no teme las dificultades del día a día, sino que camina con decisión por el empujamiento de rosas del mundo, aceptando incluso las espinas con tal de anunciar el Evangelio de la alegría y la esperanza a los jóvenes y al pueblo;
- una Familia que sabe valorar todo lo positivo arraigado en la vida de las personas, en las realidades creadas, en los acontecimientos de la historia, y que sabe captar los valores auténticos presentes en el mundo;
- una Familia que sabe soñar juntos, rezar juntos, proyectar juntos, trabajar juntos... y ser, así, signo de profecía y de comunión en la que es hermoso apostar la vida;
- Una familia que encuentra sus raíces en el misterio del amor infinito que une al Padre, al Hijo y al Espíritu, fuente, modelo y meta de toda familia humana; una familia cuyos miembros reconocen en su vida la primacía de Dios-Comunión. «Este es el corazón de la mística salesiana», repetía Don Viganó. Estamos llamados, por tanto, a ser expresión profética de la comunión trinitaria de Dios.

Los frutos del carisma salesiano nos recuerdan nuestra corresponsabilidad

Todo don quiere ser reconocido, acogido, apreciado, dejado florecer. Los miembros de la Familia Salesiana, asombrados por la riqueza de frutos surgidos del carisma de Don Bosco, se sienten profundamente involucrados en el crecimiento de este don del Espíritu. Todo en su vida ha adquirido una nueva dimensión: el rostro de Dios; el seguimiento de Jesús; la experiencia viva del Espíritu; el apego a la Iglesia; la presencia apostólica y transformadora en el mundo, especialmente entre los jóvenes y los pobres; la convicción de la ayuda maternal de María; el estilo de familia... No solo se han sentido involucrados exteriormente, sino sobre todo conmovidos interiormente.

Esto les ha llevado a convertirse en mujeres y hombres nuevos, dedicados a la causa del Reino en las diferentes circunstancias de la vida; a crecer en la convicción de lo que, como Familia, les une (el bautismo, la misión, el humanismo evangélico, María, Don Bosco, el Rector Mayor, su sucesor, padre y centro de unidad...); a valorar la peculiaridad de la

vocación y misión específicas de cada Grupo que enriquecen al conjunto; y a recordar un intercambio de dones en una comunión profunda, en la convicción de que «sin los demás, los miembros de un Grupo particular no pueden ser ellos mismos».

Cada uno de los Grupos de la Familia Salesiana, y sus miembros, pueden afirmar: «Como Don Bosco, en diálogo con el Señor, caminamos juntos movidos por el Espíritu, viviendo la experiencia de vida fraterna y familiar, como en Valdocco, abiertos y disponibles, saliendo hacia las periferias existenciales, convirtiéndonos en don y profecía «para», «entre» y «con» los jóvenes y los pobres». Esta conciencia del don y de sus frutos en nosotros nos sostiene mutuamente y alimenta nuestra corresponsabilidad.

El marco de referencia: la Carta de Identidad

La *Carta de Identidad carismática de la Familia Salesiana* constituye el marco de referencia para el conjunto de la Familia y para cada uno de los Grupos. Es la expresión intrínseca del ser y del vivir la vida salesiana, tanto desde el punto de vista de la comunión como de la misión y la espiritualidad de cada uno.

Más allá de las Constituciones y los Estatutos de cada Grupo, es necesario profundizar en la Carta de Identidad de toda la Familia, valorarla, estudiarla, meditarla y rezarla para dar vida al carisma que compartimos. Cuando uno entra en un Grupo, entra en toda la Familia. Por lo tanto, es significativo el gesto de entregar la Carta de Identidad junto con las Constituciones / Proyecto o Regla de vida / Estatutos / Reglamentos en el momento solemne de la profesión o la promesa.

La Familia Salesiana camina junto con las otras familias carismáticas de la Iglesia

«Dios es amor». La Iglesia es la Familia de Dios - Comunión, la comunidad de fieles reunidos en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Toda la humanidad está llamada a ser familia, hogar de la Trinidad, en la civilización del amor.

El carisma, conferido a los fundadores y fundadoras, tiende a crecer a varios niveles y a expandirse en círculos concéntricos, dando origen a una familia carismática. No se es religioso o cristiano en abstracto. Las familias carismáticas se manifiestan como una verdadera revolución copernicana. El don del Espíritu, vivido en una familia carismática, es un importante generador de coherencia, entusiasmo, creatividad, capacidad de riesgo y dedicación hasta las últimas consecuencias, en el más puro espíritu evangélico.

Como Familia Salesiana, junto con otras familias carismáticas de la Iglesia, nos sentimos estimulados a ser testigos de comunión, hermanas y hermanos (consagrados y laicos) comprometidos a compartir una intensa vida espiritual, responsabilidades y servicios que aportan frescura evangélica para la construcción del Reino.

La Familia Salesiana, como familia carismática, se siente portadora de innovaciones significativas en la Iglesia de hoy, las de su propio carisma, y promueve los recursos evangélicos más genuinos. Juntos, como hermanos y hermanas, desde los más pequeños hasta los más grandes, nos sentimos hijos/as de Dios, con la misma dignidad y corresponsabilidad. Nos ejercitamos en la escucha mutua y en el discernimiento, conscientes de que el Espíritu Santo se manifiesta generalmente a través de la mediación de los hermanos y hermanas más sencillos y pequeños. Se trata de una novedad presente en la tradición cristiana que se convierte en profecía para el mundo.

3. La profecía de ser comunión en sinodalidad misionera.

El carisma salesiano inserta a todos los miembros en una profunda comunión que tiene un valor en sí misma (*«por esto sabrán que sois mis discípulos»*), y en vista de la misión (*«llamados para ser enviados»*). La comunión intensifica el testimonio y la caridad apostólica. Por eso, el Espíritu impulsa la diversidad de carismas y el caminar juntos: una comunión misionera en sinodalidad.

Comunión y testimonio

Don Bosco, a lo largo de su vida, necesitó a todos —sacerdotes, hombres, mujeres, laicos, jóvenes— para que, unidos, pudieran realizar una labor más fructífera en favor de los jóvenes y las clases populares. Cualquiera que llegara al Oratorio con el deseo de ayudar, encontraba el papel preciso con el que colaborar en la misión común. Así, nuestro Padre, guiado por el Espíritu, inició un vasto movimiento de personas que, viviendo en comunión entre sí, compartían su misma pasión por la salvación de la juventud. Don Bosco era inclusivo. La intuición de la importancia de la unidad y la corresponsabilidad en la misión a la que Don Bosco se sintió llamado guió sus pasos desde el principio.

De ahí el compromiso, como Familia Salesiana, además de *caminar juntos*, de dar al mundo un testimonio de comunión y unidad para la eficacia en la misión. El signo de la comunión en el amor hace creíble y valioso el primer anuncio, ¡en todas partes! Jesús dijo: *«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. ¡Amad como yo os he amado! En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros»* (). Se decía de las primeras comunidades cristianas: *«Mirad cómo se aman»* ().

Este llamamiento del Evangelio encuentra eco en la Carta de Identidad de la Familia Salesiana, definida como comunidad carismática y espiritual, llamada a vivir el don de la comunión que proviene de Dios, y alimentada por la comunión eclesial.

La comunión es el signo distintivo de nuestro ser cristianos y se construye con la disponibilidad a dejarnos habitar por el Espíritu Santo, que nos hace un solo cuerpo y un solo espíritu. El amor recíproco, la comunión que sabremos construir entre nosotros, nos convierte en signos, testigos y profetas.

Comunión en la diversidad

La Familia Salesiana acoge una pluralidad de vocaciones específicas unidas en un único carisma. En la riqueza de las diversas vocaciones, los laicos se insertan en el corazón del mundo y dan testimonio coherente de su fe en las actividades seculares, mientras que los presbíteros anuncian la Palabra y desempeñan su servicio ministerial; los consagrados enriquecen a los casados con el don radical de su vida a Dios y a los hermanos, mientras que los que viven el sacramento del matrimonio ofrecen su testimonio de pareja que vive el Evangelio en la vida cotidiana; los jóvenes ofrecen la frescura y la creatividad de su edad, mientras que los adultos comparten su experiencia y sabiduría de vida.

La comunión implica que cada uno viva su propia especificidad carismática enriqueciendo al otro con la e s su propia originalidad, mientras se deja enriquecer por la de los demás.

Esta diversidad es una riqueza que hay que valorar, comprometiéndonos a conocernos mejor, a apreciarnos mutuamente y a colaborar para ser en el mundo una presencia profética, testimonial y fecunda. Así es como los jóvenes pueden ver una Familia unida, que se expresa en tantas vocaciones específicas en las que cada uno, si es llamado a formar parte de ella, puede encontrar su lugar.

Comunión en sinodalidad para una misión profética

Una de las formas que mejor expresa la comunión en la diversidad y el caminar juntos es la del *camino sinodal*, en participación corresponsable por una misión que tenga sabor a profecía.

No se trata de adoptar un simple procedimiento operativo ocasional, sino de comprender existencialmente que *ser Iglesia es caminar juntos*, que *ecclesia* y *synodus* son correlativos. Caminar sinodalmente requiere, si es necesario, cambiar, incluso estructuralmente, la forma de pensar, de escuchar, de relacionarse, de tomar decisiones, de actuar, de apoyarse, de evaluar, de dar testimonio.

La primera actitud que hay que adoptar para caminar juntos, sinodalmente, es la de la escucha recíproca y la atención a las diversidades, consideradas como una riqueza para toda la Familia. Esto implica una actitud humilde, que impulse a dejar de lado las propias certezas para escuchar al otro en profundidad.

El segundo paso es escuchar al mundo, especialmente a los jóvenes, sus necesidades y expectativas, para identificar juntos las posibles respuestas y las medidas que se pueden tomar.

Pero esto no basta: es fundamental unirnos para escuchar al Espíritu, que nos ayuda a discernir los signos de Dios a la luz de su Palabra y nos indica los caminos a seguir según su voluntad.

Una dinámica de discernimiento de la Iglesia sinodal ha sido «*La conversación en el Espíritu*». A continuación se resumen los pasos de la dinámica:

- Preparación personal: confiando en el Padre, conversando en oración con el Señor Jesús y escuchando al Espíritu Santo, cada uno prepara su contribución sobre el tema que se debe discernir.
- Tomar la palabra y escuchar: cada uno interviene por turnos a partir de su propia experiencia y oración, y escucha con atención la contribución de los demás.
- Hacer espacio a los demás y al Otro: cada uno comparte, a partir de lo que los demás han dicho, lo que más le ha resonado y lo que le ha suscitado más resistencias, dejándose guiar por el Espíritu Santo.
- Construir juntos: se dialoga juntos a partir de lo que ha surgido anteriormente para discernir y recoger el fruto de la conversación en el Espíritu: reconocer intuiciones y convergencias; identificar discrepancias, obstáculos y preguntas adicionales; dejar que surjan voces proféticas, de modo que cada uno pueda sentirse representado por el resultado del trabajo (los pasos a los que nos llama, juntos, el Espíritu Santo).
- Concluir con una oración de agradecimiento.

Caminar juntos como Familia implica acompañarnos mutuamente, respetando a las personas y a los grupos que han recibido la misma vocación salesiana. *Caminar juntos* como Familia e implica animarnos mutuamente y contribuir con lo propio, para completar y complementar la riqueza del otro y responder juntos a la misión que el Espíritu nos indica.

Vivir en comunión misionera

«El vínculo que une a los miembros de la Familia Salesiana es el de una comunión misionera». Se trata de vivir el don de la comunión que proviene de Dios en la lógica de la Encarnación, insertándonos afectiva y efectivamente entre las personas con las que vivimos y entre las que trabajamos, en los diferentes contextos en los que se desarrolla nuestra misión.

Las expresiones pueden ser múltiples: desde una mentalidad y un estilo de vivir y trabajar «para» hasta un sentir y trabajar «con»; desde un trabajo al margen de la realidad de los jóvenes y los más pobres, hasta un compromiso colectivo para actuar entre ellos, insertándose en las dinámicas de los grupos y favoreciendo la cooperación de las personas.

Las actitudes también pueden enriquecerse con el estilo de *la Iglesia que sale*: desde la acogida de las personas en sus propias realidades (oratorios, escuelas, casas de acogida...) hasta compartir las realidades de los demás encontrándolos donde se encuentran. Donar el tiempo y la presencia es la forma más sencilla y concreta de cultivar la comunión.

Creer en espíritu de comunión con el Señor y con los demás, especialmente con los jóvenes y los pobres, despierta en nosotros la capacidad de escuchar y la humildad, nos empuja a salir de nuestra zona de confort y nos lleva a recorrer caminos de verdadera conversión personal y comunitaria. En resumen, nos convierte en cooperadores de la Obra de Dios.

4. La profecía de la misión compartida

Nos recuerda la *Evangelii Gaudium*: «La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, ni un adorno que puedo quitarme, no es un apéndice, ni un momento entre tantos de la existencia. Es algo que no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y por eso estoy en este mundo». He aquí un fuerte llamamiento a profundizar en el ser misión y serlo en el corazón del pueblo. Estamos invitados, pues, a vivir la profecía de la misión compartida, hecha de «la unidad del espíritu y la convergencia en la misión».

Todos llamados y enviados, abiertos a la novedad de Dios

Todos los miembros de la Familia Salesiana, sacerdotes, consagrados y laicos, en cuanto bautizados, están llamados y enviados al mundo para evangelizar, para ser luz, sal y levadura con un testimonio coherente, y para tener, en igual medida, la responsabilidad de que el Reino de Dios crezca en la tierra.

También los miembros que pertenecen a tradiciones espirituales no cristianas o con concepciones religiosas diferentes, como muchos exalumnos y amigos de Don Bosco que trabajan en el ámbito salesiano, están llamados a poner en el centro a la persona humana, cuya dignidad debe ser protegida y promovida en todas sus expresiones y en todos los valores auténticamente humanos.

Se trata de un compromiso con el desarrollo del humanismo salesiano, que se esfuerza por dar sentido a la vida cotidiana y construir razones de esperanza y perspectivas de futuro para la persona y la sociedad.

Es una invitación a establecer relaciones de estima y amor con todos, a reconocerse como miembros del grupo humano en el que se vive, y a descubrir juntos y respetar esos gérmenes de novedad de vida que abren a todos a la trascendencia.

La Carta de Identidad nos ha hecho conscientes de que, ante todo, más que «hacer», estamos llamados a «ser misión», actuando en los diferentes contextos religiosos y culturales en los que nos encontramos. La diversidad de los distintos grupos en el vivir la pasión evangelizadora de la misión, en lugar de frenar, estimula y anima la construcción del Reino de Dios, en un compromiso común y complementario animado por *el Da mihi animas, caetera tolle*.

Juntos, como Familia Salesiana y con otras familias carismáticas, podemos seguir escribiendo una página inédita de la evangelización de la Iglesia en el mundo. Dejemos paso al viento del Espíritu, sin saber exactamente adónde nos llevará; el designio es del Señor y nosotros somos simplemente sus servidores.

La misión compartida

En las últimas décadas, se ha introducido en el lenguaje eclesial la expresión «misión compartida». La Carta de Identidad, además de hablar explícitamente de *la formación compartida*, utiliza palabras que apuntan directamente a ella: *intercambio de dones*, *comunión y colaboración en la misión*, *corresponsabilidad apostólica*, *metodología de la colaboración*.

Se trata de la misión que concierne a todos los Grupos, ya que la misión es constitutiva de nuestra identidad, y de la misión compartida con tantos laicos y consagrados que participan intensamente en la espiritualidad y la misión salesiana, o que están invitados a integrarse en ella.

De hecho, se ha iniciado un nuevo capítulo lleno de esperanza en la historia de la Iglesia y en las relaciones entre las personas y los grupos de consagrados y laicos.

En la base de este enfoque hay una eclesiología de comunión, una teología renovada del laicado, un replanteamiento de la relación entre laicos y religiosos, una profundización de la misión, una nueva visión de los portadores del carisma y del significado teológico del compartir.

De hecho, se ha pasado de considerar a los laicos como simples empleados o colaboradores en la misión a la convicción de que todos estamos llamados a vivir la misión basándonos en la fuerza de la consagración bautismal y el compromiso que de ella se deriva para cada cristiano, abriendo así una nueva dimensión en la relación entre los institutos religiosos y los propios laicos que antes colaboraban con ellos. Ya no se trata de realizar un trabajo o una simple colaboración, sino de caminar juntos viviendo la misma misión, comprometiéndose en un proyecto común.

Una mayor toma de conciencia ha llevado incluso a asumir una visión de misión compartida en clave carismática. Todos los miembros de una Familia carismática son portadores y garantes del don del Espíritu; en virtud de ello, se comprometen en la misión común según su vocación específica. La misión, por lo tanto, no puede ser sino una misión compartida en sentido pleno.

El Concilio Vaticano II afirmó claramente que «en la Iglesia hay una pluralidad de ministerios y una unidad de misión». En el caso de la Familia Salesiana, hay una diversidad de grupos con una unidad de misión y un objetivo común. Lo que nos permite hablar de misión compartida es la conciencia misionera común y la necesidad de una caridad cooperativa.

He aquí algunas consecuencias de este enfoque:

- La exigencia de una atención constante a los signos del Espíritu y un discernimiento continuo para responder a las urgencias de los jóvenes y de los sectores populares con la misma pasión, iniciativa y creatividad apostólica de Don Bosco.

- La conciencia de estar llamados y enviados a llevar a cabo la misión como portadores del mismo carisma, según las características y posibilidades de cada uno de los Grupos.
- La comunión «*en*» y «*para*» la misión refuerza la autonomía y la originalidad de cada Grupo, generando colaboración recíproca y creando una fuerte sinergia carismática entre ellos, sin implicar necesariamente una uniformidad de compromiso, ni la participación en cada iniciativa del territorio.
- La prioridad de la evangelización, entendida como anuncio y testimonio del Evangelio, que se concreta en una multiplicidad de proyectos y servicios evangélicos, en particular en la promoción humana y la educación.
- La apertura a nuevas formas de colaboración, alianzas o redes que respeten la diversidad y la especificidad de cada uno y refuercen la unidad, tanto entre los Grupos de la Familia Salesiana como, hacia el exterior, con otras Familias Carismáticas y otros grupos eclesiales y sociales, con vistas a la construcción del Reino de Dios.

Cambio de mentalidad: la metanoia

- Este proceso de transformación requiere una apertura de la mente y del corazón, una auténtica metanoia, un profundo cambio de mentalidad. En particular, es necesario:
- Llegar a la convicción de que ningún grupo es propietario del carisma, sino simplemente testigo. El dueño es el Espíritu Santo. Por lo tanto, todo lo que tiene que ver con el carisma debe ser reflexionado juntos, como familia. Las referencias son la Palabra, el Magisterio y Don Bosco. El Espíritu de Dios, los signos de los tiempos y el espíritu salesiano deben estar presentes en los diferentes ámbitos de reflexión y toma de decisiones.
- Potenciar el crecimiento de la identidad carismática de todos los miembros de los Grupos de la Familia Salesiana a través de una formación compartida que permita contribuir de manera responsable y creativa a la misión común.
- Constatar que la misión compartida surge espontáneamente cuando hay conciencia de ser una Familia carismática cuyos miembros viven como hermanos y hermanas gracias al Espíritu.
- Practicar el método concreto de análisis de la realidad utilizado por Don Bosco desde el momento en que visitó la cárcel de Turín: observar, entrar en contacto con la realidad para dejarse sensibilizar; reflexionar (con el estudio, la oración, el acompañamiento espiritual) para comprender; decidir para transformar.
- Trabajar en red y de manera complementaria entre los diferentes grupos para llegar a los jóvenes necesitados con un servicio salesiano creíble y acorde con las situaciones y necesidades en las que se encuentran.

- Adaptar los organismos de animación y acompañamiento a la realidad de un sujeto pastoral ampliado (comunidades educativo-pastorales, comunidades educativas) en el que todos sus miembros son necesarios y complementarios. El conjunto de consagrados y laicos es en sí mismo un testimonio de comunión misionera.

Metodología participativa y compartida

- Una misión compartida correcta no es algo que se dé por sentado. Su referencia la encontramos en la pedagogía utilizada por Dios con su pueblo y por Jesús con sus discípulos. Se requieren elementos esenciales que encontramos enumerados en la Carta de Identidad :
 - Formarse juntos: pensar juntos, trabajar juntos, rezar juntos
 - Educarse y crecer en el intercambio de proyectos
 - Activar la lógica de la coordinación
 - Someterse a la lógica de la reciprocidad
 - Aceptar una responsabilidad compartida
 - Realizar una formación conjunta
 - El momento eclesial y salesiano actual nos hace comprender cuán necesaria es una transformación de la mentalidad e, incluso, cambios estructurales en nuestra forma de pensar, de escucharnos, de relacionarnos, de actuar, de dar testimonio del carisma juntos, sinodalmente, caminando hacia una misión compartida.

El reto consiste en promover una cultura de la Familia Salesiana, en la que se forme, se rece, se trabaje juntos, activando experiencias significativas de convivencia, espiritualidad, fraternidad y colaboración en proyectos comunes en el territorio, respetando la vocación específica de cada uno.

Jóvenes y belleza⁶

1. La belleza de la que no se habla⁷

Hace unos años tuve la inmensa suerte de visitar Petra. Tengo un vídeo en el que aparezco caminando entre rocas como quien va sorteando un laberinto. Una curva, otra curva, rocas rosadas a ambos lados... hasta que, de repente, el espacio se ensancha ante mí y aparece *El Tesoro* (como así se llama el monumento más importante de Petra, una de las siete maravillas del mundo). No lo voy a describir, bueno, más bien diría que no lo puedo describir, porque me falta talento y vocabulario para detallar tanta maravilla. Sí diré que dentro de mí surgió una sensación de pequeñez, de asombro y también de esperanza al pensar que, si el ser humano fue capaz alguna vez de hacer tal maravilla, no todo está perdido.

Esa contemplación silenciosa del Tesoro de Petra fue otro pasito más para comprender el verdadero significado de la belleza. No solo es un concepto relativo a la estética o a la apariencia. Es algo más profundo, más conectado con el espíritu, con trascender. A mi entender, la belleza está relacionada con la armonía, el equilibrio, la serenidad, el regocijo y el placer para los sentidos. Todo ello provoca una especie de clic interior, el cual indica que hay algo en este ajetreado mundo que, por fin, encaja. Puede ser un monumento, una ecuación matemática, un amanecer, una música concreta, la imagen de un árbol, una caricia en su justo momento, la voz del amado o amada, una lectura sabrosa, un succulento plato de comida hecho por tu madre... Por el hecho de que la belleza va más allá de lo externo, podemos enamorarnos de personas que no encajan con nuestro prototipo de guapura (ni con el de los demás). Es porque encienden en nosotros algo mucho más hondo y valioso, que te despierta a amar.

Los ojos ya no se han quedado en el rostro o la complexión de quien se ama. Lo atraviesan, pueden ver su verdadera belleza, una que, como dice el cuento de *La bella y la bestia* (¡qué verdades nos desvelan los cuentos!) está en el interior.

La belleza es calma. Las pequeñas cosas de cada día esconden una belleza sutil y delicada que, si somos capaces de descubrirla, nos proporcionan alivio. Mueven el mundo, dan sentido, nos ayudan a confiar en que todo irá bien. Por eso son hermosas.

⁶ Recopilación de varios artículos publicados en la revista RPJ, núm. 575, septiembre 2025.

⁷ Texto de Almudena Colorado.

Y la belleza es también esperanza. Cuando el ser humano es capaz de hacer obras de arte maravillosas, una llega a creer que no hemos perdido la capacidad de hacer algo bueno por pura generosidad, por el deseo de dar al mundo la oportunidad de contemplar algo hermoso y confortador.

Por todo esto (y seguro que por mucho más), también podemos decir que Dios es belleza.

La religión ha tenido presente la belleza como el lenguaje del Misterio. Quizás no hablan directamente de ella, pero sí de aquellos elementos o imágenes evocadoras que provocan en nosotros ese clic del que hablé antes: el de que ahí está la perfección única y verdadera y, por tanto, la belleza. Aquí pongo algunos ejemplos:

- Los pitagóricos (miembros de una sociedad o comunidad religiosa fundada por Pitágoras) creían que «la práctica del silencio, la influencia de la música y el estudio de las matemáticas se consideraban valiosas ayudas para la formación del alma». Silencio (calma), música (armonía) y matemáticas (orden) son parte del lenguaje de la belleza (aunque a muchos las matemáticas les provoquen precisamente lo contrario...).
- En el budismo existe un escrito llamado *El camino de la Perfección*, donde encontramos un curioso relato acerca de un místico, Pindola, y cómo su profunda concentración mientras meditaba provocó atracción en las esposas del rey, con el consecuente enfado de este: «El rey, que tenía el alma impura por la lujuria, sintió que las llamas de los celos le quemaban e insultó a Pindola: “Es imperdonable que tú, un hombre que predica el bien, te entretengas rodeado de mujeres en conversaciones vanas”. Pindola cerró los ojos con tranquilidad y guardó silencio. El rey, loco de furor, desenvainó su espada y la acercó amenazante a la cara de Pindola, pero este no abrió la boca y permaneció como una roca, sin moverse. Fuera de sí, el rey destruyó un hormiguero y desparramó las hormigas en torno a él, pero aun así Pindola se mantuvo firmemente sentado. Llegado a tal extremo, el rey sintió vergüenza de su feroz conducta y le suplicó que le perdonase. Desde ese momento, las enseñanzas de Buda fueron aceptadas en la familia real y pudieron extenderse por toda la nación». Aquí, la forma de actuar de Pindola desentona con el enojo del rey. No se puede dejar de ver el contraste entre lo bonito (la quietud) y lo feo (la violencia). Resulta más atractiva la actitud de Pindola, por eso las esposas del rey se rindieron ante él.
- Para los hinduistas, «es bello todo aquello que provoca en aquel que lo mira o escucha un movimiento hacia lo Absoluto». La belleza está más relacionada con lo espiritual que con lo estético. Es más: es el camino hacia el Misterio, la Divinidad, lo Absoluto.
- El judaísmo utiliza también la belleza para hablar de Dios y de su amor hacia las personas. Nada más hay que leer el relato de la Creación, donde todo lo que Dios crea es bello y bueno («...y vio Dios que todo era bueno»). Esa belleza también se exalta en los Salmos, en el libro de los Proverbios o el Cantar de los Cantares: «Mi amado es para mí como un ramito de azahar de las viñas de Engadi».
- En el islam hay «99 hermosos nombres de Alá». 99 nombres escritos con una caligrafía preciosa, porque Alá merece que con ese esmero se escriban sus nombres. 99

es el número de nombres que un musulmán debe aprender para entrar en el Jardín, esa eternidad con Alá que, de hermosa que es, solo puede ser descrita como un jardín.

Por supuesto, en el cristianismo también está muy presente la belleza para hablar de Dios. No solo tomamos todos los términos y comparaciones sublimes sobre Dios que ya aparecen en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento hallamos maneras muy bonitas para hablar de Dios: en las parábolas (los lirios del campo, las aves del cielo, la oveja perdida, las novias con sus candiles, el padre bueno del hijo pródigo, cuya vida se describe como espantosa lejos del padre), en el Padrenuestro, en las bienaventuranzas, en los gestos llenos de ternura de Jesús... Hay belleza en el relato del anuncio del ángel a María, en el nacimiento de Jesús (aunque naciera en un triste pesebre), en los relatos de la Resurrección...

La belleza es un rasgo de Dios: Dios, que es bondad, verdad y amor, no puede dejar de ser también bello. De ahí que el arte haya sido una excelente manera de enseñarlo y, a través de él, alabar a Dios: «Estas (las bellas artes), por su naturaleza, están relacionadas con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas. Y tanto más pueden dedicarse a Dios y contribuir a su alabanza y a su gloria cuanto más lejos están de todo propósito que no sea colaborar lo más posible con sus obras para orientar santamente a los hombres» (SC 122).

Sin embargo, ¿qué hemos hecho hoy con la belleza? La hemos convertido en una banalidad sujeta a modas, dinero, rostros y cuerpos falsos, filtros, discursos baratos, imágenes de aparente felicidad... Hemos hecho de ella algo cansino, ruidoso, empalagoso, aburrido, que no sacia, no llena, porque, al final, no permanece.

Reconozco que frecuento Instagram. Lo uso y también veo lo que ponen otros, conocidos y desconocidos. Y me he dado cuenta de que tengo una extraña tendencia a ver publicaciones de *InflV9nc9rs* o personajes famosos. No es deseo de copiar ni surge en mí el más mínimo resquicio de envidia. Es una especie de morbo por ver esa continua referencia a una belleza fugaz detrás de trucos de maquillaje, personas que lucen ropa bonita y piden a sus seguidores opinión sobre cuál le queda mejor, o que se apropian de la belleza de determinados lugares para convertirse ellas en el centro de la foto (por cierto, en Petra vi a una, sentada a las puertas del Tesoro, con un vestido blanco muy inapropiado para el desierto y con su fotógrafo particular). Al final, después de mucho mirar publicaciones de este tipo, termino frunciendo los labios, decepcionada, dándome cuenta de que no, ahí no es donde voy a encontrar la belleza, pues me deja tal cual estaba antes de mirarla. Y la contemplación de la verdadera belleza no te deja indiferente.

De esta belleza de las redes y las publicaciones es de la que beben nuestros jóvenes. Y es nuestra misión (entre otras) hablarles de otro tipo de belleza, una que ayuda a trascender, que esconde espiritualidad y hondura, que está en las palabras de la Biblia, en los ritos, en las imágenes, en los símbolos y los gestos. Una belleza que es medio para llegar a Dios, para comprender y sentir su grandeza y su majestad, su lenguaje amoroso, su armoniosa presencia, su suave sutileza en cada detalle, su universalidad: «La Iglesia nunca consideró como propio ningún estilo artístico, sino que, acomodándose al carácter y condiciones de los pueblos y a las necesidades de los diversos ritos, aceptó las formas de cada tiempo, creando en el curso de los siglos un tesoro artístico digno de ser conservado cuidadosamente» (SC 123).

Recuerdo una vez que les pedí a mis alumnos de 2º de Bachillerato, en clase de Religión, que hicieran un dibujo en el que mostraran qué imagen tienen de Dios. Fue muy curioso lo que recibí: Dios representado en la naturaleza (bosques, mar, sol...), Dios «asomado» a una nube mirando el mundo, Dios como compañero de escalada o como compañero de juego, Dios como un miembro más de la pandilla, Dios como manos unidas... Aquellos dibujos (unos más afortunados que otros) fueron de una riqueza extraordinaria que nunca olvidaré, porque cada cual se mostró a sí mismo y mostró su experiencia de Dios, más o menos madura, a través de su propia expresión artística.

Deberíamos contarles a nuestros jóvenes que toda la estética de nuestra liturgia (imágenes, gestos, símbolos...) pasa como con los dibujos de mis alumnos: dice mucho de lo que somos (cristianos), de cómo celebramos lo que somos y de cómo presentamos a Dios en lo que celebramos (la luz, el agua, el abrazo, la reverencia, un color determinado...). Toda esta simbología acerca a nuestros sentidos lo que va más allá de ellos, tal y como hace el arte. Si así se lo contamos a los chicos y chicas a los que acompañamos en su proceso de fe, quizás dejen de ver la obligatoriedad o la mecanicidad de los ritos, y alcancen a contemplar la riqueza del lenguaje de nuestras celebraciones y la belleza detrás de ellas, reflejo de la belleza que es Dios.

Nos queda un reto por delante: evangelizar desde la belleza, enseñar a nuestros jóvenes a tocar lo intrascendente a través de ella, a ver lo intangible escondido en lo tangible, lo invisible en lo visible, y guiarles en la distinción entre lo banal y lo profundo, la pose y lo auténtico, lo caduco y lo eterno.

Por cierto, ¿sabéis que el Tesoro de Petra es una tumba? Y yo pensando que era un palacio o un templo... pero no, es una tumba. Para reyes, de ahí su majestuosidad, supongo, pero una tumba a final de cuentas. Ahí está representada la muerte, como también se representa en la cruz, mucho más humilde y sobria. Dios hace bello lo que toca, ¿verdad? Hasta los dos palos de madera cruzados. Porque no son solo dos palos: es la maravilla de una vida entregada por los demás. ¡Qué bonito habla Dios cuando lo hace a través de la belleza!

2. Despertar a la belleza: un lenguaje que salva y da sentido⁸

2.1 Cuando la belleza te detiene

Un joven cruza la ciudad en metro, en medio del ruido, las prisas y los teléfonos móviles que iluminan los rostros. Sus pensamientos vuelan lejos, atrapados en una nube de preocupaciones. De pronto, en el suelo, descubre un pequeño capullo de clavel, perdido, casi pisoteado. Se detiene. Lo recoge. Lo pone en un vaso con agua al llegar a casa. Dura

⁸ Texto de Miriam Subirana.

quince días. Ese instante le recordó que la vida, incluso en su vorágine, tiene grietas por donde se cuela la luz.

La belleza nos llama, nos detiene, nos despierta. No es un lujo ni un adorno: es un lenguaje que conecta con lo profundo y nos recuerda quiénes somos. Platón hablaba de una tríada inseparable: verdad, bondad y belleza. La verdad es bella y buena; la belleza es buena y verdadera; la bondad es bella y verdadera. Las tres, juntas, nos llevan a la sabiduría.

En un mundo saturado de estímulos, necesitamos redescubrir la belleza que no se compra ni se vende, la que no se desgasta con el tiempo, la que nos conecta con Dios y con lo mejor de nosotros mismos.

2.2. Belleza con filtro o belleza que transforma

Vivimos rodeados de imágenes retocadas, de filtros que prometen perfección, de productos que asocian belleza con consumo. Es la belleza comercializada: rápida, superficial, fugaz, diseñada para provocar un impacto instantáneo... y luego desaparecer.

Pero hay otra belleza, mucho más poderosa y silenciosa: la que revela lo invisible. La que encontramos en el amanecer que tiñe de oro una calle vacía, en la mano que se tiende para ayudar, en la mirada luminosa de alguien que ha perdonado. Es la belleza de las flores que brotan entre rocas, recordándonos que la vida puede florecer incluso en la dureza. Lo bello nos ayuda a conservar la vida, incluso cuando las rocas parecen más grandes que nosotros.

Dostoievski escribió: «La belleza salvará al mundo». No se refería a la estética superficial, sino a esa belleza que tiene la fuerza de devolvernos las ganas de vivir. Francesc Torralba lo expresa así: «Lo bello es fuente de placer ligado a la conservación de la vida».

Busquemos la belleza que transforma el corazón, no la que acumula *likes*.

2.3. La delicadeza de mirar

La belleza está ahí, pero no siempre sabemos verla. David Hume hablaba de la «delicadeza de gusto» que capta lo sutil. Esa delicadeza se cultiva con atención y tiempo: caminar «besando la tierra», como decía un maestro zen; tomar una taza de té con plena presencia; escuchar el silencio entre nota y nota en un canto. La belleza crece en quien aprende a mirarla.

La liturgia es una escuela de belleza. Sus colores, gestos, símbolos y silencios educan el corazón para percibir lo invisible. Pero para que esto ocurra necesitamos formación litúrgica: explicar el sentido del incienso que eleva la oración, del cirio pascual que anuncia la victoria de Cristo. Cuando se comprende, la liturgia deja de ser repetición para convertirse en un encuentro vivo con el Misterio. En una celebración bien vivida, la belleza no es un accesorio: es un canal de comunicación con Dios.

2.4. El rito: un puente hacia lo invisible

El rito no es una formalidad: es un lenguaje que une lo visible con lo invisible. Cada gesto, palabra y silencio tiene un sentido profundo. En un mundo cambiante y apresurado, el rito nos recuerda que hay realidades que permanecen, que hay un orden que nos precede y nos acoge.

Vivir la belleza no es solo admirarla desde fuera, sino entrar en comunión con ella. Participar en un rito es más que observar: es dejarse transformar por lo que allí sucede. No es solo admirar la belleza, es vivirla.

Cuidemos los signos, preparemos las celebraciones con esmero, eduquemos en el sentido de los gestos. Entender y vivir un rito con el corazón es aprender un lenguaje que le acompañará toda su vida.

2.5. Cuando lo bello nos sobrepasa

Kant distinguía entre lo bello y lo sublime. Lo bello nos agrada, nos armoniza; lo sublime nos sobrecoge, nos deja boquiabiertos, nos recuerda que hay algo inmenso más allá de nosotros. Lo sublime es el cielo estrellado en una noche sin nubes. Es el mar rugiendo durante una tormenta. Es la cascada que truenan en la montaña.

En lo sublime, sentimos nuestra pequeñez... y, al mismo tiempo, nuestra grandeza, porque intuimos que formamos parte de algo infinito.

«Lo sublime eleva el alma por encima de su medida ordinaria» (Kant).

En la fe, lo sublime nos abre a la trascendencia. Nos recuerda que Dios es misterio, que su amor es inabarcable y que nuestra vida está sostenida por algo más grande que nosotros mismos.

2.6. La Palabra: luz para toda belleza

La belleza, para ser plena, necesita sentido. Y ese sentido lo da la Palabra de Dios. Veamos, por ejemplo, el *Magnificat*: no es solo un canto poético, es una proclamación de que Dios actúa en la historia. Los salmos, el *Cantar de los Cantares*, las parábolas... muestran que la belleza es una forma de comunicar amor y verdad.

En la liturgia, la Palabra es el corazón que da vida a los signos, colores y gestos. Sin ella, el rito puede quedarse en pura estética; con ella, todo se convierte en encuentro transformador. La Palabra de Dios es el corazón de toda belleza litúrgica. Formemos a los jóvenes, y formémonos, para reconocer la belleza en todas partes.

2.7. Abrirnos a más momentos de belleza

Al final, la belleza no es solo algo que miramos: es algo que vivimos y comunicamos.

Podemos preguntarnos: ¿Cuándo fue la última vez que la belleza me tocó de verdad? ¿Cómo puedo abrirme a más momentos así cada día?

Basta con detenernos, mirar de nuevo, poner atención en lo que nos da vida. No solo recibir belleza, sino generarla: con palabras amables, con gestos de servicio, con el cuidado de los espacios y celebraciones, con la calidad de nuestra presencia. Cuando yo veo belleza en ti, y tú en mí, crece entre nosotros.

En un mundo herido, ser artesanos de belleza es un acto profético. Y no se trata solo de grandes gestos: un clavel recogido del suelo, una canción compartida, un amanecer contemplado en silencio pueden ser semillas que transforman corazones.

2.8. Una invitación a vivir y comunicar belleza

Al final, la belleza es más que algo que se mira: es algo que se vive y se comparte.

Podemos preguntarnos: ¿cuándo fue la última vez que la belleza nos tocó de verdad? Quizá fue en la mirada de un niño, en un canto que nos erizó la piel, en un momento de silencio ante el Santísimo, en un atardecer que parecía pintado, en un vitral iluminado por el sol, en una canción que nos eriza la piel, en el abrazo después de una reconciliación.

Podemos abrirnos a más momentos así. Basta con detenernos, con mirar de nuevo, con poner la atención en lo que nos da vida. Y no solo recibir la belleza, sino generarla: con palabras amables, con gestos de servicio, con el cuidado de los espacios y celebraciones, con nuestra manera de estar en el mundo.

La belleza se contagia. Está en lo grande y en lo pequeño. En lo que podemos explicar y en lo que nos deja sin palabras. En medio de un mundo herido, ser artesanos de belleza es también un acto profético.

Recordemos: la belleza auténtica siempre apunta hacia Dios, porque Él es la fuente de toda hermosura.

«Somos belleza; despertemos a ella. Dejemos que el mundo se contagie».

3. Joven belleza para celebrar la fe con jóvenes: Pistas para formar a tus catequistas y animadores/as en la celebración de la fe con jóvenes⁹

⁹ Texto de Juan Carlos de la Riva.

La liturgia y los jóvenes siempre ha sido un tema controvertido en el que los agentes de pastoral, a la hora de celebrar con nuestros grupos juveniles, hemos ido oscilando entre dos extremos: la innovación creativa en símbolos, ritos y maneras, y la fidelidad a la tradición litúrgica desgranando su intrínseca belleza. En muchos equipos y pastores está abriéndose camino con fuerza esta segunda tendencia de retornar a las formas litúrgicas más tradicionales, con adoraciones del Santísimo y Eucaristías más clásicas. Ayer mismo me decía una hermana de nuestra fraternidad que en el pueblecito donde veraneaba el joven sacerdote que presidió la Eucaristía entonó el *Kyrie Eleison* en latín, y que casi nadie sabía seguirle. Lo *vintage* está de moda.

Pareciera como si se nos quisiera decir que nos habíamos pasado cambiando las cosas de la liturgia, eliminando la belleza del misterio expresado en la liturgia pura y dura, y rebajándonos hasta extremos ridículos en función de un deseo de acercar el mensaje al lenguaje joven aún a riesgo de que una Eucaristía, por ejemplo, resultase difícil de reconocer como tal.

Ya sé que es el recurso fácil, pero creo que resulta hoy día el camino más recomendable: en el medio está la virtud. O también, ni calvo ni con dos pelucas, que dicen en algunas zonas latinoamericanas. Ni el todo vale para que vean lo campechano que soy, aunque soy sacerdote o ministro/a, ni tampoco el «cuanto más indescifrable mejor expresado queda lo inexpresable, el misterio de Dios». Dios se reveló en Jesús, se hizo visible, significativo, transparente.

Quiero apelar por tanto a una prudencia pastoral en lo celebrativo, que recuerde la cercanía de Jesús, sin eliminar su autoridad, que nos una como Iglesia en una liturgia compartida, sin olvidar su necesaria adaptación a contextos y comunidades, que nos eleve a lo sagrado o nos sumerja en lo profundo interior, sin perder interpelación, significatividad, su ser buena noticia.

En el libro autobiográfico de Francisco, *Esperanza*, nuestro recordado obispo de Roma, al hablar de la importancia de la alegría y el humor, nos recupera un buen chiste: «¿En qué se diferencia un terrorista de un liturgista? Pues en que con el terrorista se puede negociar».

Tranquilos, que en otros lugares de esta revista, como la contracubierta, aparecen reflexiones profundas de Francisco sobre la belleza en la liturgia, y también invitaciones a educar en ese gusto por la belleza a nuestras nuevas generaciones.

Yo quisiera aportar unas simples pistas que creo que pueden ser importantes en toda celebración, y tienen que ver con la importancia del lenguaje simbólico y del rito. Capítulo aparte merecería el tema de la presencia de la Palabra de Dios en esos momentos celebrativos, sacramentos o no, que hacemos con los jóvenes. Pero nos centraremos más en el símbolo y los gestos que se estén utilizando en una celebración, por pequeña que esta sea. Pienso que lo importante es que ha de ser cauce de revelación de lo más sagrado y misterioso de Dios, al tiempo que se hace interpelación y propuesta de vida nueva a la persona, recibidas en su propio lenguaje sin espacio para la confusión.

En la liturgia de los sacramentos hay ya infinidad de símbolos maravillosos que sirven a la comunidad cristiana para conectar con el Dios que nos habita, y que han de ser

presentados a niños/as y jóvenes para su vivencia, con una necesaria iniciación (mistagogía).

Muchos de estos símbolos se entienden solos, hablan por sí mismos. La mayoría llevan siglos ahí, haciéndose de la misma manera, y eso les llena de sentido, aunque quizá sigan necesitando explicación, y no se nos ocurrirá nunca (espero) cambiar el vino de la misa por una *Coca-Cola*. Incluso las liturgias más fieles a los libros rojos de nuestras sacristías encuentran en ellos palabras explicativas, para que superen la mera representación de algo, y les dan su carácter performativo, realizar aquello que expresan. Partimos el pan y el vino, no como símbolo ni recuerdo de lo que hizo Jesús: lo hace Jesús de nuevo, con nosotros, para nosotros; la palabra y la acción van unidas. Lo mismo el agua del Bautismo o el aceite de la Confirmación o el de los enfermos. No son meros instrumentos para comunicar mejor: hacen en nosotros lo que dicen hacer cuando se llevan adelante.

Pero la pastoral juvenil en tiempos de emoticonos y de inteligencia artificial puede seguir necesitando de unos necesarios símbolos más creativos, que conecten directamente con los y las jóvenes, y lleguen a su centro de decisión, ese corazón que de modo tan bello ha descrito Francisco en la *Dilexit Nos*, capítulo primero.

Jesús fue experto en elegir objetos simbólicos como el pan y el vino, que seguimos utilizando, y de hacer gestos como el de la purificación del templo echando a los mercaderes o la maldición de la higuera; también en utilizar las comparaciones como la semilla de mostaza o el aceite de las vírgenes prudentes o el anillo que el padre pone en el dedo de su hijo recuperado... Todo el mensaje sobre el Reino está vertido en parábolas y en gestos de curación que expresan su venida mejor que cualquier discurso. Creo que este empleo sistemático de la realidad circundante para hacerla hablar de lo nuevo que acontece con su propuesta nos autoriza para recurrir a ellos y recrearlos de nuevo, o actualizarlos para hacerlos comprensibles.

Nuestros jóvenes ya no son en su mayoría campesinos, como los oyentes de Jesús... y quizá nunca hayan visto a un pastor de verdad con sus ovejas por las laderas de la montaña... Pero sí habrán cargado una mochila al hombro, con su cantimplora de agua, o habrán recibido mensajes sorprendentes en su móvil o habrán ensuciado su camisa el primer día de fiesta o habrán sentido la dentellada de la oscura soledad en algún momento... Así, una cantimplora o un mensaje en un móvil o una camisa sucia frente a otra limpia o el apagar de todas las luces de la capilla, pueden ser cauce de revelación de ese misterio que los habita. Quizá el padre misericordioso de la parábola ya no ponga anillos en los dedos, sino que le da las llaves del coche a ese hijo recuperado... ¿Recordáis la colilla del último cigarro que fumó el padre del teólogo Leonardo Boff, con la que nos ilustraba el valor sacramental de los objetos cotidianos (el inicio del librito *Los sacramentos de la vida*)? Qué os voy a decir a los scouts que con tanta unción y reverencia portáis la pañoleta con sus pasa-pañoletas y sus insignias bordadas.

El uso de los símbolos de la vida para que la Palabra de Dios realice en los jóvenes lo que promete en su significado es necesario. No se trata de un recurso didáctico, ni de un adorno estético para hacer más divertida una homilía, ni de un modo de captar la atención, ni de un modo de representar

«de otra manera» lo ya dicho en la lectura solo para hacerla más comprensible. No. El buen uso de un símbolo de la vida puede ser cauce para dos cosas muy importantes y necesarias en toda celebración:

- Es un modo de perforar la realidad para encontrarle un sentido misterioso desde la fe. Utilizo aquí esa expresión, prestada de Madeleine Delbrel, mística en medio de la vida, en aquel barrio obrero parisino. Se trata de vivir tres experiencias: mirar la vida con actitud contemplativa, leer la realidad con actitud admirativa y escuchar con actitud de silencio
- Es también un modo de expresar la respuesta del joven a la propuesta misteriosa de Dios que me habla, su opción por la vida nueva, su pequeño o gran sí a lo que Jesús le ofrece ahora, en mitad de un sencillo rato de celebración, como Buena Noticia para su presente y su futuro. Así, el símbolo podrá: ayudar a que el joven se exprese con actitud de revelación personal desde lo profundo del corazón; recrear el mundo con actitud de compromiso, anticipando en el ahora lo que la esperanza nos hace vislumbrar del futuro de Dios y celebrar con actitud de gratuidad y fiesta compartida, junto a otros.

Cuántas celebraciones con jóvenes terminan resultando insulsas y poco transformadoras por abusar de las palabras y no usar el signo o el gesto. Qué poco partícipe se hace su ser, si la celebración solo busca respuestas intelectuales o consejos éticos para unas preguntas o unas situaciones que el joven no se ha planteado todavía y quizá no lo haga nunca. Si todo son palabras, la celebración se convierte en ideología y pierde su carácter de misterio, de realizar lo que promete en un ahora fecundo que es de Dios. Por eso ha de participar en la celebración la dimensión corporal, haciendo especialmente énfasis en los sentidos, y también la dimensión emocional, de la que depende en gran parte la motivación del joven a un cambio de actitud y/o de vida.

Para que estas dimensiones humanas del cuerpo y la emoción participen en la celebración y sean evangelizadas por ella, interesan muchos pequeños detalles, que juntos deben componer una sinfonía celebrativa que afecte a toda la persona. Que el cuerpo se mueva y exprese: interesan los gestos de levantarse, sentarse, arrodillarse, darse la mano, recibir la imposición de manos, caminar con humildad hacia la comunión.

Pensemos también en la propia capilla, oratorio o la misma iglesia en la que hacer posible este tiempo y espacio especial. Es un espacio sagrado, pero sin dejar la vida fuera: también es sagrada. Hay elementos que ayudan a tomar contacto, no a hacer una ruptura de nivel. Luz, música, estética cuidada, moderna. Jesús como centro del oratorio con una imagen cercana y humana. La disposición en círculo o semicírculo que exprese comunidad y no espectáculo. Los objetos litúrgicos: cirio pascual, Palabra, sagrario, pan y vino, altar, flores etc.

Usemos la imagen, para que el sentido de la vista participe. Usemos las imágenes que ya hay en la iglesia o capilla, o la nueva que hemos traído hoy porque el Evangelio lo pedía.

- Imágenes de Jesús, foto de Dios.
- Símbolos de la antropología: agua, fuego, tierra, camino, huella...

- Símbolos del día a día: linterna, mochila, libro, camiseta...
- Imágenes de la realidad exterior: noticias del mundo, fotos...
- La naturaleza aún por descubrir...

Las imágenes clásicas que son Dios con nosotros: Jesús, Cruz, María, Trinidad.

Otras imágenes que no solo decoren, sino que evoquen el misterio y la presencia de Dios y Jesús (foto niño pobre, foto de la comunidad) o sus propias fotos; luz, candil, fuego...; árbol seco; techo de tela, tienda en el desierto; pozo con agua; huellas, camino... Mochila, bastón, botas, texto escrito, frase...

Usemos también el olfato el olor de lo diferente, sea incienso o perfume.

Y abramos los oídos con el sonido de la vida nueva:

- Una música que evoque, sin sustituir, la belleza de la propuesta cristiana.
- Un silencio que se escuche, habitado de hermanos/as y de Dios.
- Usar cantos alegres, adecuados, no demasiado infantiles... con instrumentos: guitarra, triángulo, bongos... Usando a veces el cuerpo: palmas, pies, silencio, boca cerrada, manos dadas, manos a lo alto, sentando, levantando. Que no se convierta en pantomima.
- Otros cantos solo para ser escuchados, que inspiren, que hagan silencio interior, que pongan palabras a lo profundo.
- Conectemos con otros sonidos de la naturaleza, o de la ciudad... Los propios sonidos del cuerpo: respiración, latidos, hasta el correr de la sangre por las arterias y venas...

Trabajemos con el tacto:

- El calor del contacto físico con el hermano.
- El abrazo de Jesús recibido del celebrante en la imposición de manos.
- Tomemos el pan de Jesús y convirtámonos en su sagrario, su medio para salir de la Iglesia y caminar por el mundo.
- Introduzcamos otros símbolos sacramentales: agua, aceite...
- Incorporemos otros objetos concretos que pasan de mano en mano. Sirvan de ejemplo las propuestas de símbolo de estas imágenes, que nos pueden ilustrar esto de lo que venimos hablando:

Expresando el pecado

DUREZA DE CORAZÓN

- Esponja, tiza o piedra
- Arcilla blanda o arcilla seca, donde nada deja huella
- Impermeable o paraguas

LO QUE HACE DAÑO

- Ortigas, Zarzas con espinas
- Señales de prohibido, o de peligro, o de consejo

OCULTAR EL MAL

- Parches
- Caretas
- Ropaje exterior bonito

DIFERENTES PECADOS

- Sofá de la comodonería
- Armas de la agresividad
- Dinero de la codicia
- Anuncios sobre el tener, sentir, etc.
- Objetos de consumo
- Silla vacía del individualismo

ATRAPADOS POR EL MAL

- Cadenas, ataduras
- Venda en la boca
- Obstáculos en el camino

OSCURIDAD EN EL RUMBO DE LA VIDA

- Ojos vendados
- Gafas oscuras
- Apagar la luz, encender pequeñas luces
- Diana, fallar.

NO DAR FRUTO

- Tierra seca, pedregosa
- Árbol seco y árbol con frutos

NECESIDAD DE RENOVARSE

- Camiseta sucia y camiseta limpia
- Manchas diversas: de tinta, de barro, de sangre, de pobreza, de dolor...
- Mal olor, colonia, desodorante
- Cuaderno emborronado, cuaderno nuevo

Expresando el perdón

CORAZÓN NUEVO

- Lavadora
- Detergente
- Perfume, colonia

CAMINAR EN LA LUZ

- Cerillas, velas
- Linterna, bombilla
- Ventana, sol..

TIERRA FÉRTIL

- Regadera, azada...
- Abono
- Flores y frutos...

SANAR

- Hierbas curativas
- Botiquín
- Medicina

ALEGRÍA DEL PERDÓN

- Traje de fiesta
- Postura en pie
- Mesa compartida
- Invitación a la fiesta
- Abrazo
- Volver a casa

CAMINOS NUEVOS

- Brújula, mapa
- Objetivos, metas

RENOVARSE

- Formatear el disco duro
- Ladrillos para edificar
- Camiseta limpia
- Remodelar la arcilla o la plastilina

ARREPENTIRSE

- Parar la impresora
- Darse cuenta de la mancha
- Espejo

PERDONAR A OTROS

- Encender su vela
- Retirar las piedras
- Regalar piedras pintadas
- Romper ataduras
- Llaves que abren
- Cuerda que une, ovillo..
- Carta de reconciliación



La propia Biblia es un símbolo excepcional: démosle un lugar digno y destacado, portémosla con unción, enseñémosla con alegría, besémosla con reverencia. Leamos de ella, y no de una fotocopia, o del teléfono móvil. Vamos a acogerla, aplaudirla, adornarla, incensarla, besarla, pasarla de mano en mano, alzarla y aclamarla cantando, traerla en procesión... Adornémosla con algún símbolo o personaje que aparece en la lectura: un pan, un ciego, una cepa, una azada, trigo, jarra de agua, una plantita, dinero, teléfono, piedra...

La bendición, un gesto precioso, con la señal de la cruz que dibuja en nuestro cuerpo lo que queremos que sea nuestra vida, una entrega generosa como la del amor de pasión.

Utilicemos también pequeñas entregas, que marquen hitos en el proceso de crecimiento espiritual, que marquen decisiones de vida, al final de un campamento, en el inicio de un proyecto, al asumir un servicio... Las entregas catecumenales nos ayudan a descubrir la vida progresivamente, a madurar en las opciones personales, a expresar opciones de grupo. Algunos ejemplos: oraciones plastificadas, imágenes, iconos, vela, NT, libro de oraciones, cantoral, foto del grupo-clase, pin, etc. Las posibilidades son muchas: entrega del padre nuestro, entrega icono de María, entrega Icono Jesús, entrega pequeña cruz, entrega de guía de oraciones, entrega del Credo (envío), entrega de guía de oración, entrega del icono de José de Calasanz, entrega Salmo, entrega de cantoral, entrega de Jesús Buen Pastor, entrega de diario de la capilla, entrega del carnet de peregrino, entrega de material vocacional (revista...), icono de Jesús humano, tarjeta de la paz o chapa, frase «En Roma he encontrado...», póster de la semana escolapia, icono pasión, entrega de cruz para la clase, entrega de icono para la clase, icono chaval pobre, icono Resurrección, entrega del NT (después de hecho en los grupos), entrega de la luz (lámpara barro)...

Aprovechemos también la fuerza de la oración vocal, dentro de una pedagogía de la oración. Recitar juntos, leer, prometer y comprometerse.

Pedir participación oral para los diferentes modos de orar: repasando lo que te ha pasado; pidiendo por personas cercanas; recitando despacio el padre nuestro; con un salmo o una oración ya hecha; con un texto del Evangelio; imaginando que Jesús viene a mi vida, a mi cuarto, a mi situación; inventando mi propia oración; escribiendo una carta a Dios; con un periódico; pensando en mi futuro; oraciones hechas aprendidas de memoria en cada etapa del proceso de grupo...

Un último consejo o sugerencia práctica es que la tecnología no nos moleste: que *el Power point* no sea nunca protagonista, y casi que, si no está, mejor, para que todo lo que pase en la celebración tenga el mayor realismo posible.

Bueno, como ves, la idea era más sugerir caminos para que cada celebración sea especial, diferente, significativa... Se trata de cuidar estos momentos más que ningún otro, para que cada minuto cuente y la experiencia ayude, y supla lo que el ritmo de vida y las distracciones de fuera impiden vivir.

Si estás trabajando este tema con un equipo de animadores o catequistas, aquí te sugerimos estas tareas para ponerlos a trabajar. En equipos de 3-4 animadores/as, que preparen de modo diversificado:

- Un signo novedoso para la fiesta del fundador/a del colegio o el titular de la parroquia.
- Una ambientación de la capilla para Adviento.
- Una expresión corporal para la celebración de la paz.
- Un gesto alternativo o complementario a la «ceniza» o al inicio de la Cuaresma.
- Un símbolo para despedir el curso, con una entrega.



“Al finalizar el Año Jubilar” Tras el cierre de la Puerta Santa¹⁰

León XIV

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio (cf. Mt 2,1-12) nos ha detallado la grandísima alegría de los magos al ver la estrella (cf. v. 10), pero también la turbación experimentada por Herodes y por toda Jerusalén ante su búsqueda (cf. v. 3). Cada vez que se trata de las manifestaciones de Dios, la Sagrada Escritura no esconde este tipo de contrastes: alegría y turbación, resistencia y obediencia, miedo y deseo. Celebramos hoy la Epifanía del Señor, conscientes de que ante su presencia nada sigue como antes. Este es el comienzo de la esperanza. Dios se revela, y nada puede permanecer estático. Se termina un cierto tipo de tranquilidad, la que hace repetir a los melancólicos: «No hay nada nuevo bajo el sol» (Qo 1,9). Empieza algo de lo que dependen el presente y el futuro, como anuncia el Profeta: «¡Levántate, resplandece, porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti!» (Is 60,1).

Sorprende el hecho de que sea precisamente Jerusalén, la ciudad testigo de tantos nuevos comienzos, la que esté turbada. En su seno, el que estudia las Escrituras y piensa que tiene todas las respuestas parece haber perdido la capacidad de hacerse preguntas y de cultivar deseos. Es más, la ciudad está atemorizada por el que, movido por la esperanza, llega a ella desde lejos, hasta el punto de considerar como amenaza aquello que debería, por el contrario, causarle mucha alegría. Esta reacción también nos interpela a nosotros, como Iglesia.

La Puerta Santa de esta Basílica, que ha sido hoy la última en cerrarse, ha visto pasar innumerables hombres y mujeres, peregrinos de esperanza, en camino hacia la Ciudad de las puertas siempre abiertas, la nueva Jerusalén (cf. Ap 21,25). ¿Quiénes eran y qué les movía? Nos cuestiona con particular seriedad, al finalizar el Año jubilar, la búsqueda espiritual de nuestros contemporáneos, mucho más rica de lo que quizá podamos comprender. Millones de ellos han atravesado el umbral de la Iglesia. ¿Qué es lo que han encontrado? ¿Qué corazones, qué atención, qué reciprocidad? Sí, los magos aún existen. Son personas que aceptan el desafío de arriesgar cada uno su propio viaje; que en un

¹⁰ Homilía del 6 de enero de 2026, cierre de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro.

mundo complicado como el nuestro —en muchos aspectos excluyente y peligroso— sienten la exigencia de ponerse en camino, en búsqueda.

Homo viator, decían los antiguos. Somos vidas en camino. El Evangelio lleva a la Iglesia a no temer este dinamismo, sino a valorarlo y a orientarlo hacia el Dios que lo suscita. Es un Dios que nos puede desconcertar, porque no podemos asirlo en nuestras manos como a los ídolos de plata y oro, porque está vivo y vivifica, como ese Niño que María tenía entre sus brazos y que los magos adoraron. Lugares santos como las catedrales, las basílicas y los santuarios, convertidos en meta de peregrinación jubilar, deben difundir el perfume de la vida, la señal indeleble de que otro mundo ha comenzado.

Preguntémonos: ¿hay vida en nuestra Iglesia? ¿Hay espacio para aquello que nace? ¿Amamos y anunciamos a un Dios que nos pone en camino?

En el relato, Herodes teme por su trono, se agita por lo que se le escapa de su control. Intenta aprovecharse del deseo de los magos manipulando su búsqueda en beneficio propio. Está listo para mentir, está dispuesto a todo; el miedo, en efecto, enceguece. La alegría del Evangelio, en cambio, libera; nos hace prudentes, sí, pero también audaces, atentos y creativos; sugiere caminos distintos de los ya recorridos.

Los magos traen a Jerusalén una pregunta sencilla y esencial: «¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?» (Mt 2,2). Qué importante es que, el que cruza la puerta de la Iglesia, se percate de que el Mesías recién ha nacido allí, que allí se reúne una comunidad donde ha surgido la esperanza, que allí se está realizando una historia de vida. El Jubileo ha venido a recordarnos que se puede volver a empezar, es más, que estamos aún en los comienzos, que el Señor quiere crecer entre nosotros, quiere ser el Dios-con-nosotros. Sí, Dios cuestiona el orden existente; tiene sueños que inspira también hoy a sus profetas; está decidido a rescatarnos de antiguas y nuevas esclavitudes; en sus obras de misericordia, en las maravillas de su justicia, involucra a jóvenes y ancianos, a pobres y ricos, a hombres y mujeres, a santos y pecadores. Sin hacer ruido; sin embargo, su Reino ya está brotando en todo el mundo.

¡Cuántas epifanías nos han sido dadas o se nos darán! Pero deben sustraerse de las intenciones de Herodes, de los miedos siempre al acecho para transformarse en agresión. «Desde la época de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos es combatido violentamente, y los violentos intentan arrebatarlo» (Mt 11,12). Esta misteriosa expresión de Jesús, indicada en el Evangelio de Mateo, nos hace pensar en los numerosos conflictos con los que los hombres pueden resistirse e incluso atacar la Novedad que Dios ha reservado para todos. Amar la paz, buscar la paz, significa proteger lo que es santo y que precisamente por eso está naciendo: pequeño, delicado y frágil como un niño. A nuestro alrededor, una economía deformada intenta sacar provecho de todo. Lo vemos: el mercado transforma en negocios incluso la sed humana de buscar, de viajar y de recomenzar. Preguntémonos: ¿nos ha educado el Jubileo a huir de este tipo de eficiencia que reduce cualquier cosa a producto y al ser humano a consumidor? Después de este año, ¿seremos más capaces de reconocer en el visitante a un peregrino, en el desconocido a un buscador, en el lejano a un vecino, en el diferente a un compañero de viaje?

El modo en el que Jesús salió al encuentro de todos y dejó que todos se le acercaran nos enseña a valorar el secreto de los corazones que sólo Él sabe leer. Con él aprendemos a

captar los signos de los tiempos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 4). Nadie puede vendernos esto. El Niño que los magos adoran es un Bien que no tiene precio ni medida. Es la Epifanía de la gratuidad. No nos espera en los lugares prestigiosos, sino en las realidades humildes. «Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá» (Mt 2,6). Cuántas ciudades, cuántas comunidades necesitan que se les diga: “Ciertamente no eres la menor”. Sí, ¡el Señor nos sigue sorprendiendo! Se deja encontrar. Sus caminos no son nuestros caminos, y los violentos no consiguen dominarlos, ni los poderes del mundo los pueden obstruir. Aquí reside la grandísima alegría de los magos, que dejan atrás el palacio y el templo para ir hacia Belén; ¡y es entonces cuando vuelven a ver la estrella!

Por eso, queridos hermanos y hermanas, es hermoso convertirse en peregrinos de esperanza. Y es hermoso seguir siéndolo, juntos. La fidelidad de Dios siempre nos sorprenderá. Si no reducimos nuestras iglesias a monumentos, si nuestras comunidades se convierten en hogares, si rechazamos unidos los halagos de los poderosos, entonces seremos la generación de la aurora. María, Estrella de la mañana, caminará siempre delante de nosotros. En su Hijo contemplaremos y serviremos a una humanidad magnífica, transformada no por delirios de omnipotencia, sino por el Dios que se hizo carne por amor.

Misión entre los mayores¹¹

Javier Oñate

Llamamos evangelización al compromiso de la Iglesia con el evangelio de Jesucristo: vivirlo y compartirlo; ser una Iglesia evangelizada y evangelizadora. Con palabras de Pablo VI: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»

Se trata, claro está, que la evangelización es un compromiso desarrollado por las distintas comunidades eclesiales, cada una de ellas según su identidad y el carisma que se le reconoce. Es así como surgen muy diversas iniciativas, planes, recursos humanos y materiales, asociaciones, ministerios y formas de vida que van concretando, en un momento y en un contexto determinados, la misión que hemos recibido de Jesús.

Evangelizar es proponerse y proponer a otros el Evangelio como estilo de vida, el servicio a la caridad y la justicia, el cultivo del encuentro oracional y sacramental con el Señor, así como promover la comunión y la participación de todos los bautizados y de todas las iglesias. Para que la Iglesia sea y actúe así es para lo que ha recibido y recibe el don del Espíritu Santo que la habita, vivifica y orienta.

Desde esta perspectiva reflexionamos sobre la evangelización de las personas mayores. ¿En qué dimensiones y con qué actitudes podríamos acompañarles hoy? No parece que esta sea una tarea fácil, basta observar que nuestra sociedad, que conoce un aumento del porcentaje de personas mayores a consecuencia del aumento de la esperanza de vida y de la caída de la tasa de nacimientos, no acaba de conseguir atenderles de una manera satisfactoria.

Contamos, es verdad, con una cultura eclesial multiseccular de atención solidaria e integral a las personas mayores. Ciertamente impresiona comprobar de qué manera, y ya desde las incipientes comunidades cristianas, el compromiso con los mayores ha fructificado en obras e instituciones, en congregaciones religiosas y voluntariado. Han

¹¹ Artículo publicado en la revista “Mensajero”, editada por los jesuitas.

cambiado mucho los contextos, es cierto, pero su testimonio sigue motivándonos en la búsqueda de formas actuales de misión entre las personas ancianas. Veamos ahora algunos criterios orientativos.

- ⇒ Cuando una persona se hace «mayor», algunas de sus posibilidades se limitan, a la vez que otras se resitúan e incluso aumentan. Es importante que en esa circunstancia evitemos desarraigar a los mayores del que ha sido su ambiente de relaciones humanas de todo tipo: familiares, amicales, vecinales y comunitarias. Aunque sea de otra manera, nuestros mayores necesitan continuar encontrándose con «los suyos»: para ser escuchados, para mantener la conexión afectiva, para saberse útil y querido en esta nueva etapa que les toca vivir.

Habremos de estar atentos para que nuestras comunidades eclesiales, de todo tipo, promuevan la presencia de los mayores en los momentos de la vida comunitaria más adecuados.

- ⇒ Las personas que han servido a la vitalidad y a la misión de su parroquia o comunidad, y que al hacerse mayores se encuentran más limitadas, pueden seguir participando en otras actividades diferentes de las llevadas a cabo hasta ese momento.

Para que esto sea posible deben aunarse dos actitudes, por una parte, la atención y el afecto de una comunidad que no considera a nadie como prescindible y por la otra la disponibilidad y la adaptabilidad de la persona mayor para hacerse útil en nuevas tareas.

- ⇒ Una de las contribuciones más interesantes que los mayores pueden ofrecer a su comunidad es su fidelidad a una vida sacramental y oracional más contemplativa y sosegada; más fiel, generosa y confiada. Se trata de dar un testimonio discreto y creíble de aquello de que «lo más importante no es que yo ame a Dios, sino que él me ha amado primero».

Esta vivencia, importante desde luego en toda biografía cristiana, cuando se vive y se trasluce en nuestros mayores con la perspectiva de una vida creyente que no se ha visto defraudada, adquiere un tono intenso de autenticidad: «yo sé muy bien de quien me he fiado» (2 Tim 1, 1). Quizá no estemos aprovechando suficientemente esta oportunidad que nos ofrecen.

- ⇒ La misión entre las personas mayores y la pastoral de las personas enfermas están muy relacionadas. Una de las tareas que casi nunca falta en una comunidad parroquial es precisamente la visita y el acompañamiento de las personas enfermas, bien sea en su domicilio bien en una residencia o centro sanitario.

Es un compromiso admirablemente sostenido por laicas y en el que también participan curas y diáconos. El entendimiento y la colaboración entre estas dos áreas es ineludible pensando en un servicio a personas en situación de fragilidad.

- ⇒ El encuentro intergeneracional –entre personas mayores, adultas y jóvenes– suele suponer una ocasión de enriquecimiento para quienes participan en él. Creo que es una práctica a promover sin darle un carácter formal o voluntarista, sino más bien subrayando el aprendizaje que brinda a personas de todas las edades. Quizá no resulte fácil que cada grupo de edad salga por un momento de su mundo cotidiano, quizá se manifiesten prejuicios respecto de «los otros», incluso que se dude de que puedan compartir algo significativo.

El diálogo entre generaciones precisa un uso más cuidado de los tiempos verbales habituales: ni los mayores son los sujetos del *tiempo pasado*, hecho de recuerdos y lamentaciones, ni los más jóvenes son solo sujetos del *tiempo futuro*, hecho de ilusiones y fantasías. Unos y otros se encuentran invitados a compartir en el presente, unos su experiencia y sabiduría, y otros sus proyectos y deseos.

- ⇒ Las personas mayores de nuestras comunidades están llamadas también a la misión entre las de su misma edad. El alargamiento de la esperanza de vida y las posibilidades de comunicación que se abren a partir de la jubilación, constituyen una oportunidad para dar testimonio de su fe en Jesús.

¿No es posible que, conociendo bien las inquietudes y las dudas propias de esta etapa, lleguen a despertar en otras una fe quizá apagada, o incluso sin estrenar, en el Dios de la Vida?



POR TU PALABRA

Las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12)

Orden de los Carmelitas

1. Escucha del texto

Oración inicial

¡Oh, Señor!, buscar tu Palabra, que nos lleva al encuentro con Cristo, es todo el sentido de nuestra vida. Haznos capaces de acoger la novedad del evangelio de las Bienaventuranzas, que así es como mi vida puede cambiar.

De ti, Señor, no podría saber nada, si no existiese la luz de la Palabra de tu Hijo Jesús, venido, para “contarnos” tus maravillas. Cuando soy débil, apoyándome en Él, Verbo de Dios, me hago fuerte. Cuando me comporto como un ignorante, la sabiduría de su evangelio me restituye el gusto de Dios, la suavidad de su amor. Y me guía por los senderos de la vida. Cuando aparece en mí cualquier deformidad, reflexionando en su Palabra, la imagen de mi personalidad se hace bella. Cuando la soledad me tienta para dejarme sin vigor, uniéndome a Él en matrimonio espiritual mi vida llega a ser fecunda. Y cuando me hallo en cualquier tristeza o infelicidad, el pensar en Él como mi único bien, me abre el sentido del gozo.

Un texto que resume fuertemente el deseo de la santidad, como búsqueda intensa de Dios y escucha de los hermanos, es el de Teresa del Niño Jesús: “Si tú eres nada, no olvides que Jesús lo es todo. Debes por tanto perder tu poca nada, en su infinito todo y no pensar nada más que en este todo totalmente amable...” (Cartas, 87, a María Guerin)

Lectura del evangelio

1 Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. 2 Y, tomando la palabra, les enseñaba diciendo: 3 «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. 4 Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. 5 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. 6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia,

porque ellos serán saciados. 7 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. 8 Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. 9 Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. 10 Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. 11 Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. 12 Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

Momentos de silencio orante

Para ser alcanzados por la Palabra de Cristo y para que la Palabra, hecha carne, que es Cristo, pueda habitar en nuestros corazones y nos podamos unir a ella, es necesario que se haya escuchado en silencio profundo. Sólo en los corazones silenciosos la Palabra de Dios puede nacer también en esta Solemnidad de los Santos y, también hoy, tomar carne.

2. La Palabra se ilumina (lectio)

Contexto

La Palabra de Jesús sobre las Bienaventuranzas que Mateo recoge de sus fuentes, estaba condensada en breves y aisladas frases y el evangelista las ha colocado dentro de un discurso de más amplio respiro; es lo que los peritos de la Biblia llaman “discurso de la montaña” (capítulos 5-7). Tal discurso viene considerado como el Estatuto o la Carta Magna que Jesús ha confiado a su comunidad como palabra normativa y vinculante para definirse cristiana.

Los varios temas de la palabra de Jesús contenidos en este largo discurso no son una suma o aglomerado de exhortaciones, sino más bien indican con claridad y radicalidad cual debe ser la nueva actitud que hay que tener con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos. Algunas expresiones de esta enseñanza de Jesús pueden aparecer exageradas, pero son utilizadas para dar una imagen más viva de la realidad y por tanto realista en el contenido, aunque no en la forma literaria: por ejemplo en los vv. 29-30: “Si tu ojo derecho te es ocasión de escándalo, sácatelo y arrójalo fuera de ti: es mejor que perezca uno de tus miembros, que todo el cuerpo sea arrojado a la Gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de escándalo, córtatela y arrójala lejos de ti; es mejor que perezca uno de tus miembros, que todo el cuerpo termine en la Gehenna”. Tal modo de expresarse es para indicar el efecto que se quiere crear en el lector, el cual debe entender rectamente la palabra de Jesús para no trastocar el sentido.

Nuestra atención por exigencias litúrgicas se detiene en la primera parte del “discurso de la montaña”, aquella precisamente que se abre con la proclamación de las bienaventuranzas (Mt 5,1-12)

Algunos particulares

- Mateo prepara al lector a escuchar las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús con una rica concentración de detalles particulares. Ante todo se indica el lugar en el cual Jesús pronuncia su discurso: “Jesús subió al monte” (5,1). Por este motivo los exegetas lo definen como el “sermón del monte” a diferencia de Lucas que lo inserta en el contexto de un lugar llano (Lc 6,20-26). La indicación geográfica “del monte” podría aludir veladamente a un episodio del AT muy semejante al nuestro: es cuando Moisés promulga el decálogo sobre el Monte Sinaí. No se excluye que Mateo intente presentar la figura Jesús, nuevo Moisés, que promulga la ley nueva.
- Otro particular que nos llama la atención es la posición física con la que Jesús pronuncia sus palabras: “se sentó”. Tal postura confiere a su persona una nota de autoridad en el momento de legislar. Lo rodean los discípulos y las “muchedumbres”: este particular intenta demostrar que Jesús al pronunciar tales palabras se ha dirigido a todos y que se deben considerar actuales para todo el que escucha. Hay que notar que el discurso de Jesús no presenta detalles de formas de vida imposibles, o que están dirigidas a un grupo de personas especiales o particulares, ni intenta fundar una ética exclusivamente para el interior. Las exigentes propuestas de Jesús son concretas, comprometidas y decididamente radicales.
- Alguien ha estigmatizado así el discurso de Jesús: “Para mí, el texto más importante de la historia humana. Se dirige a todos, creyentes o no, y permanece después de veinte siglos, como la única luz que brilla todavía en las tinieblas de la violencia, del miedo, de la soledad en la que ha sido arrojado el Occidente por su propio orgullo y egoísmo” (Gilbert Cesbron)
- El término “beati” (en griego makarioi) en nuestro contexto no expresa un lenguaje “plano” sino un verdadero y preciso grito de felicidad, difundidísimo en el mundo de la Biblia. En el AT, por ejemplo, se definen personas “felices” a aquellos que viven las indicaciones de la Sabiduría (Sir 25,7-10). El orante de los Salmos define “feliz” a quien teme, o más precisamente, a quien ama al Señor, expresándolo en la observancia de las indicaciones contenidas en la Palabra de Dios (Sal 1,1; 128,1).
- La originalidad de Mateo consiste en la unión de una frase secundaria que especifica cada bienaventuranza: por ejemplo, la afirmación principal “bienaventurados los pobres de espíritu” se ilustra con una frase añadida “porque de ellos es el reino de los cielos”. Otra diferencia respecto al AT: la de Jesús anuncian una felicidad que salva en el presente y sin limitaciones. Además, para Jesús, todos pueden acceder a la felicidad, a condición de que se esté unido a Él.

Las tres primeras bienaventuranzas

El primer grito va dirigido a los pobres: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. El lector queda desorientado: ¿cómo es posible que los pobres puedan ser felices? El pobre en la Biblia es aquel que se vacía de sí mismo y sobre todo renuncia a la presunción de construir su presente y futuro de modo autónomo, para

dejar, por el contrario, más espacio y atención al proyecto de Dios y a su Palabra. El pobre, siempre en sentido bíblico, no es un hombre cerrado en sí mismo, miserable, sino que nutre una apertura a Dios y a los demás. Dios representa toda su riqueza. Podríamos decir con Santa Teresa de Ávila: felices son los que hacen la experiencia del “¡Sólo Dios basta!”, en el sentido de que son ricos de Dios. Un gran autor espiritual de nuestro tiempo ha descrito así el sentido verdadero de la pobreza: “Hasta que el hombre no vacía su corazón, Dios no puede rellenarlo de sí. En cuanto y en la medida que de todo vacíe su corazón, el Señor lo llena. La pobreza es el vacío, no sólo en lo referente al futuro, sino también en lo que se refiere al pasado. Ningún lamento o recuerdo, ninguna ansia o deseo. Dios no está en el pasado. Dios no está en el futuro. ¡Él es la presencia! Deja a Dios tu pasado, deja a Dios tu futuro. Tu pobreza es vivir en el acto que vives, la presencia pura de Dios que es la Eternidad” (Divo Barsotti) Es la primera bienaventuranza, no sólo porque da inicio a la serie, sino porque parece condensar las variedades específicas de las otras.

“Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra”. La segunda bienaventuranza se refiere a la mansedumbre. Una actitud, hoy, poco popular. Incluso para muchos tiene una connotación negativa y se entiende como debilidad o por aquella imperturbabilidad de quien sabe controlar por cálculo la propia emotividad. ¿Cuál es el significado de “mansos” en la Biblia? Los mansos se perfilan como personas que gozan de una gran paz (Salmo 37,10), son considerados como felices, benditos, amados por Dios. Y al mismo tiempo son contrapuestos a los malvados, impíos, a los pecadores. De aquí que el AT presenta una riqueza de significados que no nos permiten una definición unívoca. En el NT el primer texto que encontramos es Mt 11,29: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Un segundo texto está en Mt 21,5. Mateo cuando quiere narrar la entrada de Jesús en Jerusalén, cita la profecía de Zacarías 9,9: “He aquí que tu siervo viene a ti manso” En verdad, el evangelio de Mateo pudiera ser definido el evangelio de la mansedumbre. También Pablo recuerda la mansedumbre como una actitud específica del ser cristiano. En 2 Corintios 10,1 exhorta a los creyentes “por la benignidad y mansedumbre de Cristo”. En Gálatas 5,22 la mansedumbre es considerada un fruto del Espíritu Santo en el corazón de los creyentes y consiste en ser mansos, moderados, lentos para herir, dulces, pacientes con los demás. Y todavía en Efesios 4,32 y Colosenses 3,12 la mansedumbre es un comportamiento que deriva de ser cristiano y es una señal que caracteriza al hombre nuevo de Cristo. Y finalmente, una indicación elocuente nos viene de la 1 Pedro 3,3-4: “Vuestro ornato no ha de ser el exterior, cabellos rizados, ataviados con collares de oro o la compostura de los vestidos, tratad más bien de adornar el interior de vuestro corazón con un espíritu incorruptible lleno de mansedumbre y de paz que es lo precioso delante de Dios”. En el discurso de Jesús ¿qué significado tiene el término “mansos”? Verdaderamente iluminadora es la definición del hombre manso que nos ofrece el Card. Carlo Maria Martín: “El hombre manso según las bienaventuranzas es aquel que, a pesar del ardor de sus sentimientos, permanece dúctil y libre, no posesivo, internamente libre, siempre sumamente respetuoso del misterio de la libertad, imitador en esto de Dios, que hace todo en el sumo respeto por el hombre, y mueve al hombre a la obediencia y al amor sin usar jamás la violencia. La mansedumbre se opone así a toda forma de prepotencia material y moral, es la victoria de la paz sobre la guerra, del diálogo sobre el atropello”. A esta sabia interpretación se añade la de otro ilustre exegeta: “La mansedumbre de la que habla las bienaventuranzas no es otra cosa que aquel aspecto de humildad que se manifiesta en la afabilidad puesta en acto en las relaciones con el prójimo. Tal mansedumbre encuentra

su ilustración y su perfecto modelo en la persona de Jesús, manso y humilde de corazón. En el fondo nos aparece como una forma de caridad, paciente y delicadamente atenta para con los demás”. (Jacques Dupont)

“Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados”. Se puede llorar por un gran dolor o sufrimiento. Tal estado de ánimo subraya que se trata de una situación grave, aunque no se indiquen los motivos para identificar la causa. Queriendo identificar hoy la identidad de estos “afligidos” se podría pensar en todos los cristianos que desean con vehemencia la llegada del Reino y sufren por tantas cosas negativas en la Iglesia; al contrario de preocuparse de la santidad, la Iglesia presenta divisiones y heridas. Pueden ser también aquellos que están afligidos por sus propios pecados e inconsistencias y que, en algún modo, vuelven al camino de la conversión. A estas personas sólo Dios puede llevarles la novedad de la “consolación”.

3. La Palabra me ilumina (para meditar)

- ¿Sé aceptar aquellos pequeños signos de pobreza que a mí me suceden? Por ejemplo, ¿ la pobreza de la salud, las pequeñas indisposiciones? ¿Tengo grandes pretensiones?
- ¿Sé aceptar cualquier aspecto de mi pobreza y fragilidad?
- ¿Sé rezar como un pobre, como uno que pide con humildad la gracia de Dios, su perdón, su misericordia?
- Inspirado por el mensaje de Jesús sobre la mansedumbre ¿sé renunciar a la violencia, a la venganza, al espíritu de revancha?
- ¿Sé cultivar, en familia y en mi puesto de trabajo, un espíritu de dulzura, de mansedumbre y de paz?
- ¿Respondo con el mal a las pequeñas ofensas, a las insinuaciones, a las alusiones ofensivas?
- ¿Sé estar atento con los débiles, que son incapaces de defenderse? ¿Soy paciente con los ancianos? ¿Acogedor con los extranjeros, los cuales a menudo son explotados en su trabajo?

4. Para orar

Salmo 23: *El salmo parece rotar en torno a un título “El Señor es mi pastor”. Los santos son imágenes del rebaño en camino: ellos están acompañados por la bondad de Dios, hasta que lleguen definitivamente a la casa del Padre (P. Alonso Schökel, Los salmos de la confianza, Dehoniana libri, Bolonia 2006, 54)*

El Señor es mi pastor, nada me falta.

En verdes pastos me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas, allí reparo mis fuerzas. Me guía por cañadas seguras haciendo honor a su nombre.

Aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temería, pues tú vienes conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas ante mí una mesa, a la vista de mis enemigos; perfumas mi cabeza, mi copa rebosa.

Bondad y amor me acompañarán todos los días de mi vida, y habitaré en la casa de Yahvé un sinfín de días.

Oración final

Señor Jesús, tú nos indica la senda de las bienaventuranzas para llegar a aquella felicidad que es plenitud de vida y de santidad. Todos estamos llamados a la santidad, pero el tesoro para los santos es sólo Dios. Tu Palabra Señor, llama santos a todos aquellos que en el bautismo han sido escogidos por tu amor de Padre, para ser conformes a Cristo. Haz, Señor, que por tu gracia sepamos realizar esta conformidad con Cristo Jesús. Te damos gracias, Señor, por tus santos que has puesto en nuestro camino, manifestación de tu amor. Te pedimos perdón porque hemos desfigurados en nosotros tu rostro y renegado nuestra llamada a ser santos.

EL ANAQUEL

Diseñar nuevos mapas de esperanza¹²

León XIV

1. Proemio

1.1. Diseñar nuevos mapas de esperanza. El 28 de octubre de 2025 se cumple el 60.º aniversario de la Declaración conciliar [*Gravissimum educationis*](#) sobre la extrema importancia y actualidad de la educación en la vida del ser humano. Con ese texto, el [*Concilio Vaticano II*](#) recordó a la Iglesia que la educación no es una actividad accesorio, sino que constituye el tejido mismo de la evangelización: es la forma concreta con la que el Evangelio se convierte en gesto educativo, relación, cultura. Hoy, ante los rápidos cambios y las incertidumbres que desorientan, ese legado muestra una sorprendente solidez. Allí donde las comunidades educativas se dejan guiar por la palabra de Cristo, no se retiran, sino que se relanzan; no levantan muros, sino que construyen puentes. Reaccionan con creatividad, abriendo nuevas posibilidades para la transmisión del conocimiento y del sentido en la escuela, en la universidad, en la formación profesional y civil, en la pastoral escolar y juvenil, y en la investigación, porque el Evangelio no envejece, sino que «hace nuevas todas las cosas» (Ap. 21,5). Cada generación lo escucha como una novedad que regenera. Cada generación es responsable del Evangelio y del descubrimiento de su poder seminal y multiplicador.

1.2. Vivimos en un entorno educativo complejo, fragmentado y digitalizado. Precisamente por eso es sabio detenerse y recuperar la mirada sobre la «cosmología de la *paideia* cristiana»: una visión que, a lo largo de los siglos, supo renovarse e inspirar positivamente todas las poliédricas facetas de la educación. Desde sus orígenes, el Evangelio ha generado «constelaciones educativas»: experiencias humildes y fuertes a la vez, capaces de leer los tiempos, de custodiar la unidad entre la fe y la razón, entre el pensamiento y la vida, entre el conocimiento y la justicia. Han sido, en la tormenta, un ancla de salvación; y en la bonanza, una vela desplegada. Un faro en la noche para guiar la navegación.

¹² Carta apostólica con ocasión del LX aniversario de la declaración conciliar *Gravissimum educationis* firmada el 27 de octubre de 2025.

1.3. La Declaración [*Gravissimum educationis*](#) no ha perdido fuerza. Desde su recepción ha nacido un firmamento de obras y carismas que aún hoy orienta el camino: escuelas y universidades, movimientos e institutos, asociaciones laicales, congregaciones religiosas y redes nacionales e internacionales. Juntos, estos cuerpos vivos han consolidado un patrimonio espiritual y pedagógico capaz de atravesar el siglo XXI y responder a los retos más apremiantes. Este patrimonio no está inmovilizado: es una brújula que sigue indicando la dirección y hablando de la belleza del viaje. Las expectativas actuales no son menores que las muchas a las que se enfrentó la Iglesia hace sesenta años. Más bien se han ampliado y se han vuelto más complejas. Ante los muchos millones de niños en el mundo que aún no tienen acceso a la educación primaria, ¿cómo no actuar? Ante las dramáticas situaciones de emergencia educativa provocadas por las guerras, las migraciones, las desigualdades y las diversas formas de pobreza, ¿cómo no sentir la urgencia de renovar nuestro compromiso? La educación —como recordé en mi Exhortación Apostólica [*Dilexi te*](#)— «ha sido siempre una de las expresiones más altas de la caridad cristiana»¹³. El mundo necesita esta forma de esperanza.

2. Una historia dinámica

2.1. La historia de la educación católica es la historia del Espíritu en acción. La Iglesia, «madre y maestra»¹⁴, no por supremacía, sino por servicio: genera en la fe y acompaña en el crecimiento de la libertad, asumiendo la misión del Divino Maestro para que todos «tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10,10). Los estilos educativos que se han sucedido muestran una visión del ser humano como imagen de Dios, llamado a la verdad y al bien, y un pluralismo de métodos al servicio de esta llamada. Los carismas educativos no son fórmulas rígidas: son respuestas originales a las necesidades de cada época.

2.2. En los primeros siglos, los Padres del desierto enseñaban la sabiduría con parábolas y apotegmas; redescubrieron el camino de lo esencial, de la disciplina de la lengua y de la custodia del corazón; transmitieron una pedagogía de la mirada que reconoce a Dios en todas partes. San Agustín, al injertar la sabiduría bíblica en la tradición grecorromana, comprendió que el maestro auténtico suscita el deseo de la verdad, educa la libertad para leer los signos y escuchar la voz interior. El monacato ha llevado adelante esta tradición en los lugares más inaccesibles, donde durante décadas se han estudiado, comentado y enseñado las obras clásicas, de tal manera que, sin este trabajo silencioso al servicio de la cultura, muchas obras maestras no habrían llegado hasta nuestros días. «Desde el corazón de la Iglesia» surgieron las primeras universidades, que desde sus orígenes se revelaron como «un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad»¹⁵. En sus aulas, el pensamiento especulativo encontró en la mediación de las órdenes mendicantes la posibilidad de estructurarse sólidamente y llegar hasta las fronteras de las ciencias. No pocas congregaciones religiosas dieron sus primeros pasos en estos campos del saber, enriqueciendo la educación de manera pedagógicamente innovadora y socialmente visionaria.

¹³ LEÓN XIV, Exhortación Apostólica [*Dilexi te*](#) (4 de octubre de 2025), n. 68.

¹⁴ Cf. JUAN XXIII, Carta encíclica [*Mater et Magistra*](#) (15 de mayo de 1961).

¹⁵ JUAN PABLO II, Constitución Apostólica [*Ex corde Ecclesiae*](#) (15 de agosto de 1990), n. 1.

2.3. La educación se ha expresado de muchas maneras. En la Ratio Studiorum, la riqueza de la tradición escolar se fusiona con la espiritualidad ignaciana, adaptando un programa de estudios tan articulado como interdisciplinario y abierto a la experimentación. En la Roma del siglo XVII, san José Calasanz abrió escuelas gratuitas para los pobres, intuyendo que la alfabetización y el cálculo son dignidad antes que competencia. En Francia, san Juan Bautista de La Salle, «consciente de la injusticia que suponía la exclusión de los hijos de los obreros y campesinos del sistema educativo»¹⁶, fundó los Hermanos de las Escuelas Cristianas. A principios del siglo XIX, también en Francia, san Marcelino Champagnat se dedicó «con todo su corazón, en una época en la que el acceso a la educación seguía siendo un privilegio de unos pocos, a la misión de educar y evangelizar a los niños y jóvenes»¹⁷. Del mismo modo, san Juan Bosco, con su «método preventivo», transformó la disciplina en razonabilidad y proximidad. Mujeres valientes, como Vicenta María López y Vicuña, Francesca Cabrini, Giuseppina Bakhita, María Montessori, Katharine Drexel o Elizabeth Ann Seton, abrieron caminos para las niñas, los migrantes, los últimos. Reitero lo que afirmé con claridad en *Dilexi te*: «La educación de los pobres, para la fe cristiana, no es un favor, sino un deber»¹⁸. Esta genealogía de concreción atestigua que, en la Iglesia, la pedagogía nunca es teoría desencarnada, sino carne, pasión e historia.

3. Una tradición viva

3.1. La educación cristiana es una obra coral: nadie educa solo. La comunidad educativa es un «nosotros» en el que el docente, el estudiante, la familia, el personal administrativo y de servicio, los pastores y la sociedad civil convergen para generar vida¹⁹. Este «nosotros» impide que el agua se estanque en el pantano del «siempre se ha hecho así» y la obliga a fluir, a nutrir, a regar. El fundamento sigue siendo el mismo: la persona, imagen de Dios (Génesis 1,26), capaz de verdad y relación. Por eso, la cuestión de la relación entre fe y razón no es un capítulo opcional: «la verdad religiosa no es solo una parte, sino una condición del conocimiento general»²⁰. Estas palabras de san John Henry Newman —a quien, en el contexto de este *Jubileo del Mundo Educativo*, tengo la gran alegría de declarar copatrocinador de la misión educativa de la Iglesia junto con santo Tomás de Aquino— son una invitación a renovar el compromiso con un conocimiento tan intelectualmente responsable y riguroso como profundamente humano. Y también hay que tener cuidado de no caer en el iluminismo de una *fides* que se contrapone exclusivamente a la *ratio*. Es necesario salir de los bajíos recuperando una visión empática y abierta para comprender cada vez mejor cómo se entiende el ser humano hoy en día, a fin de desarrollar y profundizar su enseñanza. Por eso no hay que separar el deseo y el corazón del conocimiento: significaría romper a la persona. La universidad y la escuela católica son lugares donde las preguntas no se silencian y la duda no se prohíbe, sino que se acompaña. Allí, el corazón dialoga con el corazón, y el método es

¹⁶ LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 69.

¹⁷ LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 70.

¹⁸ LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te* (4 de octubre de 2025), n. 72.

¹⁹ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción «La identidad de la escuela católica para una cultura del diálogo»* (25 de enero de 2022), n. 32.

²⁰ JOHN HENRY NEWMAN, *La idea de la Universidad* (2005), p. 76.

el de la escucha que reconoce al otro como un bien, no como una amenaza. *Cor ad cor loquitur* fue el lema cardenalicio de san John Henry Newman, tomado de una carta de san Francisco de Sales: «La sinceridad del corazón, y no la abundancia de palabras, toca el corazón de los seres humanos»

3.2. Educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad²¹. La especificidad, la profundidad y la amplitud de la acción educativa es esa obra, tan misteriosa como real, de «hacer florecer el ser [...] es cuidar el alma», como se lee en la Apología de Sócrates de Platón (30a-b). Es un «oficio de promesas»: se promete tiempo, confianza, competencia; se promete justicia y misericordia, se promete el valor de la verdad y el bálsamo del consuelo. Educar es una tarea de amor que se transmite de generación en generación, remendando el tejido desgarrado de las relaciones y devolviendo a las palabras el peso de la promesa: «Todo ser humano es capaz de la verdad, sin embargo, el camino es mucho más soportable cuando se avanza con la ayuda de los demás»²². La verdad se busca en comunidad.

4. La brújula de *Gravissimum educationis*

4.1. La declaración conciliar [*Gravissimum educationis*](#) reafirma el derecho de todos a la educación y señala a la familia como la primera escuela de humanidad. La comunidad eclesial está llamada a apoyar entornos que integren la fe y la cultura, respeten la dignidad de todos y dialoguen con la sociedad. El documento advierte contra cualquier reducción de la educación a una formación funcional o a un instrumento económico: una persona no es un «perfil de competencias», no se reduce a un algoritmo predecible, sino que es un rostro, una historia, una vocación.

4.2. La formación cristiana abarca a toda la persona: espiritual, intelectual, afectiva, social, corporal. No opone lo manual y lo teórico, la ciencia y el humanismo, la técnica y la conciencia; pide, en cambio, que la profesionalidad esté impregnada de ética, y que la ética no sea una palabra abstracta, sino una práctica cotidiana. La educación no mide su valor solo en función de la eficiencia: lo mide en función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común. Esta visión antropológica integral debe seguir siendo el eje central de la pedagogía católica. Ella, siguiendo el pensamiento de san John Henry Newman, se opone a un enfoque puramente mercantilista que a menudo obliga hoy en día a medir la educación en términos de funcionalidad y utilidad práctica²³.

4.3. Estos principios no son recuerdos del pasado. Son estrellas fijas. Dicen que la verdad se busca juntos; que la libertad no es capricho, sino respuesta; que la autoridad no es dominio, sino servicio. En el contexto educativo, no se debe «alzarse la bandera de la posesión de la verdad, ni en el análisis de los problemas, ni en su resolución»²⁴. En

²¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, [*Instrumentum laboris Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva*](#) (7 de abril de 2014), Introducción.

²² S.E. Mons. ROBERT F. PREVOST, O.S.A., *Homilía en la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo* (2018).

²³ Véase JOHN HENRY NEWMAN, *Escritos sobre la Universidad* (2001).

²⁴ LEÓN XIV, [*Audiencia a los miembros de la Fundación Centesimus Annus Pro Pontifice*](#) (17 de mayo

cambio, «es más importante saber acercarse que dar una respuesta apresurada sobre por qué ha sucedido algo o cómo superarlo. El objetivo es aprender a afrontar los problemas, que siempre son diferentes, porque cada generación es nueva, con nuevos retos, nuevos sueños, nuevas preguntas»²⁵. La educación católica tiene la tarea de reconstruir la confianza en un mundo marcado por los conflictos y los miedos, recordando que somos hijos y no huérfanos: de esta conciencia nace la fraternidad.

5. La centralidad de la persona

5.1. Poner a la persona en el centro significa educar en la mirada larga de Abraham (*Génesis* 15,5): hacerles descubrir el sentido de la vida, la dignidad inalienable, la responsabilidad hacia los demás. La educación no es solo transmisión de contenidos, sino aprendizaje de virtudes. Se forman ciudadanos capaces de servir y creyentes capaces de dar testimonio, hombres y mujeres más libres, que ya no están solos. Y la formación no se improvisa. Recuerdo con agrado los años que pasé en la querida Diócesis de Chiclayo, visitando la Universidad Católica San Toribio de Mogrovejo, las oportunidades que tuve de dirigirme a la comunidad académica, diciendo: «No se nace profesionales; cada trayectoria universitaria se construye paso a paso, libro a libro, año tras año, sacrificio tras sacrificio»²⁶.

5.2. La escuela católica es un ambiente en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción. Los educadores están llamados a una responsabilidad que va más allá del contrato de trabajo: su testimonio vale tanto como su lección. Por eso, la formación de los maestros —científica, pedagógica, cultural y espiritual— es decisiva. Al compartir la misión educativa común, también es necesario un camino de formación común, «inicial y permanente, capaz de captar los retos educativos del momento presente y de proporcionar los instrumentos más eficaces para afrontarlos [...]. Esto implica en los educadores una disponibilidad para el aprendizaje y el desarrollo de los conocimientos, para la renovación y actualización de las metodologías, pero también para la formación espiritual, religiosa y el compartir»²⁷. Y no bastan las actualizaciones técnicas: es necesario custodiar un corazón que escucha, una mirada que anima, una inteligencia que discierne.

5.3. La familia sigue siendo el primer lugar educativo. Las escuelas católicas colaboran con los padres, no los sustituyen, porque «el deber de la educación, sobre todo religiosa, les corresponde a ustedes antes que a nadie»²⁸. La alianza educativa requiere intencionalidad, escucha y corresponsabilidad. Se construye con procesos, instrumentos

de 2025).

²⁵ [Ibidem](#).

²⁶ S.E. Mons. ROBERT F. PREVOST, O.S.A., *Homilía en la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo* (2018).

²⁷ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, [Carta circular Educar juntos en la escuela católica](#) (8 de septiembre de 2007), n. 20.

²⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, [Gaudium et spes](#) (29 de junio de 1966), n. 48.

y verificaciones compartidas. Es un esfuerzo y una bendición: cuando funciona, suscita confianza; cuando falta, todo se vuelve más frágil.

6. Identidad y subsidiariedad

6.1. Ya la [*Gravissimum educationis*](#) reconocía la gran importancia del principio de subsidiariedad y el hecho de que las circunstancias varían según los diferentes contextos eclesiales locales. Sin embargo, el [Concilio Vaticano II](#) articuló el derecho a la educación y sus principios fundamentales como universalmente válidos. Destacó las responsabilidades que recaen tanto en los propios padres como en el Estado. Consideró un «derecho sagrado» la oferta de una formación que permitiera a los estudiantes «evaluar los valores morales con recta conciencia»²⁹ y pidió a las autoridades civiles que respetaran ese derecho. Además, advirtió contra la subordinación de la educación al mercado laboral y a la lógica, a menudo férrea e inhumana, de las finanzas.

6.2. La educación cristiana se presenta como una coreografía. [Dirigiéndose a los universitarios en la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa](#), mi difunto predecesor, el [papa Francisco](#), dijo: «Sean protagonistas de una nueva coreografía que ponga en el centro a la persona humana; sean coreógrafos de la danza de la vida»³⁰. Formar a la persona «en su totalidad» significa evitar compartimentos estancos. La fe, cuando es verdadera, no es una «materia» añadida, sino el aliento que oxigena todas las demás materias. Así, la educación católica se convierte en levadura en la comunidad humana: genera reciprocidad, supera los reduccionismos, abre a la responsabilidad social. La tarea hoy es atreverse con un humanismo integral que habite las preguntas de nuestro tiempo sin perder la fuente.

7. La contemplación de la Creación

7.1. La antropología cristiana es la base de un estilo educativo que promueve el respeto, el acompañamiento personalizado, el discernimiento y el desarrollo de todas las dimensiones humanas. Entre ellas, no es secundaria una inspiración espiritual, que se realiza y se fortalece también a través de la contemplación de la Creación. Este aspecto no es nuevo en la tradición filosófica y teológica cristiana, donde el estudio de la naturaleza tenía también como propósito demostrar las huellas de Dios (*vestigia Dei*) en nuestro mundo. En las *Collationes in Hexaemeron*, san Buenaventura de Bagnoregio escribe que «el mundo entero es una sombra, un sendero, una huella». Es el libro escrito desde fuera (*Ez 2,9*), porque en cada criatura hay un reflejo del modelo divino, pero mezclado con la oscuridad. El mundo es, por tanto, un camino similar a la opacidad mezclada con la luz; en ese sentido, es un camino. Así como un rayo de luz que penetra por una ventana se colorea según los diferentes colores de las diferentes partes del vidrio,

²⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración [*Gravissimum educationis*](#) (28 de octubre de 1965), n. 1.

³⁰ PAPA FRANCISCO, [Discurso a los jóvenes universitarios con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud](#) (3 de agosto de 2023).

el rayo divino se refleja de manera diferente en cada criatura y adquiere propiedades diferentes»³¹. Esto también se aplica a la plasticidad de la enseñanza calibrada en función de los diferentes caracteres que, en cualquier caso, convergen en la belleza de la Creación y en su salvaguarda. Y requiere proyectos educativos «interdisciplinarios y transdisciplinarios ejercidos como sabiduría y creatividad»³².

7.2. Olvidar nuestra humanidad común ha generado fracturas y violencia; y cuando la tierra sufre, los pobres sufren más. La educación católica no puede callar: debe unir la justicia social y la justicia ambiental, promover la sobriedad y los estilos de vida sostenibles, formar conciencias capaces de elegir no solo lo conveniente, sino lo justo. Cada pequeño gesto —evitar el desperdicio, elegir con responsabilidad, defender el bien común— es alfabetización cultural y moral.

7.3. La responsabilidad ecológica no se agota en datos técnicos. Estos son necesarios, pero no suficientes. Se necesita una educación que involucre la mente, el corazón y las manos; nuevos hábitos, estilos comunitarios, prácticas virtuosas. La paz no es ausencia de conflicto: es fuerza mansa que rechaza la violencia. Una educación para la paz «desarmada y desarmante»³³ enseña a deponer las armas de la palabra agresiva y de la mirada que juzga, para aprender el lenguaje de la misericordia y de la justicia reconciliada.

8. Una constelación educativa

8.1. Hablo de «constelación» porque el mundo educativo católico es una red viva y plural: escuelas parroquiales y colegios, universidades e institutos superiores, centros de formación profesional, movimientos, plataformas digitales, iniciativas de *aprendizaje-servicio* y pastorales escolares, universitarias y culturales. Cada «estrella» tiene su propio brillo, pero todas juntas trazan una ruta. Donde en el pasado hubo rivalidad, hoy pedimos a las instituciones que converjan: la unidad es nuestra fuerza más profética.

8.2. Las diferencias metodológicas y estructurales no son lastres, sino recursos. La pluralidad de carismas, si se coordina bien, compone un cuadro coherente y fecundo. En un mundo interconectado, el juego se desarrolla en dos tableros: el local y el global. Se necesitan intercambios de profesores y estudiantes, proyectos comunes entre continentes, reconocimiento mutuo de buenas prácticas, cooperación misionera y académica. El futuro nos obliga a aprender a colaborar más, a crecer juntos.

8.3. Las constelaciones reflejan sus propias luces en un universo infinito. Como en un caleidoscopio, sus colores se entrelazan creando nuevas variaciones cromáticas. Lo mismo ocurre en el ámbito de las instituciones educativas católicas, que están abiertas al encuentro y a la escucha de la sociedad civil, de las autoridades políticas y administrativas, así como de los representantes de los sectores productivos y de las

³¹ SAN BONAVENTURA DE BAGNOREGIO, *Collationes in Hexaemeron*, XII, en *Opera Omnia* (ed. Peltier), Vivès, París, t. IX (1867), pp. 87-88.

³² PAPA FRANCISCO, Constitución Apostólica [*Veritatis gaudium*](#) (8 de diciembre de 2017), n. 4c.

³³ LEÓN XIV, [*Saludo desde la Logia central de la Basílica de San Pedro tras la elección*](#) (8 de mayo de 2025).

categorías laborales. Se les invita a colaborar aún más activamente con ellas con el fin de compartir y mejorar los itinerarios educativos, para que la teoría se sustente en la experiencia y la práctica. La historia enseña, además, que nuestras instituciones acogen a estudiantes y familias no creyentes o de otras religiones, pero deseosos de una educación verdaderamente humana. Por esta razón, como ya ocurre en la realidad, se deben seguir promoviendo comunidades educativas participativas, en las que laicos, religiosos, familias y estudiantes compartan la responsabilidad de la misión educativa junto con las instituciones públicas y privadas.

9. Navegando por nuevos espacios

9.1. Hace sesenta años, la *Gravissimum educationis* abrió una etapa de confianza: animó a actualizar métodos y lenguajes. Hoy en día, esta confianza se mide con el entorno digital. Las tecnologías deben servir a la persona, no sustituirla; deben enriquecer el proceso de aprendizaje, no empobrecer las relaciones y las comunidades. Una universidad y una escuela católica sin visión corren el riesgo de caer en un “eficientismo” sin alma, en la estandarización del conocimiento, que se convierte entonces en empobrecimiento espiritual.

9.2. Para habitar estos espacios se necesita creatividad pastoral: reforzar la formación de los docentes también en el ámbito digital; valorizar la didáctica activa; promover el *aprendizaje-servicio* y la ciudadanía responsable; evitar toda tecnofobia. Nuestra actitud hacia la tecnología nunca puede ser hostil, porque «el progreso tecnológico forma parte del plan de Dios para la creación»³⁴. Pero exige discernimiento en el diseño didáctico, la evaluación, las plataformas, la protección de datos y el acceso equitativo. En cualquier caso, ningún algoritmo podrá sustituir lo que hace humana a la educación: la poesía, la ironía, el amor, el arte, la imaginación, la alegría del descubrimiento e incluso la educación en el error como oportunidad de crecimiento.

9.3. El punto clave no es la tecnología, sino el uso que hacemos de ella. La inteligencia artificial y los entornos digitales deben orientarse a la protección de la dignidad, la justicia y el trabajo; deben regirse por criterios de ética pública y participación; deben ir acompañados de una reflexión teológica y filosófica a la altura. Las universidades católicas tienen una tarea decisiva: ofrecer «diaconía de la cultura», menos cátedras y más mesas donde sentarse juntos, sin jerarquías innecesarias, para tocar las heridas de la historia y buscar, en el Espíritu, sabidurías que nacen de la vida de los pueblos.

10. La estrella polar del Pacto Educativo

10.1. Entre las estrellas que orientan el camino se encuentra el *Pacto Educativo Global*. Con gratitud recojo esta herencia profética que nos ha confiado el [Papa Francisco](#). Es una invitación a formar una alianza y una red para educar en la fraternidad universal.

³⁴ DICASTÉRIO PARA LA DOCTRINA DE LA FE Y DICASTÉRIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN, *Nota Antiqua et nova* (28 de enero de 2025), n. 117.

Sus siete caminos siguen siendo nuestra base: poner a la persona en el centro; escuchar a los niños y jóvenes; promover la dignidad y la plena participación de las mujeres; reconocer a la familia como primera educadora; abrirse a la acogida y la inclusión; renovar la economía y la política al servicio del ser humano; cuidar la casa común. Estas «estrellas» han inspirado a escuelas, universidades y comunidades educativas en todo el mundo, generando procesos concretos de humanización.

10.2. Sesenta años después de la *Gravissimum educationis* y cinco años después del Pacto, la historia nos interpela con nueva urgencia. Los rápidos y profundos cambios exponen a los niños, adolescentes y jóvenes a fragilidades inéditas. No basta con conservar: es necesario relanzar. Pido a todas las realidades educativas que inauguren una etapa que hable al corazón de las nuevas generaciones, recomponiendo el conocimiento y el sentido, la competencia y la responsabilidad, la fe y la vida. El Pacto forma parte de una Constelación Educativa Global más amplia: carismas e instituciones, aunque diferentes, forman un diseño unitario y luminoso que orienta los pasos en la oscuridad del tiempo presente.

10.3. A las siete vías añado tres prioridades. La primera se refiere a la vida interior: los jóvenes piden profundidad; necesitan espacios de silencio, discernimiento, diálogo con la conciencia y con Dios. La segunda se refiere a lo digital humano: formemos en el uso sabio de las tecnologías y la IA, colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica. La tercera se refiere a la paz desarmada y desarmante: educamos en lenguajes no violentos, en la reconciliación, en puentes y no en muros; «Bienaventurados los pacificadores» (Mt 5,9) se convierte en método y contenido del aprendizaje.

10.4. Somos conscientes de que la red educativa católica posee una capilaridad única. Se trata de una constelación que llega a todos los continentes, con una presencia particular en las zonas con bajos ingresos: una promesa concreta de movilidad educativa y de justicia social³⁵. Esta constelación exige calidad y valentía: calidad en la planificación pedagógica, en la formación de los docentes, en la gobernanza; valentía para garantizar el acceso a los más pobres, para apoyar a las familias frágiles, para promover becas y políticas inclusivas. La gratuidad evangélica no es retórica: es un estilo de relación, un método y un objetivo. Allí donde el acceso a la educación sigue siendo un privilegio, la Iglesia debe abrir puertas e inventar caminos, porque «perder a los pobres» equivale a perder la escuela misma. Esto también se aplica a la universidad: la mirada inclusiva y el cuidado del corazón salvan de la estandarización; el espíritu de servicio reaviva la imaginación y reaviva el amor.

11. Nuevos mapas de esperanza

11.1. En el sexagésimo aniversario de la *Gravissimum educationis*, la Iglesia celebra una fecunda historia educativa, pero también se enfrenta a la necesidad imperiosa de actualizar sus propuestas a la luz de los signos de los tiempos. Las *constelaciones educativas* católicas son una imagen inspiradora de cómo la tradición y el futuro pueden

³⁵ Cf. *Anuario Estadístico de la Iglesia* (actualizado al 31 de diciembre de 2022).

entrelazarse sin contradicciones: una tradición viva que se extiende hacia nuevas formas de presencia y servicio. Las constelaciones no se reducen a concatenaciones neutras y aplanadas de las diferentes experiencias. En lugar de cadenas, nos atrevemos a pensar en las constelaciones, en su entrelazamiento lleno de maravilla y despertares. En ellas reside esa capacidad de navegar entre los desafíos con esperanza, pero también con una revisión valiente, sin perder la fidelidad al Evangelio. Somos conscientes de las dificultades: la hiperdigitalización puede fragmentar la atención; la crisis de las relaciones puede herir la psique; la inseguridad social y las desigualdades pueden apagar el deseo. Sin embargo, precisamente aquí, la educación católica puede ser un faro: no un refugio nostálgico, sino un laboratorio de discernimiento, innovación pedagógica y testimonio profético. Diseñar nuevos mapas de esperanza: esta es la urgencia del mandato.

11.2. Les pido a las comunidades educativas: desarmen las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón. Desarmen las palabras, porque la educación no avanza con la polémica, sino con la mansedumbre que escucha. Levanten la mirada. Como Dios le dijo a Abraham: «Mira al cielo y cuenta las estrellas» (*Génesis* 15,5): sepan preguntarse adónde van y por qué. Custodien el corazón: la relación está antes que la opinión, la persona antes que el programa. No desperdicien el tiempo y las oportunidades: «citando una expresión agustiniana: nuestro presente es una intuición, un tiempo que vivimos y del que debemos aprovechar antes de que se nos escape de las manos»³⁶. En conclusión, queridos hermanos y hermanas, hago mía la exhortación del apóstol Pablo: «Deben brillar como estrellas en el mundo, manteniendo en alto la palabra de la vida» (Fil 2,15-16).

11.3. Encomiendo este camino a la Virgen María, Sedes Sapientiae, y a todos los santos educadores. Pido a los pastores, a los consagrados, a los laicos, a los responsables de las instituciones, a los maestros y a los estudiantes: sean servidores del mundo educativo, coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices creíbles de expresiones de belleza. Menos etiquetas, más historias; menos contraposiciones estériles, más sinfonía en el Espíritu. Entonces nuestra constelación no solo brillará, sino que orientará: hacia la verdad que libera (cf. *Jn* 8, 32), hacia la fraternidad que consolida la justicia (cf. *Mt* 23, 8), hacia la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5, 5).

³⁶ S.E. Mons. ROBERT F. PREVOST, O.S.A., *Mensaje a la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo con motivo del XVIII aniversario de su fundación* (2016).

☆ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

El llanto oculto de mis ojos

“Cada día tiene su afán: hay tiempo de llorar, tiempo de reír”... (Cf. Eclo 3,1-4)

La oftalmóloga lo dijo con naturalidad: **“Fondo de ojo seco”**. Como si fuera un paisaje agrietado, una tierra que alguna vez conoció el agua y ahora la recuerda. Y luego me recetó ‘lágrimas artificiales’ tres veces al día. Asentí, como se asiente ante lo inevitable, pero algo en mí sonrió con una ironía suave. “Me faltan lágrimas a mí, que vivo al borde del llanto”.

Me he acostumbrado a llorar por dentro, con los ojos abiertos. Llora cuando veo cómo la luz de la tarde cae sobre una mesa vacía, cuando alguien pronuncia mi nombre con cansancio, cuando el mundo parece demasiado ruidoso para almas tan frágiles. Llora cuando recuerdo, cuando recorro las calles, cuando simplemente siento, aunque mis ojos permanecen secos como si no quisieran delatarme.

Las lágrimas artificiales las uso por la mañana, cuando el día todavía no me ha tocado. Se deslizan por el ojo como un gesto aprendido, como una caricia técnica. El mundo se vuelve borroso durante un segundo, y pienso que así debe ser llorar sin motivo: una breve suspensión de la claridad, una rendición momentánea. Luego parpadeo, y la visión regresa. La vida continúa.

Pero hay otras lágrimas. Las que no caen. Las que se quedan atrapadas detrás de los párpados, en un lugar que no figura en los atlas médicos. Esas no hidratan la córnea, pero pesan. Son lágrimas hechas de palabras no dichas, de gestos que llegaron tarde, de noticias que se acumulan como nubes. Son lágrimas que no se evaporan, aunque el ojo esté seco. A veces me pregunto si el cuerpo se protege. Si decide cerrar el grifo visible porque sabe que, de abrirlo, todo se desbordaría. Tal vez mis ojos aprendieron a resistir para que yo pudiera seguir mirando. Mirar de frente, incluso cuando duele. Mirar sin el velo del llanto, aunque por dentro todo tiemble.

Hay una ternura extraña en esta contradicción. Tener ojos que necesitan ayuda mecánica para humedecerse y, al mismo tiempo, un corazón que se humedece con demasiada facilidad. Ser clínicamente seco y emocionalmente fértil. Como un desierto que, por dentro, guarda un acuífero oculto, sin descubrir.

Por la noche, antes de dormir, vuelvo a las 'artificiales'. Pienso en todo lo que no lloré durante el día: la llamada que no llegó, la imagen que me atravesó sin permiso, la frase que leí y se quedó conmigo más de lo debido. Las gotas caen y, por un instante, siento que mis ojos descansan. No porque hayan llorado, sino porque han sido atendidos.

Acaso llorar no siempre sea derramar una lágrima. Quizá también sea cuidar. Reconocer la sequedad y no negarla. Aceptar la ayuda, incluso cuando viene en forma de frasco de plástico y con prospecto. Hay algo profundamente humano en eso: en admitir que no todo brota solo, que a veces el alivio se fabrica, se receta, se aprende.

Mañana volveré a sentirme sensible ante casi todo. El mundo seguirá siendo demasiado intenso, demasiado hermoso, demasiado frágil. Y mis ojos, probablemente, seguirán secos. Pero ahora sé que no es una contradicción, sino una convivencia. Un equilibrio delicado entre lo que falta y lo que sobra. Entre las lágrimas que caen sin emoción y las emociones que no caen en forma de lágrimas.

Asomado a la ventana de mi vida, ante tanto dolor y falta de ternura como percibo, una lágrima oprime mi corazón, aunque siga necesitando las lágrimas artificiales. Presiento que una lágrima profunda y tierna acaba de caer sobre este insensible documento, sobre esta reseca página.

Isidro Lozano

